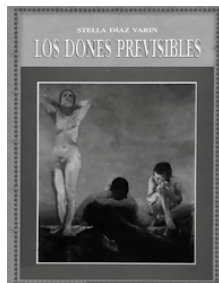
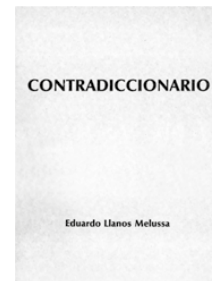
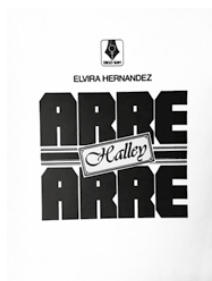
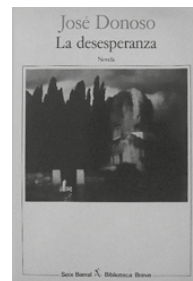
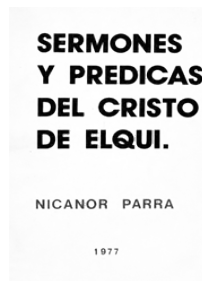


SIMPSON 7

SOCIEDAD DE ESCRITORES DE CHILE



ESCRITO EN DICTADURA





**SOCIEDAD DE ESCRITORES
DE CHILE**

COMITÉ EDITORIAL

Directora
Carmen Berenguer

Editor
Alberto Moreno

Dirección de Arte
Astrolabio Ediciones

DIRECTORIO SECH 2023

Presidente
David Hevia

Vice presidenta
Isabel Gómez Muñoz

Secretaria General
Paulina Correa

Tesorero
César Millahueique

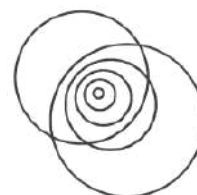
Directores:
Roberto Rivera Vicencio
María de la Luz Ortega
Jorge Calvo Rojas
Nelly Salas V.
Carolina González V.
Omar Cid
Ana Partal T.

SECH
contacto@sech.cl
+562 2634 7834
www.sech.cl

 /sech.casadelescritor

 /sech_oficial

 /sechoficial



Taller
ASTROLAB.IO

SIMPSON7

SOCIEDAD DE ESCRITORES DE CHILE

- LECTURA INTERACTIVA -



NUEVA ÉPOCA | NÚMERO DIEZ | AÑO 2023



EDITORIAL

Las dos nuevas ediciones de Simpson 7, se terminaron en Septiembre -50 años- dedicados a recordar la ilusión del tiempo perdido. Sin duda otro tiempo, otra pérdida de una ilusión distópica.

En una de las revistas su título es seco, duro: “Golpe” y es visual, secuencia de imágenes como relato documental, profundo y significativo de la historia, cuenta en imágenes, fotos y archivos, una memoria que se ve como una película muda silente.

La segunda “Escrito en dictadura” es la escritura que verbaliza la memoria como la exigente e imperativa necesidad de contar narrar desde dentro y desde del exilio, por autores connotados, escribiendo la derrota en todo sentido, en pequeños brotes de testimonios, en textos desde los 80 período de unidad y resentimiento de la vida en dictadura de aquella cotidiana perseverancia en rasgar las páginas manchadas del dolor.

Es una imagen total de un fresco del tiempo mudo intenso de libros de poesía y de prosa hasta rellenar la oscuridad latente de persecuciones, allanamientos, relegamientos, asesinatos. Como si fueran letras negras del verso de la infamia.

En esos tiempos la Casa del Escritor cuando se incendió nuestro futuro fue bombardeado nuestro deseo político de ser una polis democrática. Las llamas quemaron los libros escritos de ese tiempo en la plaza del país.

Carmen Berenguer

CONTENIDOS

EDITORIAL	4
MEMORIA: CRÓNICAS Y RELATOS	8
La visibilidad de la memoria <i>-Naín Nómez</i>	9
Puentes de imaginación y palabras <i>-Ramón Díaz Eterovic</i>	16
Jugarse la muerte <i>-Lilian Elphick</i>	21
Escritura del exiliado <i>-José Leandro Urbina</i>	23
Chile 73: cuaderno de septiembre <i>-Jaime Quezada</i>	28
Once, a 50 años del golpe <i>-Ana María del Río</i>	35
A nosotros nos salvó el cigarrillo <i>-Roberto Rivera Vicencio</i>	38
Esquivamos la derrota dibujando nubes <i>-Marcelo Arce Garín</i>	41
Desde la precariedad <i>-Sonia González</i>	47
Escribir sin palabras <i>-Antonio Ostornol</i>	52
Mirando hacia el sur , una poética de exiliado <i>-Sergio Infante</i>	58

71 ENSAYO E HISTORIA

- 72 A 50 años del golpe de Estado
Jesús Sepúlveda-
- 80 Escritores en dictadura
Diego Muñoz Valenzuela-
- 84 El exilio poético chileno
Jorge Etcheverry-
- 93 Editorial Quimantú, un legado histórico
David Hevia-
- 99 Escenas de una devastación
Jaime Lizama-

107 CONGRESO DE LITERATURA FEMENINA 1987

- 108 Nuestra habla del injerto
Carmen Berenguer-
- 111 Las artistas del congreso
Diamela Eltit-
- 113 Entre la sumisión y la irreverencia
Lucía Guerra-

122 POESÍA

- 123 Boca pálida
Isabel Gómez-
- 126 Mildred Barya
Caro Kastro-
- 131 Para una antropología de la mirada
Alberto Moreno-
- 132 La muerte del presidente Allende
Erik Martínez Richards-
- 138 Helicóptero
Eduardo Llanos Melussa
- 140 Los helicópteros
Erick pohlhammer

142 AFORISMOS

- 143 Escrito en cuarentena
Martín Hopenhayn-



MEMORIA
Crónicas y relatos

La visibilidad de la memoria

(Escribo desde mi memoria, frágil, personal y subjetiva).

Naín Nómez

Ese tiempo.

En ese tiempo “todos éramos inmortales”. Me refiero a los tiempos de la Unidad Popular cuando corríamos por las calles en plena libertad y cuando todo nos pertenecía. Al margen del dic-tamen de la historia que siempre será plural, fueron tiempos glo-riosos como lo son los tiempos de las fundaciones y en esos tres años nos creíamos inaugurando un mundo, un proyecto, una vida nueva. Todo empezaba “como en el primer día de la creación” y nos multiplicábamos. En 1970 recibí el título de Profesor de Filosofía y ejercía en el Liceo nocturno de Melipilla, en el colegio Che Guevara de la Gran Avenida, en el Liceo de Aplicación y más tarde en la Universidad Técnica del Estado. También era profesor-ayudante de literatura en el Pedagógico, donde las clases duraban hasta la medianoche o hasta que terminaran los diálogos y las discusiones. Leíamos poesía en las calles, en las plazas, en las universidades, en las poblaciones de la zona sur-poniente de Santiago con los grupos musicales del momento, algunos de ellos vigentes hasta hoy. Me enamoré, me casé, tuve un hijo, todo ello en la precariedad total pero también en la felicidad total. Llegué a la Editorial Quimantú empujado por el escritor Lautaro Yankas, a quien conocí como co-lega en el Liceo de Aplicación y me integré al trabajo de contenido de los “comics” primero y más tarde al Equipo de Comunicaciones de la Editorial, junto a especialistas en Medios como Armand Mat-telart y Ariel Dorfman, entre otros. La batalla de (por) Chile era intensa, conflictiva, estimulante, amorosa, odiosa, agotadora, des-garradora y se daba en todos los frentes: calle, trabajo, casa, ocio, vida privada y pública, palabra privada y pública, familia, amista-

URBAS

des, colectivos. “Hablo de cosas que existen” como decía Neruda. Casi todos creíamos en un mundo mejor.

Para volver a citar a Neruda, “y una mañana todo estaba ardiendo”. El año 1972 avizoramos los primeros signos de la descomposición que estallaría al año siguiente. El paro de octubre de los camioneros fue el acontecimiento más visible, pero la confabulación en contra del gobierno popular se había gestado desde antes de la asunción de Allende. Los choques en las calles eran cada vez más resueltos, la batalla ideológica cada vez más cruenta, las “fake news” de la época cada vez más virulentas e inverosímiles. Estados Unidos intervenía de manera resuelta para derrocar al gobierno. 1973 fue un año de retrocesos en todos los terrenos: el político, el ideológico, el territorial, el de los estados de ánimo. En la universidad nos agrupábamos con cierta desesperanza y pensando hacia mediados de ese año que el Golpe vendría tarde o temprano. Como decía en un poema escrito en ese entonces, “aquí y allá se esconden las bestias negras del lucro y las bestias rojas del hambre” y debíamos “defender cada grano de atmósfera con serena desesperación”. Pero esa conminación legítima pero romántica, no serviría de nada. La tensión de los últimos días era insostenible y muchos de nosotros lo único que deseábamos era poder respirar de nuevo, que el país volviera a una “normalidad” utópica, que era mejor que la guerra civil o la represión que luego fue. Las esperanzas de cambio se veían cada vez más lejanas con un gobierno a la defensiva y atado de manos por el Congreso, el Poder Judicial, las organizaciones empresariales, la amenaza de los militares golpistas, la intervención norteamericana, el ataque de los medios de comunicación y en fin, todo el aparataje supra institucional que funciona muy bien aceitado en estos casos. Hasta se podría decir, y esto lo digo con mucho pudor, que incluso esperábamos la posibilidad de un golpe blando que devolviera el poder a los civiles a falta de una alternativa transformadora. Cada día la carga de la historia se hacía más abrumadora y volvíamos a casa con una fatiga que había sido desconocida hasta ese entonces. Septiembre llegó cargado de presagios negativos con un gobierno cada vez más estático, un pueblo desorientado y fragmentado y una institucionalidad desprovista de organización y proyección. Los cordones industriales, las organizaciones barriales, las estructuras de defensa de los partidos políticos, las empresas del Estado, la lealtad de algunos mandos militares, los estudiantes y los trabajadores eran la última fortaleza de un gobierno en retroceso.

Y así hasta el 11 de septiembre.

El Golpe.

El día del Golpe tomé el bus y llegué temprano a la Universidad Técnica del Estado. Antes de llegar, ya las radios daban cuenta de las primeras escaramuzas (que no fueron muchas), del acallamiento paulatino de los medios de comunicación y de los primeros comunicados militares. Al llegar a la universidad todo era confusión. Informaciones iban y venían: que los Cordones Industriales defienden con uñas y dientes las fábricas; que los militares leales encabezados por Prat se diseminan en distintos puntos de la capital para parar el Golpe; que los militares leales se están reagrupando y van a detener a los golpistas; que tales regimientos o los marinos y aviadores leales se rebelaron contra los altos mandos y se están tomando los lugares de trabajo, etc. etc. Aunque el Golpe se preveía desde hacía semanas y meses, cuando sobrevino, la preparación para enfrentarlo era mínima. Las informaciones sobre lo que ocurría se fueron silenciando y lo último que escuchamos fue el discurso del presidente en la radio Magallanes, el de “volverán a abrirse las grandes alamedas”, luego el silencio y la música marcial seguida por los bandos militares. Vimos desde los patios de la Facultad de Estudios Generales de la UTE (hoy Facultad de Humanidades), el vuelo rasante de los aviones sobre la Moneda, los estallidos de las bombas, el humo y las llamas que ascendían ese mediodía bajo el sol brillante de septiembre. Pensamos que alguien nos llamaría para una hipotética resistencia que nunca conocimos, aunque sabemos que la hubo, sobre todo en algunos sectores populares y en los alrededores de La Moneda. Como sonámbulos tomamos la decisión de volver a nuestras casas como pudiéramos. En la antigua Escuela de Artes y Oficios, profesores y estudiantes se atrincheraron esperando una ayuda militar que nunca llegó, aunque eso lo supimos después. Para ellos, fue la cárcel, la tortura o la desaparición, como fue el caso de Víctor Jara.

Volví caminando a mi departamento cercano a la Panamericana Norte donde vivía con mi esposa y mi hijo de solo 3 años, pero ellos no estaban allí y como había olvidado mis llaves, no pude entrar. Salí y caminé de nuevo rápidamente ya que el toque de queda se avecinaba y me pararon los carabineros un par de veces en el trayecto, hacia el lugar donde vivía un hermano, que trabajaba en llaves para conseguir una ganzúa que me permitiera entrar. Volví con la ganzúa, pero no funcionó y pronto se empezaron a juntar los vecinos para tratar de solucionar mi problema antes que llegara la noche. Finalmente, y cuando ya oscurecía, logramos romper un tabique de madera por donde se escurrió un niño al interior del lugar, para encontrar las llaves y así

pude entrar. El 11 de septiembre fue un martes y los tres días que siguieron los chilenos comunes y corrientes estuvimos incomunicados del mundo exterior. Mi esposa (Naldi) y mi hijo (Sebastián) no estaban y supuse que se habían ido a casa de los parientes más cercanos, porque toda comunicación se encontraba cortada: teléfonos, locomoción, periódicos, radios, televisión, además de un toque de queda permanente. Sin saber qué hacer y sin poder moverme, viví los días posteriores al Golpe en el aislamiento absoluto, conversando con vecinos, escuchando la información sesgada de algunas radios, en la soledad del momento más oscuro de nuestra historia. Paulatinamente las informaciones reales y ficticias fueron llegando, especialmente las referidas a la brutal represión que vino después y que podíamos leer entre líneas dentro del triunfalismo imperante, especialmente en los bastiones de la derecha. Ese clima lo expresé en un poema escrito dos días después del Golpe y en el cual se describía en ambiente: "...y en el corazón de nosotros la impotencia crecía.../y pálidas banderitas se subían a los porches/ mientras las harpías regresaban de sus madrigueras con el ojo puesto en los futuros festines". Volví a reunirme con mi familia y en las semanas y los meses siguientes vivimos el tiempo de la sobrevivencia existencial, económica, política, moral... Despertamos en otro mundo, un mundo de ignominia, denostación, brutalidad, temor y terror. Tratábamos de saber que había pasado con nuestros parientes, amigos, compañeros de trabajo o de barrio en una situación donde la sobrevivencia era vital. He borrado parte de la memoria de esos días, semanas, meses, tal vez en un acto de defensa inconsciente, de salud mental. Quedamos sin trabajo y nos agrupábamos en las casas a conversar sin proyectos ni perspectivas viviendo cada día como si no hubiera futuro. Alguien podría decirnos si no pensábamos en la rebelión, en la lucha, en enfrentar a la dictadura. A eso solo podría señalar que el Golpe fue tan destructivo y avasallador que en ese momento cualquier posibilidad de rebelarse parecía fantásica. Lo único que teníamos delante era la sobrevivencia.

En noviembre las universidades volvieron a funcionar de manera limitada. Hubo un llamado para que los académicos nos presentáramos en nuestras unidades y cuando lo hicimos, la gran mayoría se encontró con una carta que anunciaba su desvinculación. Eso me ocurrió en el Instituto Pedagógico donde ejercía como ayudante en literatura. En la UTE me entregaron una tarjeta de computación básica de la época perforada, lo que significaba que seguía trabajando y que tenía que presentarme ante las nuevas autoridades. Como en la UTE la derecha casi no existía, estas nuevas autoridades eran

mayoritariamente de tendencia demócrata cristiana. En el mismo momento, unos tipos de civil me llevaron a un lugar aparte para hacerme unas preguntas y luego me mandaron a la comisaría más próxima, donde estuve en un calabozo hasta las 3 de la mañana, esperando que me interrogaran, pese a mis protestas un tanto extemporáneas. Después de una serie de preguntas que traté de responder lo mejor que pude, siempre pensando en la razón por la que estaba allí o lo que querían sonsacarme, al parecer pasé la prueba, porque el oficial al que no podía ver tapado con mi chaqueta, me envió a mi casa en pleno toque de queda. Hasta donde entendí alguien me había denunciado por tener un “manual del guerrillero”, lo que me alivió porque ese no era uno de mis pecados. El retorno a mi casa a las tres de la mañana fue de terror. Sentía que en cualquier minuto me podían meter una bala en la cabeza en medio de las calles desiertas y el silencio ominoso de la noche. Lo que me tranquilizaba un poco es que había podido llamar a mi esposa por teléfono desde la comisaría, enmendando mi error de no haberlo hecho desde la universidad. Cuando llegué a casa y en medio de los abrazos de rigor empezamos a pensar en la idea de emigrar, sobre todo cuando supimos que a Naldi la buscaban por trabajar como asistente social para los sindicatos del plástico, que eran de filiación comunista.

Lo que sigue lo resumo así. Volví a la universidad que era un verdadero cuartel policial, con militares por todos lados, tanto de uniforme como de civil. En la entrada solo se permitía el paso a los académicos y a los funcionarios que portaban la famosa tarjeta perforada, símbolo de la modernización computacional de esos tiempos. La mayoría de los académicos y funcionarios había desaparecido y los pocos que quedábamos cuidábamos cada paso que dábamos. En filosofía éramos casi veinte profesores de los cuales quedábamos tres, quienes nos convertíamos además en eventuales sospechosos de colaboración para los de afuera. Durante ese semestre solo pude hacer labores de administración, aunque la nueva directora de filosofía, una profesora de una escuela técnica, me protegió con mucho instinto maternal para que no me despidieran. Con un amigo, el profesor Isidoro Neves, nos cuidábamos de no hablar en los espacios públicos, porque por todas partes el soplónaje era evidente. Como señalo por ahí en un poema de esa época, “Fue después de mucho tiempo que pensamos en emigrar/ Probablemente/ después que la peste empezó a hacer estragos entre nuestros familiares más próximos”. Intentamos varias alternativas y países, pero finalmente nos fuimos a Canadá, ya que gracias a amigos que teníamos allí, conseguimos una beca, Naldi (en trabajo social) y yo (en Literatura), para ir a estudiar un postgrado a la Universidad de Carleton en Ottawa. Durante el primer semestre de 1974 se

me había permitido hacer clases de historia de la filosofía bajo un programa que yo mismo tuve que adaptar a los requerimientos de la dictadura y cuyas clases se hacían bajo la vigilancia de camuflados estudiantes militares. Con mi esposa preparamos con sumo cuidado y silencio la partida y el 1 de mayo salí hacia Toronto con un pasaje comprado a plazos y un mes después lo haría mi esposa y mi hijo. Hasta el último minuto y mientras un funcionario en la losa del aeropuerto me preguntaba mi nombre, sentí que me podían detener y no podría viajar. Pero afortunadamente para mí, buscaban a otra persona y pude volar hacia Canadá, en un vuelo con múltiples escalas y un destino incierto, desde “el horroroso país de donde no quisimos salir nunca” como digo por ahí en otro poema.

El Exilio.

El exilio en Canadá a pesar de mi precario inglés fue un bálsamo reparador frente a todo lo anterior. El apoyo de los amigos, las organizaciones canadienses y chilena de recepción y las autoridades académicas que nos recibieron tuvieron la calidez y cercanía que habíamos olvidado en nuestro país de origen. Como contrasentido llegamos a un país casi desconocido para los radares del mundo sureño, al que solo accedíamos gracias a las “seriales” del sargento King de la Policía Montada de nuestra infancia. A diferencia del Chile grisáceo, vetusto y amenazador de los años de la dictadura, la primavera canadiense se nos presentaba luminosa, moderna y acogedora. El salto de nuestro mundo al primer mundo nos produjo extrañeza y asombro, acompañado de un sentimiento de tristeza y nostalgia, difícil de olvidar en las primeras semanas y meses. Como inmigrantes chilenos, además de la acogida de una cadena de solidaridad que integraban canadienses y compatriotas, teníamos derecho a recibir un curso de inglés de 6 meses (8 horas diarias) y pagado. Arrendamos un pequeño departamento en el segundo piso de un negocio libanés y empezamos a habituarnos a nuestra nueva vida con el apoyo de algunos amigos, entre los cuales puedo citar a Manuel Jofré quien consiguió nuestras becas, a Helene Katz, antigua estudiante canadiense en el Instituto Pedagógico, dedicada ahora a recibir a los exiliados y otras amistades de más reciente data. Allí se gestó una amplia red solidaria contra la dictadura que incluyó encuentros, marchas, organizaciones en diversos lugares de Canadá y de otros países, protestas frente a la embajada y un sinnúmero de actividades que sería largo relatar. Posteriormente nos trasladamos a Toronto, donde estudié mi doctorado en la Universidad de

Toronto y mi esposa Naldi empezó a trabajar en un centro intercultural con inmigrantes de diferentes países. En nuestros 11 años de permanencia en Canadá, desarrollamos múltiples actividades políticas y culturales con chilenos y canadienses de todo tipo. Con esto último me refiero a canadienses de origen inglés y francés, pero también canadienses inmigrantes latinoamericanos, europeos, asiáticos y africanos. Solo para dar un par de ejemplos y con esto termino. En Toronto creamos una instancia de discusión política en que teníamos invitados de toda América Latina y donde participábamos chilenos que veníamos de diversas líneas políticas y también exiliados brasileños, colombianos, argentinos, centroamericanos, etc. El segundo ejemplo tiene que ver con un grupo de músicos chilenos que tocaba con músicos griegos en un Bar emplazado en el barrio griego que se llamaba *The Trojan Horse*. Allí junto a la música en griego, inglés y español, los poetas chilenos leíamos poesía en las tres lenguas para un público mayoritariamente griego. Ambos ejemplos aluden a la convergencia solidaria que producía la necesidad de formar colectivos frente al enemigo común, no solo en Chile sino en el mundo entero. Entre las muchas instancias que organizamos los chilenos en el ámbito de la cultura, creamos una editorial, la Editorial Cordillera, publicamos revistas, hicimos lecturas en castellano, inglés y francés en Montreal, Ottawa y Toronto, además de vincularnos con los escritores canadienses de todo origen. Fue un tiempo hermoso, pero en el cual la nostalgia por el país perdido asomaba siempre. En 1985 en plena dictadura volvimos a Chile a un país aún aterrador, pero donde las fuerzas anti dictatoriales se reagrupaban en todo el territorio y pudimos participar de esa lucecita de esperanza que se encendía en esos años. Pero como decía Rudyard Kipling, esa es otra historia y tal vez pueda ser contada en algún otro momento.

Puentes de imaginación y palabras

Ramón Díaz Eterovic

Como tantas otras cosas en la sociedad chilena, las condiciones para el trabajo de los escritores y la amplia difusión que tuvo la literatura durante la Unidad Popular, cambió bruscamente el 11 de septiembre de 1973. El primer anuncio de lo que venía para muchos de los que entonces éramos adolescentes y soñábamos con expresarnos a través de las palabras fue la quema de libros, la prisión o el exilio de escritores, el cierre de editoriales, la censura; el menoscabo, cuando no desaparición, de la crítica literaria y cultural; y en general la persecución de las expresiones culturales que recordaran el pensamiento del “enemigo interno” al que los golpistas se propusieron combatir. Quedamos huérfanos de vínculos inmediatos con los autores de las generaciones anteriores que más nos interesaban y tuvimos que empezar a construir los puentes que nos permitirían difundir nuestras creaciones literarias.

Entre 1973 y 1979 mis primeras búsquedas literarias fueron en el ámbito universitario y específicamente en la Carrera de Ciencias Políticas y Administrativas de la Universidad de Chile donde participé en la creación del *Grupo Literario Estravagario* y la publicación de la revista *Luz verde para el arte*, probablemente la primera o segunda revista cultural resistente a la dictadura en el ámbito universitario posterior al golpe militar. La revista fue censurada cuando se preparaba su quinto número, y de los integrantes del grupo literario hay al menos dos que persisten en sus afanes literarios: el poeta Guillermo Riedemann, autor de una decena de notables poemarios, y quien escribe estas notas.

Al inicio de los años 80' del siglo pasado Chile sobrevive en medio de la atmósfera de horror y crímenes que impone la dictadura cívico militar. El horror ha golpeado a nuestra puerta y ha entrado a las casas de los vecinos. Han hecho desaparecer a nuestros compañeros y otros deambulan por el mundo, exiliados. El pueblo,



sus cuerpos, han sido atropellados, torturados, hechos desaparecer para negar sus existencias. Los golpistas no sólo quieren eliminar las ideas de sus enemigos, también los cuerpos que anidaban esas ideas. En 1980 publico mi primer libro, "El poeta derribado" y me integro a la Sociedad de Escritores de Chile convertida por entonces en una trinchera de los escritores chilenos, en su mayoría contrarios a la dictadura. En la Casa del Escritor conozco a muchos de los escritores y escritoras de otras generaciones que la frecuentaban: Rolando Cárdenas, Jorge Teillier, Gonzalo Drago, Mario Ferrero, Roberto Araya Gallegos, Stella Díaz Varín, Martín Cerda, Walter Garib, Fernando Jerez, Teresa Hamel, Rebeca Navarro, Ramiro Rivas entre tantos otros y otras con los que estrecharía amistad mientras pasaban los años y asumía distintas funciones al interior de la SECH (director, tesorero, secretario general) hasta ser elegido en 1991 presidente de la institución.

Los 80' también fueron los años en que conocí a muchos escritores y escritoras de mi generación, residentes tanto en Santiago como en regiones. Muchos de ellos dirigían revistas en las se reflejaban las creaciones de los jóvenes poetas y narradores de entonces. En 1981, con Leonora Vicuña y Aristóteles España creamos la revista "La gota pura" que hasta el año 1985 logró tener diez ediciones, una meta poco habitual entre las revistas literarias. Al año siguiente, con otros escritores jóvenes que frecuentaban la SECH creamos el Colectivo de Escritores Jóvenes que se involucró activamente en la lucha contra la dictadura y tuvo su momento de mayor esplendor cuando en 1984 organiza el Primer Encuentro de Escritores Jóvenes Chilenos que contó con la asistencia de muchos escritores de regiones y algunos que comenzaban a volver del exilio. Todo este trabajo y algunas cosas más respondió a la necesidad que teníamos los escritores jóvenes de integrarnos y generar los puentes que se requerían para dar a conocer nuestros cuentos y poemas. Puentes hacia los lectores fueron también las dos antologías que organizamos con Diego Muñoz Valenzuela - "Contando el cuento" y "Andar con cuentos" - que permitieron dar una visión general de la creación de los narradores de la "Generación de los 80" o "Generación del roneo" como se les llamaba en los primeros estudios que abordaron el quehacer de estos autores. Ambas antologías contienen cuentos de autores en su mayoría vigentes en la actualidad, como el reciente premio nacional de literatura Hernán Rivera Letelier.

En 1991 ya habían regresado al país algunos autores exiliados, y entre ellos Poli Délano quien jugaría un rol destacado como nexo entre muchos autores de mi generación y autores de otros países. Ese mismo año, y en mi condición de presidente de la SECH inicia-

mos una gestión que, entre otros logros, se destacó por la creación de la Revista Simpson 7 y la organización del Congreso Internacional de Escritores “Juntémonos en Chile” que en agosto de 1992 congregó a cerca de 200 autores chilenos y una cincuentena de autores provenientes de otros países. El último encuentro de similar envergadura organizado por la SECH había sido realizado el año 1969, lo que significó que 23 años después la SECH volvía a convocar a una importante y significativa cantidad de autores de todo el orbe.

Pero no sólo de generar iniciativas literarias nos preocupamos en esos tiempos. Desde el inicio de la dictadura hubo muchas cosas de las que fue necesario escribir y desde luego había muchos libros periodísticos y testimoniales que daban cuenta de la realidad social y política que vivíamos. Y en esa situación y con dos libros de poemas y otros dos de cuentos publicados, me pregunté si era posible hablar de esa realidad desde otra perspectiva, empleando formas narrativas que no fueran las más frecuentadas por los narradores chilenos. ¿No vivíamos acaso en esa atmósfera de injusticias e inseguridad que propone la novela negra desde sus orígenes? Estas preguntas u otras semejantes, coincidieron con la lectura de varios autores emblemáticos del género policial. Con ese impulso contribuí a escribir las primeras novelas negras chilenas. Con ellas la narrativa chilena se puebla de antihéroes que investigan lo que la policía real deja de lado; que impone justicia en situaciones donde el poder judicial fue ciego y mudo. La novela negra llega para sentarse en un lugar destacado de la mesa, y como escribe el profesor de la Universidad Católica de Chile, Rodrigo Cánovas, en su libro “Novela chilena, nuevas generaciones. El abordaje de los huérfanos”, una de las expresiones destacadas en la narrativa chilena de los últimos años, es la policíaca, por cuanto: “el formato de la investigación privada permite una mirada inquisitiva sobre instituciones e ideologías, a la vez que logra aprehender un ímpetu de rebelión individual, amén de rescatar discursos marginales sobre la condición alienante del poder”.

Mi acercamiento a la novela negra o al neopolicial latinoamericano nació de mi afición por un género donde siempre encontré historias atractivas y vitales que leer, por mi apego a sus protagonistas que tantas veces alimentaron mis deseos de aventuras y de justicia; y de la búsqueda de una forma de expresión que me permitiera mostrar el sentir de una sociedad bajo vigilancia, como lo era la chilena

durante la dictadura pinochetista. Mi novela *La ciudad está triste*, escrita en 1985 y publicada dos años más tarde, marcó el nacimiento de Heredia, el detective que hasta la fecha me ha acompañado en veinte novelas y un puñado de relatos. También fue el inicio de una apuesta desde una doble marginalidad. Primero, escribir a partir de los códigos de una forma literaria poco transitada y menospreciada en la narrativa chilena; y segundo, el abordaje de temas que en su momento eran difíciles de exponer en voz alta: la represión política, la realidad de los detenidos desaparecidos, los negociados al amparo del poder público. Temas que más tarde dieron paso a otros, como el racismo existente en la sociedad chilena, el desamparo de los ancianos, el tráfico de armas, el femicidio, el narcotráfico, los atentados ecológicos.

Con las novelas protagonizadas por Heredia he trazado una cronología de la historia chilena de los últimos cincuenta años. En todas ellas hay un contrapunto evidente entre literatura e historia, a partir de temas fácilmente reconocibles en el acontecer chileno. Mi pretensión no ha sido otra que escribir desde los códigos de una forma literaria que me apasiona y tratar que mis palabras provoquen en sus lectores una mirada más atenta, menos complaciente con el pasado y con la época en que vivimos. Las novelas negras, propias y de otros autores latinoamericanos, están protagonizadas por sobrevivientes de la historia política de las últimas décadas y por resistentes o víctimas del nuevo orden impuesto. No es una literatura complaciente y los autores que la desarrollamos somos unos eternos sospechosos, porque permanentemente estamos hablando de tres temas que siempre van a ser incómodos para los que detentan el poder: las desigualdades, la verdad y la justicia.

Por eso también tenemos lectores que siguen las historias que les contamos y se identifican con los personajes que creamos cada vez que asumimos el desafío de llenar una página en blanco. Se suele decir que la novela negra o criminal es la novela social de nuestro tiempo. Una idea que suscribo porque entiendo que esta forma literaria, que por años fue marginal y menospreciada, ha sido una de las más eficaces para abordar la relación existente entre el poder, la criminalidad y la verdad. En Chile, al igual que en otros países del continente, vivimos dentro de una permanente novela negra en la que se refleja claramente la relación del poder con el crimen y la delin-

cuencia. A cincuenta años del golpe militar, sigo escribiendo sobre los brillos y miserias de una época donde los valores son ambiguos y la violencia se expresa sobre las personas de múltiples maneras. Escribo desde los códigos de una forma literaria que en circunstancias históricas, geográficas y culturales diferentes a las que se originó, es eficaz en Chile y otros países para explorar lo que está en el fondo de toda expresión literaria: la condición humana.

Jugarse la muerte

Lilian Elphick

Cuando eligieron al presidente Salvador Allende usaba pantalón pata de elefante y poleras bordadas a mano. Para el fatídico día once, andaba en bicicleta por el barrio y vi pasar los *Hawker Hunter* rumbo a Tomás Moro. Era sólo una adolescente enamorada de un vecino de veinte. Ese día no lo encontré en su casa. Luego, con estado de sitio, no pude volver a la calle. Mi vecino no regresó nunca más. Aún tengo en mi piel memoriona sus ojos aceitunados. Una soledad sin nombre me conmueve, me hiere los pies a cada paso, recordándolo. Años más tarde usaba poncho y calcetines chilotes. Iba al Pedagógico, me enamoré de un dirigente. Cuando hacíamos punto en alguna calle del centro fingíamos ser pololos. A pesar del miedo, nos besábamos hasta que nuestras rodillas tiritaban. Hordas de pacos pasaban a nuestro lado lумеando a nuestros compañeros o empapándonos con el agua sucia del lanza aguas. Luego conocimos la fragilidad de ser amantes, nos jugamos la muerte mientras afuera llovía y alguien silbaba con fondo de extractores de aire.

Es cierto que olvidamos las palabras, no era necesario hablar para tocar te amo, para acariciar te deseo, para rasguñar tú - mi egoísmo más acérrimo. Y el tiempo estuvo en contra. A las siete, dijimos, a las cuatro, a las once, había que programar hasta los más mínimos segundos, el momento de llegada y el de partida, como si fuera una carrera de relojes y no dos cuerpos entrelazados en la obscena postura del miedo.

Ambos esperamos que uno de los dos llamara, recordando cómo huele la piel después del amor, cómo es un beso hecho de lágrimas, reviviendo el placer de las caricias imperfectas y el horror del adiós en las calles grises.

Y no nos llamamos, no nos buscamos, supimos que era mejor no perturbar la paz del desencuentro y preferir la lucha noble. Quisimos renunciar al amor bravo, al amor que duele, sobre todo



en esos momentos en que yo escribía y él miraba a través del velo de la cortina si venían a buscarlo.

En silencio nos extrañamos, buscamos la fotografía que nunca existió, la carta destruida, los panfletos, algo que nos recordara que los amantes eran nosotros mismos y no los otros que creímos ser. En silencio, dejamos que la tarde nos fuera adormeciendo, no supimos cuándo nos convertimos en fantasmas. Así, fuimos más bellos y más fuertes; por la inocencia, nada más que por eso. Rodeados de múltiples sueños continuamos amando, sin darnos cuenta de que lo amado ya no estaba, que otros ojos retuvieron el desencanto de la lejanía. Continuamos deseando, utilizando espejos, máscaras, toda una escenografía bien diseñada para ocultar aquella terrible manera de no estar.

De él guardo un botón de ojales rotos.

*Texto publicado originalmente en el diario iberoamericano *La Insignia*, enero de 2007 y en el libro *Capilar*, de Lilian Elphick, 2018.

Escritura del exiliado

José Leandro Urbina

Salí de Chile en febrero de 1974. Mi casa había sido allanada el mismo 11 de septiembre a las 18:00 hrs y carabineros se llevaron a mi padre y a dos de mis hermanos menores que hicieron el recorrido Estadio Chile, Estadio Nacional.

Yo y mi segundo hermano pudimos escondernos en un entretecho y evadir la captura. Cerca de noviembre nuestros presos volvieron a casa con evidentes signos de tortura y lo que ahora se llama stress postraumático.

Para febrero del 74 la situación se había vuelto insostenible. Yo estudiaba una licenciatura en literatura, trabajaba en Quimantú escribiendo guiones para historietas y militaba en el partido socialista de mi barrio Independencia. A esas alturas, los vecinos delatores seguían activos, así es que decidimos que lo mejor era que saliera del país. El destino fue Buenos Aires donde algunos amigos podían darme alojamiento por el tiempo necesario para reubicarme.

Tomé un bus Cata a Mendoza que me recogió en el centro y volvió hacia Independencia, mi barrio, pasando por el puente que cruza el Mapocho frente a la Estación. Cuando atravesábamos el puente, un hombre pequeño, de traje y corbata, sentado junto a una de las ventanas de la derecha, gritó.

¡Miren, miren! Apuntando hacia el río. El chofer disminuyó la velocidad y nos apilamos hacia ese costado. Medio hundido en las aguas sucias estaba el cadáver de un joven alto, de barba, sin zapatos. Había palomas circulando cerca de su cabeza.

¿Por qué hacen eso? Gimoteaba el hombre. Una mujer se acercó a él, lo tomó del brazo y le dijo: Cállese señor, usted no sabe quién viene en este bus.

El chofer aceleró y yo cerré los ojos y me quedé dormido. Esa fue la última imagen que me llevé de Chile y que fue muy importante para mi escritura posterior.

En esa época, Argentina volvía a caer en la espiral represiva y golpista. Muere el general Perón en julio del 74, toma el mando Isabel Perón acompañada de una pandilla de psicópatas de ultraderecha cuyas acciones terminan provocando en 1976 la intervención de las fuerzas armadas y una nueva pesadilla dictatorial encabezada por Jorge Rafael Videla. A esto lo llamaron Proceso de Reorganización Nacional, nombre que el día de hoy causaría risa, sino fuera por los más de 30.000 asesinados, desaparecidos, el robo de menores a madres prisioneras políticas que habían dado a luz en la cárcel, la persecución sindical y una larga lista de bellaquerías apoyadas por la elite y obviamente por los Estados Unidos.

Como los porteños estaban acostumbrados a los golpes de estado, mal que mal desde 1930 habían tenido 25 años de dictaduras militares, de cierta forma la vida cotidiana a ratos parecía normal. El breve espacio entre 1974 y parte del 75 me permitió conocer gente de teatro, escritores, académicos, intelectuales formados en abundantes lecturas y largas conversaciones de café. También recuperar algunos compañeros del pedagógico con los que intentábamos entender el golpe de estado en nuestro Chile. Podría decir que ahí pase por un segundo proceso educativo de gran intensidad. Si la historia lo hubiera permitido, creo que me habría quedado en Buenos Aires, pero desde 1976, el ambiente tóxico generado por la dictadura era tan denso que nos obligó a marcharnos en 1977.

Puedo decir que en aquella época salí lleno de rabia, pura energía negativa. En ese estado y con cierto recelo me puse a escribir los cuentos cortos que pasaron a formar el conjunto que titulé posteriormente, *Las malas juntas*. Las lecturas que pude hacer me marcaron. Grandes librerías y libros a precios bajos. *La caballería roja*, de Babel y *Condenados de condado*, de Norberto Fuentes, me introdujeron en una literatura política, sin grandes gestos épicos y que mostraba que ese género entre lo histórico y lo ficcional, género documental, era el que permitía registrar el momento que estábamos viviendo.

Las historias que se contaban entre los exiliados, aquellos que habían salido de las cárceles o los que habían dejado sus hogares por temor a la persecución, me incentivaron a escribir, en un principio, estas especie de despachos que luego fui elaborando con mayor cuidado. Mandé los 13 primeros cuentos al concurso de Casa de las Américas en Cuba donde recibió una mención hon-

rosa. Eso me lo informó años después Antonio Skarmeta y me dio el ejemplar de la revista de Casa donde venía el cuento “Dos minutos para dormirse”.

En enero de 1977 salí para Canadá, país que me recibió gracias a los esfuerzos de Naín Nómez que me consiguió una invitación para realizar un magister en la Universidad de Carleton, en Ottawa. Pierre Eliot Trudeau era el primer ministro y abrió las puertas para recibir a un buen número de exiliados del golpe.

Ahí comenzó la etapa más compleja de mi desarrollo como escritor. En Buenos Aires, un santiaguino podía sentirse un tanto provinciano, pero compartíamos mucho de cultura y, con algunos ajustes, todo el idioma. En Canadá compartiríamos muy poco de todo.

Si nosotros sabíamos algo de ese país, el canadiense común no sabía nada de Chile. En ocasiones nos topábamos con gente que creían que Pinochet era comunista y se admiraban cuando mostrábamos fotos de un Santiago con edificios y autos. Muchos jóvenes universitarios pensaban que vivíamos en chozas, que el país se llamaba Chile por el ají, y que bailábamos tango. El país que por primera vez se había planteado un proyecto de socialismo democrático bajo Allende y que según se decía despertaba el interés de las fuerzas progresistas del mundo, a nivel del hombre de cultura media canadiense no existía sino como un lugar lejano y exótico, si es que.

Culturalmente teníamos las referencias políticas y literarias que imponía Occidente y que facilitaban el contacto básico, pero en el casillero del idioma había un cero. La gran mayoría de los chilenos más allá del “jaguar yu” no tenía conocimiento de una lengua que además resistía pues la asociaba con la del imperialismo y con los promotores de golpe de estado.

Ese era el escenario donde un escritor exiliado tenía que ejercer. Por suerte había entre Ottawa, Toronto y Montreal un grupo de poetas entre los que se encontraban Naín Nómez, Jorge Echeverry, Eric Martínez, Gonzalo Millán, Leopoldo Gutiérrez y otros con los que nos reuníamos de manera periódica para conversar de literatura y de política, siempre de Chile. Con este grupo fundamos Ediciones Cordillera que con el correr de los años publicó 14 libros, algunos bilingües, principalmente de poesía.

En Ottawa completé “Las malas juntas” y comencé a escribir una novela que tenía que ver con Chile, por supuesto, y que nunca terminé. Logré completar unas 350 páginas y luego me invadió el cansancio. La abandoné, fui perdiendo el manuscrito de a poco, una parte en España, cuando en Madrid me robaron la maleta, otra en Nueva York. Ese fue el momento en que, por primera vez, me pregunté cuál era el sentido de seguir haciendo literatura.

La fuerte sensación de que escribías sobre un lugar que ya no tenía realidad ni para mí ni para en esa parte del mundo anglosajón, que trabajabas en un idioma que nadie entendería, donde su público natural no existía porque, además de la distancia, los posibles lectores de lo que yo me proponía escribir era un grupo absolutamente inalcanzable.

Es verdad que la literatura es un acto de comunicación, por eso. cuando se presiente que uno está hablando frente a la pared, viene el desgano. Sin embargo, la inercia me llevó a seguir garabateando en libretas relatos inconclusos e intentar obras de teatro que no pasaban del primer acto. Tal vez fue esta actividad la que, por lo menos, me mantuvo ejercitando algún nivel de escritura. “A escribir se aprende escribiendo, me decía Skarmeta”, y yo que todavía me consideraba un aprendiz me mantuve a flote leyendo, leyendo mucho y escribiendo sin un proyecto, sin ese horizonte que todo escritor de verdad genera en el curso de su carrera.

Puedo atestiguar que el fenómeno de lo que algunos llaman “la pérdida de identidad”, es verdadero. ¿Cómo te presentas ante los otros, cómo respondes a la pregunta de quién eres? ¿Podía decir que yo era escritor? En una ocasión social en que salió el tema, una mujer canadiense me preguntó si yo tenía algún libro conocido. Tuve que decir que no, y dolió.

En ese trayecto surgió el salvavidas de la traducción. Christine Shantz, una traductora canadiense, que más tarde sería mi esposa, puso el libro en inglés. Entonces se abrió una puerta. El Canada Council for the Arts me otorgó una beca y *Las malas juntas* fue publicado por Cormorant Books, la editorial del poeta Gary Geddes, con el nombre de *Lost Causes* (Causas perdidas).

En el año 1991, mientras estudiaba un doctorado en literatura latinoamericana en la Universidad Católica de Washington DC. Volvió la energía y en el plazo de menos de 3 meses escribí el primer borrador de *Cobro revertido*. Con la novela amononada vine a Chile en el 92 buscando editorial. No tuve suerte, el *Cobro* fue rechazado por dos editoriales. No me acuerdo quien de mis amigos me recomendó mandarla al concurso de la Editorial Planeta de Argentina. Para mi sorpresa, la novela quedó finalista en ese concurso y en la final se cayó con el voto en contra de José Donoso.

A las semanas me llamó a Washington Carlos Orellana y me dijo que quería publicarla en Planeta Chile. Le dije que llamaría a los argentinos para consultar si ellos tenían interés y que le avisaría. La persona que manejaba el concurso me dijo que les interesaba pero que no podían comprometerse a sacarla sino en dos años más. Orellana me ofrecía publicación inmediata, así es que se la entregué.

Creo que le fue bien al *Cobro* en Chile, aunque hubo personas que me insultaron por variadas razones. Al fin, ganó el premio que, por primera vez, establecía el Consejo del libro y la lectura. De manos de Jorge Arrate lo recibió mi mamá y mi hermano Sebastián. En cuanto a mi primer intento de novela, los pedazos que pude conservar los comencé a reciclar cuando volví a Chile en enero del 2005. De ahí vienen los libros de el Baruni que espero terminar algún día.

Chile 73: cuaderno de septiembre

Jaime Quezada

I

Martes 11 de septiembre. 8 de la mañana. Un telefonazo me despierta sorpresiva y casi violentamente. (Me había acostado muy tarde o muy de noche después de haber estado en la Sociedad de Escritores de Chile en sus tradicionales y activas reuniones de los lunes y, luego, en su taberna López Velarde). Alguien con angustiosa y rápida voz me dice: Escucha Radio Magallanes, Radio Magallanes. Y alcanzo a escuchar las dramáticas palabras del Presidente Allende: “Mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor. La historia es nuestra y la hacen los pueblos. Tengo fe en Chile y en su destino...”

Y como si hablara la Patria. ¡Hablaba la Patria!

¿Qué hacer? me dije, confundido y sorprendido y alarmado (no armado, ni siquiera con una honda de elásticos) ante la realidad brutal e irrefutable, ante el tanque y las botas y el fusil, ante el trance más crucial de este Chile contemporáneo, con su historia cívica y su tradición ciudadana destruida a sangre y a fuego y a odio. (Huidobro: *El odio es la debilidad de los débiles*). ¡A lo que puede llegar la maldad de estos hombres-soldados que un día juraron honrar con lealtad a su patria y, de la noche a la mañana, deshonoran a esa patria! Me quedo en mi cuarto todo un día, todo un mes, todo un año: en mi claustro, en mi ermita, en mi catacumba.

II

Entre bando y bando (cada cual más amenazante y terrorífico), la radio anuncia, en un breve y oficial comunicado, el “suicidio” de Salvador Allende. El mandatario chileno fue encontrado muerto en una de las dependencias del bombardeado e incendiado Palacio



de La Moneda, con una metralleta aún en sus manos. Todas las conjeturas se confirman, hasta la invención de esta muerte violenta y violentada. Arde más que nunca, y a llama-odio vivo, la incendiada Casa de Gobierno de Chile.

La noticia “oficial” me conmueve de una emoción que no sé decir. Mi corazón golpea con fuerza mi pecho y me estremece de cuerpo entero. Mi cabeza inclinada sobre la mesa del comedor a esta hora del almuerzo pasado el mediodía. Si en oración, si en silencio, si en nulo decir. No puedo seguir comiendo ni mis arroces ni mi trozo de merluza frita. Caen mis lágrimas silenciosamente sobre el plato de porcelana industria Fanaloza-Chile. Lágrimas, como granos de arroz, que parecen sonar de pena y contenida resignación en la blancura cerámica de este plato. Nadie habla en la mesa de esta Hora Nona. Ni una palabra me sale de la boca, ni siquiera la blasfemia de un ¡malaventurados sean!

III

La Casa del Escritor (Almirante Simpson 7) tiene sus puertas abiertas. No de par en par, medio entornadas, pero abiertas. Ha sido acaso el único lugar público no allanado – “visitado”, se dice ahora eufemísticamente- por las Fuerzas Armadas y del Orden. (¿Qué orden?: ¡La orden del sable, señor!). Claro, después de todo para qué “visitarlos”. El escritor no es peligroso, no hace daño. Una especie de rara avis y excéntrica. *Los raros*, diría Rubén Darío, que azulean el lenguaje o lo modernizan. Por lo demás, ¿qué escritores?, todos en el exilio de allá y en el exilio de acá. La diáspora cotidiana.

Aun así, los poquísimos, los que estamos, lunes a lunes nos reunimos, casi en comisiones de emergencia, ya no en sus tradicionales salones de amplios ventanales sino en la bien amurallada y protegida taberna o Refugio Ramón López Velarde, en cuyas murallas Neruda escribió una vez, de su puño y letra, y con un trozo de carbón, el clásico verso del poeta mexicano: *Mi corazón leal se amerita en la sombra*. El mismísimo Neruda dirigió esta Sociedad de Escritores de Chile el año que Carlos Ibáñez derogaba la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, llamada por el pueblo Ley Maldita.

El escritor Luis Sánchez Latorre –Filebo- desde una improvisada mesa preside la también improvisada reunión. Y ha tenido el coraje moral e intelectual (quiero poner aquí “y ciudadano”, pero ya no somos ciudadanos borrados por decretos leyes) y de hombre probo en su siempre espíritu libre y democrático, de estar al frente, en esta época de barbarie y catacumba, del máximo organismo de los escritores chilenos. El autor de *Los expedientes de Filebo* nos habla de lo que significa ser escritor en el Chile de hoy, en momentos de cruda incertidumbre; que más que nunca la responsabilidad debe estar presente en cada uno, en su oficio, en sus lecturas, en su escritura; que es un tiempo de

silencio, de meditación, de meterse en la gran soledad, de la cual algún día vendrá también una obra creadora; que hay que estar cauteloso, y vivir cauteloso en un sobrevivir a las penurias y a las menudas miserias, y en un país que de pronto en él puede más el odio.

Nunca este *corazón leal que se amerita en la sombra* ha tenido más exaltación de ánimo que en las motivadoras y reflexivas palabras de Filebo. El alma en el cuerpo. El espíritu y el sentido. Nada de lecciones doctorales o de sermones antojadizos, sino: palabra de escritor, de prójimo a prójimo. Y nunca también como esta noche la copa de vino, en el López Velarde, se ha bebido con más lealtad a ese corazón.

IV

Los Consejos de Guerra dictan apresuradas sentencias –justicia rápida y efectiva– condenando a 5, 10, 20, 30 años de presidio a modestos trabajadores chilenos: profesores, empleados, obreros, estudiantes, campesinos. Y algunos con condena de presidio perpetuo “por traidores a la Patria”. (Y hasta un niño de 15 años de edad es condenado por el Consejo de Guerra de la ciudad de Valdivia). ¡Por traidores a la Patria! ¿Qué es la Patria? ¿Un invento? ¿Una ficción? (*Nadie es la patria, ni siquiera el tiempo cargado de batallas, de espadas y de éxodos. Nadie es la patria, pero todos lo somos*). El delito de traición de esos chilenos es haber sido militantes o simpatizantes de un Gobierno Constitucional que era la patria misma, y que supo distinguir y valorar su menos cóndor y su más huemul. Gabriela Mistral, que confesaba su escaso amor del cóndor, dice: “muchos de nuestros llamados Héroes de la Patria o Padres de la Patria deberían pertenecer, sin más y sin menos, a la Orden del Cóndor que, al fin, es solamente un hermoso buitre: el picotazo sobre el lomo y el ojo sanguinoso”. Así también los Consejos de Guerra.

V

Llegan cartas de amigos en el exilio. En todas esas cartas la nostalgia viva del país y la pena honda en la ausencia del suelo patrio y nutricio. Un castigo doble ese destierro de tantos chilenos y chilenas por el mundo, y sus *meditaciones sobre la duración del exilio* (Bertoldt Brecht) y con sus saudades de llorar.

Gonzalo Millán, desde Costa Rica: “Chile duele mucho, pero es imposible volver. La nostalgia es una víbora y me muerde diariamente. Añooro desesperadamente la calle Pío Nono. Si vas a esa calle bebe una cerveza en el restaurant Venecia, y después otra en un local pequeño que hay casi al llegar al Cerro. De

Santiago, ese negocio y esa calle es lo que más amo. También si puedes, camina por la calle Siglo XX, por ahí cerca. En ella vivió mi madre cuando joven. En ese barrio hay un poema no escrito. Pasea por allí y trata tú de escribirlo... Envíame una postal de Santiago donde se vea el Cerro San Cristóbal". Osvaldo (Gitano) Rodríguez, desde otras patrias adoptivas del mundo: "Mis últimos días estaban cargados de presagios, y me los pasé arreglando rápidamente mi maleta y mi conciencia. Se me planteaba la difícil alternativa de dejar mi patria en un momento tan difícil de sobrevivencia". Y Gonzalo Rojas, desde su vagamundo forzoso: "Necesito, Jaime, el olor de las cosas, el cataclismo, la geología de mi país laberíntico. Y, sobre todo, necesito el oxígeno de la palabra de mi pueblo, el español de Chile".

Y nuestra Gabriela Mistral, en su permanente errancia o extranjería – una forma tenaz de exilio también-, ¿no llevaba siempre consigo un saquito de tierra de su valle elquino natal?: *País de la ausencia, / extraño país. Me nació de cosas / que no son país; / de patrias y patrias que tuve y perdí. / Perdí cordilleras / en donde dormí. / Perdí huertos de oro / dulces de vivir...*

VI

Florece el tilo de Jerusalén, la flor de la pluma, las lilas color lilas. ¡Oh lilas conventuales, crepusculares! La pupila abierta para mirarte a ti. Maestranzas de noche. 23 de septiembre. Un colibrí sujeto a los estambres de una flor de hibisco en esta primavera de un país sin primavera. Frente al nicho-tumba de Neruda un minuto de silencio. Un minuto eterno de silencio en su memoria. Mi deber es vivir, morir, vivir. Un niño con un ramo de flores en sus manos de niño. Ese niño algún día sabrá quién fue Neruda. Ahora viene con su madre pobladora y un ramo de flores. Un hombre mayor se lleva el sombrero a la altura de su corazón. ¿Un obrero, un cargador de la vega? ¡Y este clavel que te traigo, compañero! Jóvenes y estudiantes, y mujeres, valientes mujeres en un espontáneo homenaje al poeta de la paz y del amor.

De pie frente al nicho-tumba, en el tras muro del patio México del Cementerio General de Santiago de Chile, espero este mediodía. ¿Qué espero? ¿La resurrección? ¿Qué despierte el leñador? Sí, la Re-su-rec-ción. Sí, que despierte el leñador. Abro un libro como quien abre una puerta. Cuando levanto la vista después de haber buscado un poema de lectura (Solo la muerte), veo carabinas cruzadas, metralletas a tiro de cañón, fusiles a 100, 50, 20 metros de este nicho-tumba. ¿Es posible un estado de guerra frente a la tumba de un Poeta, de un Poeta Premio Nobel de Literatura? Me están mirando, fotogra-

fiando, observando, apuntando con sospecha. A mí que tengo un libro de poemas en mis manos. A él que puede levantarse de su tumba y hacerlos temblar de vergüenza. ¡Ay, Neruda, *las furias y las penas* de este tiempo, y de otro!

Pasa un carro patrullero por la estrecha avenida del cementerio, otro carro patrullero. Militares y más militares. El sol arde también de ira. Una rosa se deshoja lentamente desde el mismo nicho y el caer de pétalos incomoda a estos policías cargados de granadas. Un campo santo como campo de Marte. Toda la mañana a botas firmes esperando matar al muerto. Pero la muerte no te mata, Poeta. Los grandes hombres no mueren, escribe el pueblo. Y Neruda más vivo que nunca: Yo no voy a morirme. *Salgo ahora hacia la multitud*, hacia la vida.

VII

El Diario del Che en Bolivia (popular edición del Instituto del Libro, La Habana, 1968, introducción de Fidel Castro); *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, de la socióloga chilena Marta Harnecker (Ediciones Chiltic Amat, San Salvador, octubre de 1971, presentación de Louis Althusser); En Cuba, testimonio de Ernesto Cardenal y su experiencia cubana (Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1972); *El libro rojo*, con los aforismos de Mao, en uno de los cuales se habla del “hombre nuevo” (tan en boca también del Che), o lo que san Pablo llama “el hombre de naturaleza nueva”; *Antología Popular de Pablo Neruda* (Ministerio de Educación Pública, Santiago, noviembre, 1972, prólogo de Salvador Allende, Presidente de Chile)... Estos y otros libros, de materias y atmósferas similares, iba yo retirando de mis estantitos con mano temblorosa durante la tarde de ayer. Y sin saber qué iba hacer con ellos, aunque sabía perfectamente qué iba hacer con ellos. Esas obras muy leídas y queridas por mí, iban ahora a la llama y a la ceniza y al fuego eterno. Y sabiendo, también, que esa ceniza y esa llama y ese fuego eterno, salía de mi propia mano temblorosa.

Después de esa pira-acto de lesa quemazón, pensé que iba a dormir un poco más tranquilo, sin el desvelo de aquellos libros rodeándome la habitación de tortura y tormento. En verdad, yo he quemado esos libros. ¡Maldita mano temblorosa!, me digo. Soy mi inquisidor, mi index, mi pecado. En verdad, también, es la mano del otro, del otro que no soy yo, la mano misma del miedo y del terror y del diablo pánico acechando hora por hora, matando tu sentimiento, tu piedad, tu razón, tu libertad de leer a tu suelto antojo. Más que quemazón, más que acto de lesa literatura: humillación y martirio.

¡Oh, mano militari que cae sobre nuestros espíritus y conciencias como rayo ardiendo y fatal en este desvivir cotidiano de Chile! “Mi porve-

nir –dice Martí- es como la luz del carbón blanco, que se quema él, para iluminar alrededor”.

VIII

Más que la censura oficial, exigente y humillante, sé bien que mi poema, mi cuento, mi novela debe pasar por un proceso de escritura todavía más exigente y humillante: la autocensura. Censura previa que a su vez va precedida de otra censura aún más previa: la autocensura en el cuídate de tal palabra, cuídate de tal frase, cuídate de tal manera de escribir. Es decir, adecuar un lenguaje a un no lenguaje que nunca será, en verdad, lenguaje. Y la censura en el bando, en el decreto, en la ley, en la norma elevada a rango “constitucional”, cortando en todos los sentidos la creatividad, la circulación libre de las ideas, el pensamiento libre del espíritu. Como en las fogatas sureñas de la Cruz de Mayo se ilumina la noche a pura quemazón de libros, de hoguera, de guillotinado, de destruir ejemplares a granel. Cenizas. ¿Ave Fénix, tal vez?

Y ahora la censura. Someter al visto bueno de la autoridad aquella obra que según esa autoridad se puede estar escribiendo con vista mala. Luis Sánchez Latorre, la voz constante y pensante de la Sociedad de Escritores de Chile (Sech), poniendo el dedo en la llaga en este proceso de casi doble censura: “porque el autor se pone a pensar que está siendo cuestionado, que su obra tiene algún alcance político que él no vio, y comienza a sentirse postergado y probablemente terminará autocensurándose con mayor fuerza en su próxima obra”.

En medio de esta desculturización, y en estas condiciones, se vive, se crea y se escribe en esta mala hora de Chile. O se trata de escribir, a sabiendas que mucho de su obra será imposible de publicar por ahora, y a sabiendas, además, que lo publicable de ahora muchas veces no es en toda su cabal expresión su obra verdadera. Adiós a la fe literaria de un Andrés Bello –*es preciso que el arte sea la regla de la imaginación y la transforme en poesía*- que, desde 1843, venía haciéndose creadoramente oficio y conducta en las generaciones de tantos y tantos chilenos y chilenas.

IX

Escribo a esta hora de la noche con un lápiz de grafito. Apenas cargo su punta en el papel. Que no se haga ruido alguno. Son las 10 de la noche. El país está bajo un riguroso toque de queda. Santiago es un silencio más

aterrador que el toque de queda. Ni un perro ladra, ni un gallo canta. ¡Centinela, centinela!: ¿qué ves en la noche? De repente un disparo seguido de otro disparo. Luego una ráfaga de metralleta. Alguien cae herido de muerte o huye en la oscuridad de la noche. Después, otra vez el silencio. Y esta frase que me digo bajito a manera de talismán o exvoto: “Alguna vez nazca una patria en un amanecer a orillas de un tiempo más libre”.

Santiago de Chile.
Septiembre, 1973-1974.

Once, a 50 años del golpe

Ana Maria del Rio

Soy ANA MARIA DEL RIO Nací en 1948. Soy una escritora chilena, la única mujer perteneciente al Movimiento Nueva Narrativa Chilena de los 90. Ser de esa generación consiste en ser disímil, desmarcada, probar constantemente modos y estrategias nuevas de narración. También soy Profesora de Castellano de la Universidad Católica. Actualmente hago asesorías literarias individuales. Y por supuesto, escribo, porque no sé hacer otra cosa.

El 11 de septiembre de 1973 hacía sol. Yo estaba en mi casa, terminando una traducción del francés, para mi curso de la universidad.

Eran tiempos tristes. Mi hermano había muerto en un feroz accidente en auto hacía unas semanas atrás. Mi padre había entrado en una depresión tan profunda que no comía y no se levantaba del sillón de su pieza, repitiendo sin cesar una sola frase: "Yo le presté el auto". No quería vivir.

Yo tenía puesta la radio. En unos minutos más, debería partir a la Facultad de Letras de la Universidad Católica en el Campus Oriente donde teníamos prueba con Cedomil Goic, el estricto profesor de Investigación Literaria. Quería terminar luego mi carrera y comenzar a ser profesora. Sabía que mi padre no volvería a trabajar nunca más. Y mi madre ya se sacaba la mugre trabajando.

De pronto, en mi calle, frente al hospital Calvo Mackenna, por Antonio Varas, la calle ensanchada para el Mundial del 62, comenzó un ruido del otro mundo. Cientos de metales hundiéndose el pavimento. Eran tanques. Una escuadra completa de tanques avanzando hacia el centro.

El corazón se me encogió.

Hacia unos meses, yo había iniciado una relación con un chico de la Facultad que se había unido al movimiento de izquierda

FIN

revolucionaria como parte de un grupo de apoyo a la acción civil. Yo también estaba postulando a entrar. Habíamos hecho algunas acciones en comunas populares (alfabetización, repartición de propaganda, pintura de letreros, etc). Pero hacía unos días atrás, en una fiesta de cumpleaños de uno de los compañeros de mi curso, él me había invitado formalmente a que yo fuera su pareja. Creo que me llamarán a la clandestinidad, había dicho. ¿Quieres venir conmigo?. Esto es sin vuelta, Ana, dijo.

Yo lo sabía muy bien. Quería irme con él, pero vacilé. Mi hermano había muerto hacía menos de un mes y mi padre estaba con todas sus fuerzas tratando de morirse.

–Espérame unos días –le pedí–. Te quiero. Quiero irme contigo, pero tengo que ver el problema de mi casa. Están mi madre, mis hermanos.

Me entendió. Sabíamos que la cosa era sin vuelta.

En ese momento, cuando oí el ruido ensordecedor de los tanques, corrí abajo, y tomé el teléfono. Lo llamé. No contestó. Marqué una y otra vez. Nada.

En eso, sonó el timbre. Era mi vecino, un chico que estaba en los últimos años de Ingeniería de la Chile. y que mi familia había pensado como pareja para mí. Habíamos salido un par de veces, hasta que nos convencimos de que esa cuestión era una soberana huevada. Habíamos nacido para ser amigos. Yo no le atraía en absoluto ni él a mí. Pero nos veíamos todos los días. Vi la llegada a la Luna en su televisor, porque en la casa no había. Era un matemático neto, que, admiraba a Allende y a su proyecto, Pero sabía que matemáticamente, el país no daba más.

–La derecha jamás aguantará un gobierno socialista, –decía.

–Apúrate, ven. Ponte zapatillas, –me dijo.

Subimos al techo de su casa.

–Mira cómo matan un país, –me dijo él. Estaba conmovido.

Juntos, vimos el vuelo de los Hawker Hunters, uno tras otro, precipitar sus proyectiles contra la Moneda con exactitud.

Cuando comenzamos a ver el humo, las llamas y las sirenas, nos abrazamos, y, sin vergüenza alguna, comenzamos a sollozar, uno sobre otro, sin consuelo. Llorábamos fuerte, como los niños, con la boca abierta. Llorábamos por esos mil días de esfuerzo continuo en que casi la historia se había dado vuelta.

Esa tarde se cerró todo en Santiago. El manisero y el heladero del hospital Calvo Mackenna vendieron en mi cuadra toda su mercadería para dos años más. Estaban eufóricos. Decían que era un milagro de la Virgen de Lourdes,

de la que eran devotos. En las casas de mi cuadra se daba gracias a Dios por habernos librado de los comunistas. Mi vecino y yo tratamos esa tarde de ir, por una parte, a Conchalí, y después al centro, a la calle Maturana. No nos fue posible pasar. Nos detuvieron y nos obligaron a devolvernos.

 Mi amor no apareció más... vivo. Meses después, una escueta noticia policial daba cuenta de su cuerpo trozado y repartido en pedazos en el camino de Pajaritos en Maipú.

 Todo esto está escrito en una novela que espera publicación.

 Pero ahora, con un nudo en la garganta, lo recuerdo. Pienso en él. Nunca he dejado de pensar en él, en realidad. Más que en mí. Qué pensará él ahora, en este nuevo intento que estamos haciendo, que queremos con todas las fuerzas, que resulte.

A nosotros nos salvó el cigarrillo

Roberto Rivera Vicencio

El tan anunciado golpe ya estaba en curso y nuestro núcleo compuesto esencialmente por jóvenes que nos quemábamos las pestañas leyendo desde *“El manifiesto comunista”*, hasta *“Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el estado”* para ser útiles a la patria socialista, aún no salía del shock del bombardeo al palacio de La Moneda, cuando días después nos reuníamos a hurtadillas de los vecinos y delatores hacia el anochecer a la espera de las instrucciones del partido. Eso nos había dicho Chandía, dirigente del Regional, quien bajaba la línea política y al cual debíamos reportar semana a semana sobre los rayados murales y las consignas, el trabajo en las industrias y con pobladores de la zona Cordillera, en caso de golpe esperar instrucciones, nada de salir por la libre a correr riesgos y confundir a la masa del pueblo, eran sus palabras, el partido tiene muy claras las respuestas, así que a esperar compañero, y así hacíamos. Los que se quedaron en las industrias ya se habían ido a sus casas o con menos suerte, encontrados por alguna patrulla, ya estaban presos en el Estadio Nacional o directamente fusilados. Por nuestra parte, pasada la semana seguíamos juntándonos disciplinadamente a la espera de las instrucciones.

Por la población pasaban algunos militantes de otras fuerzas políticas que llamaban a resistir y de paso nos pedían algo, alguna casa adonde pasar una noche, un lugar adonde guardar “algo”, alguna noche sí, consentíamos, con gente amiga, pero guardar nada ni por ningún motivo. Del otro lado de la avenida, en la población El Pinar y La Legua, se habían quedado atrapados varios dirigentes y militantes después de los enfrentamientos en las calles y en Madeco y Sumar, dos inmensas industrias, metalúrgica una y de tejidos la otra, los milicos ya rodeaban la zona y comenzaban a aparecer informantes.

Aquella noche después de las siete comenzamos a llegar al piso cuarto por escala de los departamentos sociales más nue-

vos, en el vértice de Camino Agrícola y la población Vicuña Mackenna Sur, cada cinco minutos exactos y en estricto orden llegábamos y subíamos los peldaños de medio piso a un lado, un mirador, giro, medio piso al otro para encontrarse con cuatro puertas de ingreso, así hasta el piso cuarto, en el medio una baranda de fierro redondo con barrotes empotrada desde suelo hasta el cielo del último piso. A las ocho ya estábamos todos allí, los jóvenes, Miguelo, Tabito, la Yoli, Ricardito patitas de lana y el Pato Gálvez, Marta la bella, Alfredo y Rubencito, Mariachi y la Estela, once en total, esos éramos, esos éramos los que quedábamos porque los viejos de la pobla a las cuarenta y ocho horas ya se habían restado de asistir a reuniones.

Antes de iniciar la reunión seguridad, digamos a mi, me correspondía revisar si todas las ventanas estaban cubiertas con frazadas por donde no escapara luz ni sonido alguno, después partíamos, cada cual y en orden iba contando la información que había logrado recabar, del partido y de Chandía nadie sabía nada, que parece que está en el Estadio, que por Macul lo vieron dicen, dicen, creo que está en la embajada de Italia, el caso es que Chandía no apareció y seguíamos fieles a la causa y al partido pero tomando decisiones por cuenta propia, hablemos con los comunistas, hablemos, están replegados, y los del Mapu¹, el cabro de la JAP² desapareció, resultado que al final los del MIR³ eran los únicos que pasaban por allí, y se podía hablar algo pero con el riesgo que jugando a los “jovencitos” cayéramos todos y a la suerte del sargento de turno, donde ser fusilado era la mejor de las suertes, mejor entonces tranquilos nerviosos esperando las instrucciones, que ya vendrán, apenas comience a normalizarse esto, compañero. Tarde ya entonces, siempre a media voz, comenzábamos a preparar la retirada amparados por la obscuridad más absoluta, los milicos cortaban la luz pública de noche y sin luna no nos veíamos ni las manos, así que de memoria cada cual se iba silencioso por los pasajes hasta su casa o adonde estuviera parando, hasta la próxima reunión donde la señora Pochi, alternando con este cuarto piso adonde estábamos ahora.

Luego de ordenar la secuencia, salí adelante casi sin pisar el suelo, así fuimos bajando uno tras otro a medio piso de distancia hasta que en punta quedé escudriñando en la obscuridad justo a la salida del edificio, y en eso estaba cuando esforzando el ojo distingo una leve luz que crece y se apaga en el suelo a no más de veinte metros de distancia, después de unos segundos vuelve a ocurrir lo mismo, pero entonces un poco más acostumbrado a esa obscuridad absoluta, tras la pitada profunda, distingo un rostro, unas manos y un fusil que apunta precisamente hacia la entrada del edificio donde me

1 MAPU, Movimiento de Acción Popular Unitaria.
2 JAP, Junta de Abastecimiento y Control de Precios.
3 MIR, Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

encuentro y junto a ése otro y más allá y a un lado otro, varios que tendidos en el suelo apuntan, y casi al mismo tiempo, alguno de nosotros, juraría que fue Ricardito patas de lana, choca un zapato contra la baranda que suena y reverbera como un largo campanazo en la oreja, por señas doy la orden de volver de inmediato, y en el mismo silencio regresamos en hilera como almas en pena hasta que cerramos la puerta evitando incluso el sonido de la chapa.

Por señas me hago entender que abajo una patrulla de milicos apunta a la entrada del edificio, es decir, algún vecino nos delató y nos tienen preparada una encerrona, mudos nos quedamos aguantando la respiración, cuando un ruido de botas que suenan contra el piso sube las escaleras, cada tanto se detienen, luego suben otro piso, y muy pronto los tenemos subiendo al nuestro, suenan sus pasos ahí al otro lado de la puerta, nadie respira, una luz de linterna recorre el vano de la puerta, se escuchan murmullos, el tiempo se detiene mucho rato, después se los escucha bajar lentamente peldaño a peldaño, soltamos el aire, por señas nos ponemos de acuerdo, nadie se mueve, nos quedamos a pasar la noche, espero sentado en el suelo sin hablar hasta que casi todos se han acomodado, entonces me voy a un rincón donde toco un pedazo de alfombra y me tiendo, después de un rato la bella Marta se instala a mi lado, distingo sus ojos en la obscuridad, al rato se escuchan los primeros ronquidos cuando acerca su boca y me roza apenas los labios, respondo igual, apenas, un rato después las lenguas juegan leves, alguien ronca fuerte y se lo escucha acomodarse, entonces busco y acaricio aquella humedad deliciosa bajo su falda corta, se aproxima otro tanto, me acomodo fantasma, hurgo en mis pantalones y me acerco yo ahora, y ahí, en esa humedad maravillosa entro lento, muy lentamente, palpitando apenas, sin un ruido, segundos después veo su rostro y su boca conteniéndose en orgasmo y me derramo en explosión muy al fondo. Luego de un rato nos separamos igual de lentos jugando apenas con la boca.

A la mañana siguiente despertamos temprano, el cuerpo molido, Miguelo toma una punta de la cortina y se asoma, despejado, dice, no se ve nada, se escuchan los ruidos habituales, una puerta que se cierra, y nos vamos igual, de a uno cada cinco minutos, cruzamos miradas, debe irse, se vuelve una vez más antes de cerrar la puerta.

Hoy después de 50 años lo puedo escribir.

A 50 años, esquivamos la derrota dibujando nubes sobre el asfalto

Marcelo Arce Garín

Ante estos hechos, sólo me cabe decirle a los trabajadores:
¡Yo no voy a renunciar! Colocado en un tránsito histórico,
pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo
que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos
a la conciencia digna de miles y miles de chilenos,
no podrá ser segada definitivamente.
Salvador Allende

¡Urgente, el diario de Cooperativa está llamando!

Milicos cara pintada, hojas quemándose en las esquinas del pasaje, columnas de jóvenes bajando por Américo Vespucio hacia la Gran Avenida gritando al unísono *¡y va a caer, y va a caer!*, caminan firmes y presurosos con la rabia atragantada en sus pescuezos, luchan por derrocar al tirano y que cesen los ríos de sangre desparramados por la nación, que salten los tapones y no entre más corriente por los agujeros de las ciudadanas y ciudadanos, que caigan los sapos fondeados tras postes y ligustrinas y que Víctor Jara reanude su canto en la Universidad Técnica del Estado.

Cada mañana entre imágenes sepia, himnos con estrofas de más y brigadas escolares que alentaban la marcialidad y el soplonaje, transcurría la rutina entre gorriones, palomas y culebreros en la dirección de la escuela número 46 en el paradero 26 de la Gran Avenida, ahí cursábamos la educación básica sin saber de Venda Sexy ni Villa Grimaldi, pero las micros reflejaban tras sus enormes ventanales el horror en los rostros populares.

La memoria como ejercicio plagado de futuro conduce cada recuerdo al anhelado sueño de la casa propia, nos destinan al sur de la capital como jugada para fondear la pobreza del régimen, solo querían lucir su prosperidad económica escondiendo bajo la

EL
G
I
A
E
J

alfombra al rotaje, La Pintana, Puente Alto y San Bernardo fueron las comunas elegidas en la zona sur metropolitana. Llegamos antes que la oficialidad hiciera la entrega formal de la población como un ejercicio urgente ante años de allegados y acorralados por el hacinamiento, nos esperaban casas en bloques de dos pisos y espacialidad reducida otorgándole al ministro de la dictadura Miguel Ángel Poduje el apodo de Miguel Ángel “Reduje”, pero era un detalle ínfimo al lado del ardiente deseo de tener la ranchita propia, generando diversas poblaciones donde el hijo del obrero se crió, Pinochet nos mandó lejos pero eso no nos importó porque continuamos nuestros destinos con más espuma en nuestras bocas. Allende hablaba desde murales, panfletos y discursos pirateados, un incómodo silencio rondaba su figura, pero en las casas populares siempre estaba instalado su rostro en el comedor, un cuadro, una fotografía o en cobre chileno, ese mismo que nacionalizó el día 11 de julio de 1971.

“De las entrañas de nuestras ciudades

surge la piel que vestirá al mundo”. Sonaba desde el dial, Los Prisioneros llamaban a la juventud al protagonismo ante tanto rancio personaje que aparecía sobre nuestras narices y así entre matanzas, CNI's, ajusticiamientos errados, rock latino y programas aptos para el bostezo, seguía el limón como fijador del cabello y visibilizábamos la libertad tras los calabozos en las comisarías mientras en nuestras poblaciones se reprimía, encarcelaba, torturaba y asesinaba, el dictador tenía bajo su capa miles de cadáveres que acusaban y apuntaban directo en su cara y nosotros practicábamos un nuevo baile entre cesantía, ollas comunes, paraguayo prensa-do y neopren, muchos colgaban morados en las vigas del horror.

El frío agarrota las mañanas invernales, entre distancias y recreos melancólicos circula masiva y clandestinamente el metal cansado en la voz del chicho tratando de no abandonar a su pueblo, en las clases de música cantamos al Sol y Lluvia y Silvio Rodríguez interpretando la negrura del alma en la nación y Patricio Bañados nos invita desde la televisión a votar sin odio y sin violencia. Aún no imaginábamos la enorme traición que nos esperaba, la Concertación de Partidos por la Democracia convoca al cierre de la campaña del NO. “Chile, la alegría está en marcha” que se convirtió en punto de encuentro y aunó la llegada de miles de manifestantes de todo el territorio nacional. “Juntemos la alegría de norte a sur. De mar a cordillera... Todo Chile se suma a la Gran Marcha de la Alegría. La democracia viene en camino. Salgamos a recibirla en todo el país”.

1 de octubre de 1988 a las 11° horas en Panamericana Sur con Carlos Valdovinos informaba el afiche, al llegar se observa felicidad, valentía, barricadas, amor, música, discursos, lacrimógenas y sapos. En el cielo volaban las consignas, flameaban rabiosas y tozudas machacando al General: “¡NO te pesco cachai”, “24 años quiere el perla NICA!!!”, “La juventud se alza contra la dictadura”.

¡Nogarrillos!, ¡Nogarrillos! gritaba un vendedor ambulante los puchos sueltos y reiteraba de manera cómplice lo que nos convocaba, risas y ojos brillantes anunciaban lo que venía mientras un muro gritaba: **Ni perdón; Ni olvido**. Los vecinos del sector abrían sus puertas para compartir el techo de las casas y ver mejor el escenario, todos reclamábamos un nuevo futuro. El tirano cayó (eso nos hicieron creer).

Por cada aroma florecido cientos de peñascazos caen en la Alameda, “no son 30 pesos, son 30 años”.

18 de Octubre del 2019 fue un río de sangre, barricadas y apoyo mutuo, miles de gargantas vociferaban el petitorio que se atascaba como una acequia sin flujo durante años. La Constitución de 1980, reafirmada con un plebiscito trucho y bajo el lema “Somos millones” y que el pueblo retruco como “Somos millones, pero no hueones” logró instalarse para gran placer de la ultraderecha chilena y los fans de Jaime Guzmán, su creador.

El levantamiento popular tras el alza de 30 pesos en el pasaje del Metro y que origina la reacción de nuestros estudiantes al llamar a la evasión masiva, fue el grito feroz de un país que acumulaba mucha mierda en el alma tras las últimas intervenciones de los ministros de Piñera. Obtuvieron a cambio apaleos, detenciones y una fuerte represión.

Día viernes, el fin de semana anuncia algo de relajo después de una tarea ardua en sus labores, se intuye algo tras la conversación en la colación, un sonido agudo traquetea la sangre, el cielo acusaba que algo raro acontecería, cerca de las 15 horas comienzan a cerrar una a una las estaciones del Metro de Santiago provocando un colapso en el retorno hacia el hogar, una fuerte humareda se observa desde distintos puntos, el edificio ENEL ubicado en Avenida Santa Rosa se quema y cientos de personas toman la posta iniciada por nuestros estudiantes al evadir los torniquetes reencontrándonos asombrados en la calle, respirando dignidad y lacrimógenas, junto al repiquetear de las cacerolas que será el sello distintivo hacia el futuro.

El niño que regalaba bolitas a la primera línea

Chita y cuarta
entre el ceño y con saltos dóciles
mueve la malla limonera cubierta
de ojitos de gato, pepas y bolones
En cada proyección y sonata
chiflaba un canto sin sapeo
y bajo un marchito destello con profunda homilía
se despojaba de las esferas
Al chocar los dedos y cerrar el ojo derecho
apunta al centro del charco
lanza el proyectil directo sobre un círculo de fuego
sacando sapos y pedigüenos
Con la mano abierta y extendida
de la punta del pulgar al meñique
calculamos lo que viene
Un golpe seco inundó las entrañas
pepe certero en el corazón popular
desde La Magdalena a Santa Rosa arriba
corren presurosos los ojitos de gato
Lamen su pelaje en el destierro
y rasguñan la muralla museal
caen ojitos reventados y podridos
gimen tizne y mueca
Mientras las calles se pisan
un tiritito a punto de caer
técnica certera
detención y chantete
Con la mano abierta y extendida
de la punta del pulgar al meñique
calculamos lo que viene.

Se acerca el día del plebiscito y en la franja electoral del Apruebo el mismo joven que vimos cantar *Brigada de negro* en el patio del colegio Don Bosco nos dice: “Creo que hay cosas que los fachos nunca van a entender, por ejemplo, el amor que tenemos por el perro Matapaco, eso para ellos es un quiltro

no más, para nosotros es un compañero. Pienso que cambiar la Constitución es muy importante por las pensiones que son una vergüenza en Chile, por la salud, por la educación, por casi todo. Por la definición de persona yo creo, somos personas, no consumidores”.

No me asusta la amenaza, patrones de la miseria

Que regresen tranquilos a sus casas nos desea el presidente electo desde el balcón hacia la Alameda de Chile, mientras los niños mastican algodón y cabritas calientes como el corazón de esas almas, cada carie desatada iluminaba grandes tareas en esos días. Leche, no hay revolución sin canción, conciencia, fusil y protagonismo pop. La más grande lumbrera para quienes no vivimos ese enorme resplandor es *La batalla de Chile*, acertado y visceral registro de Patricio Guzmán que nos pone en la mesa la pasión epocal y que plasmó el apogeo UP para las nuevas generaciones que escarbamos el recuerdo minimizado por la quema de libros, desaparacimiento de películas y cualquier vestigio de los mil días del compañero presidente.

Otra gran proeza fue la Editorial Quimantú que nos propuso libros al precio de una cajetilla de cigarros, permitiendo leer cuentos chilenos arriba de la micro o en el descanso tras la faena antes de la sedición y el llanto mientras la derecha y los gringos planeaban zancadillas y callejón oscuro.

Tras la ascensión al poder por la vía democrática de Salvador Allende Gossens el año 1970 su gran preocupación fue realizar los cambios profundos que prometió durante su campaña electoral y el programa presidencial, cambios revolucionarios en políticas públicas, económicas y sociales junto a la cultura creando un nuevo pensamiento, ideas y valores que sepultarán lo impuesto por el sistema burgués y donde el pueblo es protagonista. Una de las estrategias más interesantes para la distribución y llegada a todo público fue instalar sus títulos en Kioskos, así al ser la cajetilla de cigarrillos Hilton la más cara de la época, provoca el nacimiento de su conocida frase, más baratos que una cajetilla de cigarros, también instalan sus libros en buses, sindicatos y universidades generando una variedad de lectoras y lectores ansiosos de obtener cada ejemplar. Las colecciones Quimantú para todos, Cordillera y Mini libros nutrieron de autores e historias que diversificaron contenidos. Nosotros los chilenos puso como eje a la mujer y el hombre en su territorio, oficios y costumbres. Los Cuadernos de Educación Popular dirigidos por Marta Harnecker y Gabriela Uribe quienes en su primer número nos dicen: “Las

revoluciones no la hacen los individuos. Las 'personalidades', por muy brillantes o heroicas que ellas sean. Las revoluciones sociales las hacen las masas populares (...). Es por ello que una de las tareas más urgentes del momento es que los trabajadores se eduquen, que eleven su nivel de conciencia, que se capaciten para responder a las nuevas responsabilidades que surgen del proceso revolucionario que vive nuestro país. Los Cuadernos de Educación popular responden a la necesidad que tiene cada país de producir textos de educación política para elevar la conciencia de las grandes masas y permitir que sean ella quienes construyan en forma efectiva y creadora su propio futuro”.

Actualmente las políticas del libro llaman urgentemente a generar un dialogo enriquecedor en torno a él. Desde su creación hasta la llegada a las manos del lector este pasa por diversas etapas que necesitan ser revisitadas y enjuiciadas para lograr un mayor alcance y democratizar la lectura, el mal hábito lector y la distracción con las nuevas tecnologías en la niñez y juventud, junto a los contenidos educacionales que frenan y multan a quienes se atreven a innovar o mostrar un nuevo abanico en la lectura nos exigen una honda revisión y nuevas formas de actuar.

Los cobardes no contentos con la camotera en el país llevaron el sucio juego hacia Buenos Aires, Washington D.C. o La Victoria, la trampa era la misma, no importaba donde. A 50 años del horrendo golpe cívico-militar que se expandió por nuestra América con la Operación Cóndor, dejando hondas heridas que aún no cicatrizan se está instalando con fuerza el negacionismo siendo necesario castigarlo para que nuestras y nuestros detenidos desaparecidos y las luchadoras y luchadores vuelvan a instalar sus sonrisas en el jardín antes que cierren las cortinas del espanto.

Desde la precariedad

Sonia González

Escribir sobre la experiencia de escribir o haber escrito. También de no haber escrito. Esa invitación motiva estas líneas y acude a ellas en primer lugar la palabra precariedad. La sorpresa es la multiplicidad de significados que tiene esta calificación al momento de hacer memoria o hacer la memoria. Pues escribir no era muchas veces más precario que vivir. O sobrevivir, es decir llegar al otro día más o menos entero, lo que suponía, desde luego, y en muchas ocasiones, dejar de lado la reflexión en beneficio de lo urgente. La supervivencia.

Naturalmente, hablo a título personal y por lo mismo universal, entendiendo que la vida de cada uno y cada una nunca es tan original o distinta a la de otros. Y así, mi historia es también la de quienes escribieron y no escribieron en Chile durante la dictadura y la de ellos es la mía, y así el trabajo de unos y otros adquiere un valor que no tendría por separado sino en cuanto la lectura de todos pueda tener un sentido para entender lo que sucedía en nuestro país en esa época.

¿Sirve lo que se escribió durante la dictadura para entender el país? Y si no sirve para eso, entonces ¿para qué?

¿Y cómo fue escribir en Chile a partir del 11 de septiembre de 1973?

Son esas dos las preguntas a partir de las cuales me gustaría apenas aproximar algunas ideas.

Primero. El oficio de la escritura, solitario por definición fue en esa época, una rareza. Si entendemos que una parte del proceso se realiza a través de la edición y publicación de un texto, debemos considerar la censura que se impuso a partir de los primeros días, en virtud de la cual toda nueva publicación debía ser autorizada por una oficina emplazada en el Edificio Diego Portales, sede de

la Junta de Gobierno. El interesado debía llevar el manuscrito a una oficina de partes para su aprobación por la autoridad. En general esta presentación, y nunca lo kafkiano fue tan kafkiano, no recibía respuesta y si muchos escritores hicieron caso omiso de esta forma de control, hacer circular fuera del circuito oficial su trabajo hacía necesario superar un segundo inconveniente, la otra precariedad que trajo aparejado el modelo económico. De esta manera las estanterías de las librerías exhibían best sellers y libros importados. Si acaso, y para consumo escolar, algo de Baldomero Lillo. La literatura chilena, la producción de esa época brillaba no estaba presente en esos espacios.

La dictadura fue un periodo de interrupción de la normalidad institucional. Pero tuvo un alcance tan explosivo y una instalación de tal magnitud que buena parte de la sociedad chilena que en los años precedentes orbitó en torno a la construcción del socialismo se vio enfrentada a un momento de perplejidad inicial tras el cual vendrían el rearme de un espacio de sobrevivencia y a continuación de resistencia. Fue ese un proceso que consumió buena parte de las energías personales.

Si digo que escribir en ese tiempo fue un acto de resistencia estoy pensando en la plenitud del acto de resistir, entendiendo que en la capacidad generada por la situación está la razón de muchos procesos personales que encontraron en la escritura la razón, la fuerza, pero y fundamentalmente el laboreo de ciertos signos y significados que permitirían entender años después lo que estaba sucediendo.

En palabras del profesor Rodrigo Cánovas, aunque a propósito de la generación de los 80 - si cabe a estas alturas hablar de una generación que responda a ese nombre más allá de la alineación por edades o experiencias vitales-, la escritura de ese tiempo fue un trabajo realizado en la orfandad de encontrarse en la isla en que se convirtió Chile a partir del 11 de septiembre de 1973. Huérfanos tanto porque muchos de los referentes que precedían a quienes nos iniciábamos en la escritura se encontraban fuera del país o silenciados en el interior, como porque la creación se realiza a contracorriente del discurso oficial y es por lo tanto invisibilizada.

Segundo. Por qué escribir, entonces. Porque, contrariamente a lo que puede pensarse de una dictadura, esta adquirió prontamente su propia normalidad y con ello la ilusión para una parte importante de la población de que nada estaba sucediendo. La prensa de la época, la televisión tendió ese manto que se beneficiaba de la represión de cualquier discrepancia. Es decir, y si la muerte, el encarcelamiento y la tortura afectaron solo a una parte de la

población, el resto, por razones que no vienen al caso, entendió el mensaje y se sumergió en la opacidad de los años 70 y 80.

Escribir era entonces poner una marca en rojo en el calendario de días aparentemente iguales. Era entrar en la oscuridad para mirar ahí, para registrar y regresar a la superficie, encender ciertos secretos y ponerlos delante de quien quisiera ver.

Y cómo escribir

Es posible identificar dos momentos de la dictadura en relación con el trabajo literario y su difusión. Una primera época va desde el mismo 11 de septiembre y hasta el inicio de las protestas sociales de 1983. Se caracteriza por la censura a través de la oficina ya mencionada, pero también la que afectaba el ingreso de libros desde el exterior. Un dato al respecto es que la primera lectura en Chile de las memorias de Neruda se hizo en textos fotocopiados o ediciones limitadas que traían personas cuando regresaban del extranjero y las hacían correr. El trabajo literario se realiza en la privacidad que cada escritor podía construir para el desarrollo de su obra y se divulgaba, se mostraba, se compartía, principalmente en grupos de escritores afines y en talleres literarios. Esta última era un tipo de organización muy informal integrada por personas que compartían el vicio literario y se reunían con cierta periodicidad a leer sus textos, compartir opiniones y hacer amistad, a veces guiado por un escritor más experimentado y a veces no. Fue la oportunidad para muchos de mostrar por primera vez su trabajo. Alrededor del año 1978 comenzaron a organizarse al interior de las facultades de las universidades, como parte o reactor de un trabajo político que se imbricaría más tarde en las organizaciones de resistencia.

Un segundo momento se produce a partir de las manifestaciones sociales del año 1983 que la dictadura intentó aplacar con, entre otras medidas, el levantamiento de la censura de las ediciones y la autorización a chilenos exiliados impedidos de regresar al país. En este periodo se abre un poco el espacio literario y comienzan a proliferar encuentros, lecturas públicas, ediciones, principalmente autoediciones, concursos y otras iniciativas que permiten a quienes estaban escribiendo reconocerse, mostrarse un poco más.

En ese estado de cosas, y si bien la poesía mantuvo su posición preferente en las letras, la narrativa se orientó principalmente al cultivo del cuento por encima de la novela. Puede haber muchas razones para esto, la más simple sería encontrar una explicación en la mayor facilidad para difundir y sostener su difusión, ya que muchos de los textos fueron dados a conocer en lecturas

públicas y privadas, aunque, y sin dejar de lado esa, me atrevo a identificar en las características del cuento elementos que lo hacían más llevadero en el estado de precariedad, tales como la estructura cerrada sino hermética del cuento, el mundo fragmentado, la posibilidad de dialogar más directamente con el lector y las condiciones que su estructura otorga al registro de una realidad que podía hacerse a brochazos y lejos de toda interpretación del contexto en que se escribía. El desarrollo del cuento elude además un tema que suele orillar el proceso escritural como es la visión de mundo. Y esto es otro aspecto de la precariedad. Se vivía el tiempo en que estaban presentes la derrota de un proyecto revolucionario, en el mejor sentido de la palabra, esto es, como un cronograma de profundas transformaciones, seguido de la implantación de un régimen que se situaba ideológicamente en el otro extremo, en lo político, y traía transformaciones económicas que cambiarían sustancialmente el carácter del chileno. Si la perplejidad requiere una narrativa, el cuento parece mostrarla.

También el cuento es favorecido con la publicación que permite la situación de precariedad económica, a través de tiradas pequeñas de textos diagramados bajo la forma de trípticos que se distribuían como la poesía.

Es en este escenario que aparece la voz de las mujeres, una realidad que corre de la mano del protagonismo de estas en la resistencia política y que reivindica su presencia de ahí y para el futuro. Resulta difícil imaginar cómo habría sido el desarrollo de la narrativa femenina en los años post dictadura sin ese grito, especialmente porque el feminismo adquiere un protagonismo mayor en los últimos años y obliga a una definición a las nuevas generaciones. Pero me gustaría pensar que la multiplicidad de voces femeninas presentes en la denominada generación de los/las hijos/as representa un continuo de las palabras que escribieron las mujeres durante esos años.

Abordar las restricciones económicas que afectaron el trabajo literario es también necesario, pues salvo por algunos concursos -casi siempre de cuentos- en los que los organizadores ponían recursos para premiar a los galardonados, la escritura era un oficio, nunca esa palabra fue más acertada, que se desarrollaba siempre en paralelo con otro que proveía los recursos para la sobrevivencia. Solo las vocaciones indoblegables o los porfiados sin remedio sobrevivieron a esa adversidad. Para quienes vivimos esa época, la palabra beca de creación no resonaba en ninguna parte. Y como tampoco había computadores, la soledad del escritor reiniciaba cada vez un mismo texto para su revisión.

Fue una mala época. Sucedieron cosas que nunca debieron ocurrir. Con todo lo que se hizo a pesar, habría sido hermoso vivir una juventud y descu-

brir una vocación sin el miedo y la muerte de entonces. Pero fue la parte de la historia que nos tocó y así será recordada. Y si los escritos de ese tiempo son objeto de revisión para ilustrar la memoria del país, los escritores de entonces y su trabajo habrán cumplido con una de las funciones de la literatura, el necesario registro de su época.

Escribir sin palabras: Literatura en tiempos difíciles

Antonio Ostornol A.

En algún momento de 1977, fecha que no logro precisar como si el ejercicio del olvido me persiguiera desde esos años, decidí escribir una novela. A fines del año anterior, por urgentes medidas de seguridad de las Juventudes Comunistas, el comité en que participaba decidió que me descolgara durante un tiempo. ¿Cuánto? Lo que fuera necesario hasta que pudiésemos saber con más certeza cuáles eran los alcances de los golpes que la represión le estaba asestando a la dirección de la Jota. Ya me contactarían, acordamos. *“Quédate lo más tranquilo posible y haz una vida pública notoria: puede ser tu mejor protección”*, creo que fueron las palabras de Carlos Contreras Maluje, el compañero que estaba a cargo de ese comité. A las pocas semanas, supimos por la prensa que había sido detenido, que para escapar de sus captores se lanzó al paso de una micro y, gracias a ese acto suicida y heroico, supimos todo lo que estaba ocurriendo y su caso se transformó en el primer recurso de amparo aprobado por la Corte Suprema en tres años de dictadura, los peores. Fue tarde, ya lo sabemos: fue asesinado unas horas después del atropello y hecho desaparecer.

Pasó más de un año hasta que me contactaron de nuevo. Entre tanto, hubo muchas bajas (detenidos, torturados, desaparecidos, asesinados). Varias direcciones del partido y las juventudes comunistas fueron arrasadas. De los que asistieron a esa última reunión, Carlos estaba desaparecido, otros dos compañeros partieron al exilio, y quizá un tercero, de quien nunca más tuve noticias, sobrevivió. Era un tiempo oscuro, pleno de momentos tan traumáticos que ni siquiera era capaz de preguntarme por qué seguía en Chile. No resultaba fácil tener esperanza. Todo convocaba a la muerte. Durante el tiempo que estuve descolgado, sentí que

AVANCE

vivía como si fueran las últimas horas de un condenado a muerte. Me aprendí la geografía sonora de mi barrio en horas de toque de queda. Podía detectar la presencia de algún vehículo no habitual solo por el sonido de su motor. A veces partía a la universidad y tenía la certeza de que me estaban siguiendo. ¿Paranoia? Podía ser... o tal vez no: en distinguir a tiempo esa diferencia podía estar la clave de la sobrevivencia. Quizás debería haberme exiliado. Pero esa idea no se me pasaba por la cabeza. El sueño del escritor recorriendo existencialmente las calles de París tendría que guardarse para una mejor ocasión. En esos años, había que estar. Era lo mínimo.

Fue en ese contexto que decidí escribir una novela. Suele decirse –y seguro que es cierto- que todo acto creativo es, en primer y último término, un acto político. Privado del espacio público para hacer política, aislado de la solidaridad y la fortaleza que regala arriesgar la vida junto a otros, reducido como estaba al ámbito estrictamente privado de una familia, a esas alturas, también jibarizada por la represión (padres y hermanas exiliadas, una suegra relegada y un suegro exonerado), sin amigos con quienes conectarme sin exponerlos, debía tomar una decisión. Y esa decisión fue algo así como “huir hacia adelante”: decidí escribir una novela sobre la dictadura, sobre las pérdidas de los sueños, sobre los dolores de la represión; pero la iba a escribir en Chile, para ser publicada y leída en Chile, para que fuera un gesto de profundo compromiso político y de rebeldía. Y, además, lo iba a hacer con las ruinas del lenguaje que había logrado sobrevivir a la dictadura: la lengua de los silencios, de las medias palabras, de los eufemismos, de lo que se calla o se tergiversa, de lo que solo los iniciados (y seguro que los censores también) entienden. El resultado de aquello fue *Los recodos del silencio*, mi primera novela, que se publicó en 1981. Lo hizo Editorial Aconcagua, el libro se distribuyó en su club de lectores que tenía alrededor de mil suscriptores y yo, junto a una generosa red de amigos, vendí unos 500 ejemplares más. Todo un éxito. Incluso hoy sería envidiable.

Este gesto, para mí, tuvo un doble sentido: por una parte, era el modo de rescatar las palabras prohibidas, las que ya no existían, las que andaban debajo de los colchones o en la doble suela de los zapatos, lo que era equivalente a rescatar una historia que se negaba y había sido excluida del ámbito público: nuestra propia historia, la de la Unidad Popular. Había que hacer malabares, escribir sin palabras. O forzar las palabras hasta que fuesen capaces de expresar el más escondido de sus significados. En el texto vivían realidades que no era fácil enunciar sin tomar riesgos personales. Mis personajes eran un profesor de esos antiguos, hecho de pura vocación y amor por los demás, que

pierde su trabajo en forma arbitraria por ser solapadamente de izquierda, y unos muchachos que fueron sus discípulos en los tiempos antiguos, esos de la UP y los sueños revolucionarios, que aprendieron de él la rebeldía y las utopías que la dictadura ponía en aprietos, y que deciden congregarse para homenajearlo y, al mismo tiempo, para que cada uno rinda cuenta de sus trayectorias oscilantes: aparecerán entonces los que resisten, los que se acomodan, los que traicionan. Mirando desde los cuarenta y dos años que me separan de su primera edición, me impresiona cómo en un mundo opaco que se despliega bajo el manto de la muerte, es posible vislumbrar lo que luego se iría perfilando en términos de definiciones y redefiniciones de las políticas de izquierda. Al rescatar las palabras, al reivindicar la política, valorizaba mi propia identidad y mi sentido de la vida. Escribir fue, en el origen, un acto terriblemente egoísta, porque en el fondo buscaba rescatarme de la negación y afirmarme como un ser esencialmente político. Era un gesto de sobrevivencia. La escritura sustituyó a la militancia y me permitió seguir vivo, mientras un día tras otro permanecía en el universo sombrío de los muertos en vida.

Este fue el primer sentido. Pero hubo otro. Apostar por la militancia, por la literatura comprometida políticamente, era también un gesto de interrogación del propio compromiso, de la propia política, de la propia militancia. La dictadura comenzó cuando yo tenía diecinueve años y terminó cuando bordeaba mis treinta y seis. En ese periodo gesté tres novelas. Dos de ellas se publicaron en la década del ochenta, y la tercera en los albores de la siguiente. Cuando publiqué *Los años de la serpiente* en 1991, mi amigo Juan Epple, al terminar su lectura, me envió una nota (¿o me lo dijo junto a un vaso de vino? ¿Cómo recordar con precisión?), donde me decía que esa última novela era la versión posmoderna de la primera. Sería difícil encontrar una definición más exacta y más sintética de todo lo que había significado el trayecto de hacerme escritor en dictadura. Así como debíamos escribir de costado, zigzagueando las frases para que traspasaran los límites de la censura, del mismo modo íbamos sorteando las trampas que una historia juguetona y terrible se esforzaba por ponernos frente a las narices.

Cuando empecé a escribir, el mundo era nítido. No había error. En mi cabeza, los buenos eran los buenos y sabíamos con certeza donde estaban los malos. Ahí adentro todo funcionaba como en una película hollywoodense pero al revés. En mis tempranos intentos por ficcionar la realidad, en la segunda mitad de los sesenta, me inventé un personaje

de historieta que era la réplica perfecta de James Bond, agente secreto 007, con licencia para matar. Pero este espía no estaba al servicio de su Majestad, sino que luchaba por liberar a Vietnam del yugo imperialista y dismantelar las terribles conspiraciones gusanas contra la revolución cubana. Usaba los mismos métodos de Bond: asesinaba, seducía, sabotear, pero jugaba en la cancha de los buenos. Así era el mundo en la década del sesenta. Estábamos en el apogeo de la mirada bipolar. Sin embargo, al terminar la dictadura, todo se había vuelto opaco y la línea divisoria entre los unos y los otros estaba fracturada. Solo estaba claro que debíamos seguir combatiendo a la dictadura y luchando por alcanzar una sociedad democrática y con ello nos imaginábamos con nostalgia esos tiempos de partidos políticos, debate parlamentario, elecciones regulares. Lo que ya no sabía con la misma seguridad era si quería seguir persiguiendo una revolución como la que había soñado. Todo me decía que esa utopía no era tan democrática, no garantizaba el respeto a los derechos humanos, no construía la libertad. Dicho de otra manera: la verdad del socialismo real, que tardíamente aceptaba, ya no me identificaba. Me imagino que todos suponen lo que estoy pensando: la década del noventa se inaugura con la caída de la Unión Soviética, el desmoronamiento del sistema socialista y el más vertiginoso cambio sociopolítico que hubiésemos sido capaces de imaginar: lo que durante décadas fue la ilusión de “un mundo feliz”, dejó de existir en cosa de unos pocos años. O a lo mejor nunca fue lo que creíamos. En el ejercicio de la escritura, fueron apareciendo, con trazos breves pero constantes, las preguntas que iban quedando sin respuestas y las respuestas que se imponían a pesar de nuestros propios deseos. Algo olía a podrido en nuestra utopía, y recién lo estábamos descubriendo a pesar de que el hedor se expandía por el mundo hacía décadas.

La escritura es un ejercicio de permanente interrogación. Cuando narremos vamos construyendo preguntas que ni siquiera nos proponemos. Si trato de observar mis novelas desde un poco más lejos, con una distancia imaginaria y, por supuesto, mentirosa, estas se me llenan de cuestionamientos a las certezas, a las verdades aceptadas sin un juicio crítico, al establecimiento de patrones de evaluación que descartaban, de alguna forma, la libertad individual, el inalienable derecho a decidir sin tener que explicar ni deberle nada a nadie. Pienso en Alejandro, protagonista de *Los recodos del silencio* intentando comprender la nueva realidad de la dictadura y preguntándose si valía la pena arriesgarlo todo por unos cuantos ideales. Pienso en Benjamín, en su obsesivo mundo, donde no logra entender la re-

presión y el enclaustramiento, y se afana en escapar de él, aunque en eso se le vaya la vida. Y, por último, pienso en Antonio Torres, el militante al cual se le han fragmentado las razones para entregar la vida y exponer su cuerpo, que se debate en la culpa de los deberes, y que en definitiva busca encontrar una historia, una sola historia, que pueda darle sentido a su vida, como lo hacía la certeza revolucionaria de la construcción del socialismo, que se desmoronaba a ojos vista de sus feligreses, como un gran acto de traición a la buena fe de los militantes de todo el mundo. Hay una frase en esta novela que sintetiza muy bien este momento: “*vivir sin una revolución posible, es la más atroz y triste de las derrotas*”.

Escribir en dictadura fue para mí la construcción de mi proceso de independencia respecto a un sistema político ideológico en el cual había crecido y soñado desde siempre, ese que me conectaba con toda mi historia afectiva y desde el cual construí todos los sueños que me otorgaban algo de identidad. Escribir en dictadura fue, también, la exploración de nuevos territorios. Fue un tiempo maravilloso de nuevas viejas lecturas. Abandoné los textos canónicos de la cultura comunista y descubrí el universo de los escritores prohibidos, de quienes como yo –pero en el sentido exactamente contrario– intentaban develar los secretos de aquellos regímenes dictatoriales donde la palabra libre estaba proscrita. Hay lecturas para mí emblemáticas: *Autobiografía de Federico Sánchez* (1978), de Jorge Semprún; *La broma* (1967), *La vida está en otra parte* (1969) y *La insoportable levedad del ser* (1984), de Milan Kundera; *Persona non grata* (1973), de Jorge Edwards; *la prohibida novela Nosotros* (1921), del soviético Zamiatin, *predecesora de novelas como 1984* (Orwell, 1949) o *Fahrenheit 451* (Bradbury, 1953).

Yo me había educado en las novelas canónicas del comunismo del siglo XX, tales como *Así se templó el acero* (Ostrovky, 1932) o *La joven guardia* (Fadéyev, 1948). Todas ellas hablaban del heroísmo comunista y su entrega en pos de la construcción de una sociedad donde el hombre sería realmente libre. El “*James Bond chilensis y revolucionario*” que me había inventado escondía bajo la piel el “*adn*” de los grandes héroes de la revolución mundial. Pero en esos años de dictadura los otros libros, aquellos que se escapaban de esta lógica, comenzaron a hacerme más sentido. En Chile vivíamos bajo la dictadura, preocupados de cuidar las palabras, de travestirlas, de esconderlas para que ellas vivieran. En nuestro paraíso ideológico, en el mundo utópico del comunismo, también vivían bajo dictaduras. Había libros prohibidos, escritores exiliados o

presos y desterrados. Y eso ocurría en todos aquellos lugares donde alguna vez creímos que existía la sociedad ideal. Nos resistíamos a leer a Solzenitzin o a Bulgakov, por ser realmente enemigos del pueblo, del mismo modo que el partido, mi partido, recomendaba “no ver la película *La confesión, de Costa-Gavras*”, por anticomunista. ¿Qué tenía de anticomunista ese film? Nada, solo la verdad histórica: “el guión de Jorge Semprún se basó en el libro homónimo de Artur London que narra en primera persona las purgas estalinistas de las que fueron víctimas los disidentes del Partido Comunista checoslovaco, entre ellos el propio London. Estas purgas tuvieron lugar en el famoso Proceso de Praga de 1952. (FILMAFFINITY)”. Al igual que los juicios del 37, mediante los cuales Stalin arrasó con sus adversarios dentro del partido bolchevique, estos fueron una falacia: las confesiones se hicieron bajo tortura, no había pruebas. Fueron montajes brutales y horrorosos. Fueron condenados, simplemente, porque eran enemigos políticos.

Todo ese mundo se me fue cayendo a pedazos. Todo lo que empezamos a descubrir (que ya se conocía pero no habíamos querido o podido ver) se parecía mucho a la cotidianidad que enfrentábamos cotidianamente en Chile. En mi novela *Los años de la serpiente* doy cuenta de este proceso de transformación que experimenté durante la dictadura. El ejercicio de la escritura es inclemente y no deja escapatorias. Fueron mis personajes los que me ayudaron a develar y cuestionar una ilusión por la cual habíamos pagado en Chile –y en buena parte del mundo– un costo muy alto. Al final, el paraíso no existía. O, lo que es lo mismo, siempre estuvo perdido.

cambiarme de casa. El lugar asignado estaba en Rahue, en una población de suboficiales del Ejército, probablemente en la única casa que se le arrendaba a un civil. Llegar allí precisamente en ese día, fue encontrarme con que la persona que me iba a dar alojamiento se estaba marchando con cara de despavorido. Me dejó las llaves prometiendo volver en unas semanas, y no tuve más remedio que quedarme solo en esa ratonera. Allí me visitó la poesía, de la que por la contingencia prácticamente había estado apartado. De ese reencuentro, desvelado por el ruido de unos camiones que llegaban todas las noches a dejar y a recoger al personal militar, escribí un poema cuyo primer verso decía “En cualquier momento puedo caer, querida mía”. ¿Pero a quién iba yo a mostrar ese y otros poemas que nacieron en esos días de infortunio? ¿Cómo los iba difundir? ¿Tenía sentido hacerlo?

Combinaba rumiar esas dudas con la lectura de libros políticos abandonados en esa casa. Me quedé pegado absurdamente en uno de Lenin, cuyo nombre he olvidado pero no que en él se proponía que al ejército enemigo había que bombardearlo con propaganda al tiempo que se le daba como caja. Vista hoy, atendiendo a la indefensión en que entonces nos encontrábamos, que me entusiasmara con esa propuesta parece un chiste. Qué se le iba a hacer, como a un gran número de mi generación, la idea del escritor comprometido políticamente la tenía metida en las venas.

A fines de octubre decidí irme a Santiago, a la casa de mis padres. No podía seguir en Osorno, no tenía ya recursos económicos ni cómo justificar mi presencia allí. Volví entonces a mi ciudad natal, después de haber estado viviendo dos años en el Sur, principalmente en Chiloé y Puerto Montt. Esta experiencia dejó una de las marcas indelebles de mi imaginario, como puede verse en varios de mis poemas, ya de exiliado, y especialmente en mi novela *Unquén el que espera* (2021). Al poco tiempo de estar en Santiago me di cuenta de que no podía quedarme en Chile y, recién casado, salí a Buenos Aires, en 1974.

El exilio, sin duda, tiene un lado doloroso que afectará más a unos que a otros, según sean las características individuales y las circunstancias concretas. Con todo, en el mundo moderno ya no ocurre como en la antigüedad donde un hombre podía preferir beber cicuta y morir envenenado en lugar de marchar al destierro. Eso, al menos al pie de la letra ya no tiene vigencia. Por lo menos en el siglo XX o en el actual, hay en cambio escenarios que son peores que otros, pero también posibilidades de mantener un cierto contacto con lo que se dejó, en una buena parte gracias a la tecnología. Por otra lado, hay grandes posibilidades de que en el país donde te toca vivir se te garan-

tice una existencia más o menos digna, las organizaciones humanitarias de carácter internacional contribuyen enormemente a que esto sea una realidad. A pesar de aquello los estados depresivos y los suicidios no son ajenos a los exiliados, también entre los escritores que se encuentran lejos del lugar “donde un día ardiera el paraíso”. Esto ocurre cuando el dolor que implica vivir obligadamente fuera del país donde naciste no se supera y se transforma en constante sufrimiento. Ese dolor es salvable, o por lo menos puede atenuarse considerablemente, si se aprovechan las oportunidades que el exilio ofrece –sobre todo a quienes son relativamente jóvenes– para crecer como personas, también es este el caso del creador literario. Advierto que me estoy refiriendo a algo que no se aprende de la noche a la mañana.

El día que volaba a Buenos Aires, antes de ir al aeropuerto me compré la Antología de la poesía chilena, de Alfonso Calderón, que había aparecido en 1972, y que yo había hojeado y codiciado en la única librería decente de Puerto Montt. Este libro inauguraría mi biblioteca de exiliado. Allí estaban los poetas de mi país o por lo menos una buena parte de ellos, probablemente los más descolantes. Al escribir esto me doy cuenta del carácter simbólico que tuvo esa adquisición: el hecho de leer y releer aquella antología me anclaba en la poesía de Chile y se convertía en un apoyo importante en mi vida de poeta exiliado que entonces comenzaba, dejando atrás a esa mezcla de poeta y profesional de la Revolución que había sido hasta apenas unos pocos meses. Sería un escritor por sobre toda otra prioridad, independientemente de que la vida me llevara a ejercer también otros oficios, desde hacer artesanía y barrer la Plaza Francia de Buenos Aires, a veces con una rama de palmera, a convertirme con los años en un profesor universitario en Estocolmo.

En la capital argentina, empecé a leer y escribir poesía con una mayor regularidad e intensidad de lo que lo había hecho durante la Unidad Popular. Además, a pesar de que yo había publicado un poemario a los veinte años y me vinculaba con algunos escritores, como poeta yo había sido bastante solitario en mi formación, ahora intercambiaba lecturas y participaba en tertulias de poetas tanto argentinos como chilenos y uruguayos exiliados o avecindados allí. Esto amplió mi perspectiva y sin renunciar a mi origen pronto me sentí culturalmente un latinoamericano del cono Sur. Y ese, dicho sea de paso, debe de ser el primer germen de mis dudas, que aún mantengo, sobre la noción de literatura nacional. En cuanto a la poética que quería ver plasmada en mis versos lo único que tenía claro es que el tema de lo ocurrido en Chile me obsesionaba y me era imposible dejarlo de lado, pero que, para obtener una cierta

calidad estética, había que expresarlo con un lenguaje que no cayera ni en lo panfletario ni tampoco en lo plañidero.

La vida en Argentina se fue volviendo cada vez más insegura y no pasaría mucho tiempo para que también allí se iniciara una sangrienta dictadura. Era prudente marcharse. Así, cuando a fines de 1975 llegué a Suecia, pronto sentí las secuelas del desarraigo con mucho mayor intensidad. A más de alguien le puede parecer esto extraño, por tratarse de un país cuya solidaridad estaba tanto en el pueblo como en las instituciones y que te acogía ordenada y generosamente. Pero la llegada a tan apacible nación, entrando el invierno, con unos días pálidos donde el sol salía a las ocho de la mañana y se ponía a las tres de la tarde para no hablar de las nevadas y sobre todo de esa lengua que te era incomprensible y que debías aprender con urgencia, evidenciaban en cada instante tu extrañamiento. Tomabas, por eso, una conciencia mayor de que arrastrabas una tierra, una historia, una cultura, una lengua; una memoria rezongona que no quiere asumir su propia naturaleza, dinámica y cambiante. Asimismo, la conciencia del poeta incluye, aunque él no sepa bien aún cómo formularlas, hondas pulsiones y una mirada; él, alguna vez, las juró indelebles pero paradójicamente entrañan la disposición a contaminarse de lo nuevo que añaden los años, los caminos, los parajes, los encuentros, los hallazgos, las lecturas. De lo contrario, esas pulsiones y esa mirada se anquilosarían al punto de pasmar cualquier intento poético. Con todo, lo que se dejó al partir jamás se borra, está porfiadamente dentro, su condición generadora garantiza tal presencia. Esto sucede, me parece, porque la diáspora tiene entre sus principales componentes la salida forzosa y el carácter colectivo. El primero, a menudo trasluce una suerte de amor beligerante con el país que se ha dejado. El segundo es que, por tratarse de una colectividad asentada en lugares que nunca serán el Lugar, tarde o temprano se advierte en su interior una suerte de pertenencia adicional, con rasgos que la distinguen del mundo que se tuvo que abandonar. Por muy firme que sea la ligazón, año a año, se van acumulando los elementos diferenciadores, incluso a nivel del habla y del imaginario social. La vida transcurre inexorablemente y la transparencia del agua no sigue igual a la que alguna vez conocimos, ha cambiado en el propio hontanar y, con mayor razón, en estos forzados afluentes.

En Estocolmo, en los primeros años, el trabajo solidario con el pueblo de Chile y con otros pueblos de Latinoamérica nos llevó a formar una asociación cultural llamada Marga Marga, de la cual yo era el presidente. Estaba compuesta por varios talleres: de plástica, de medios de comunicación, de

educación, de teatro y de literatura. Duró un par de años, después algunos de sus talleres siguieron funcionando en forma independiente. Así ocurrió con el de literatura, convertido en el Grupo Taller de Estocolmo, conformado por los poetas Adrián Santini, Carlos Geywitz, Sergio Badilla, Sergio Infante y el narrador Edgardo Mardones. Este grupo, en el que se produjeron varios libros, duró 10 años formales, por así decirlo, porque sus integrantes siguieron siendo amigos y ya de una manera más relajada comentándose sus respectivos trabajos y haciendo algunas presentaciones públicas. Éramos jóvenes escritores que en su país apenas habían alcanzado a difundir sus primeros textos. Y también éramos refugiados políticos y, sobre todo en el comienzo, lo que discutíamos y producíamos en el taller, aunque no estábamos en absoluto obligados a ello, siempre tenía un vínculo con el mundo del cual nos habíamos separado, arrastrando una derrota pero sintiéndonos la retaguardia de los que seguían luchando. Al poco tiempo de reunirnos por primera vez, de leernos lo que escribíamos, nos dimos cuenta de que lo crucial como poetas se centraba en el lenguaje; en el lenguaje, no en la lengua, porque en el grupo a nadie se le pasó por la cabeza abandonar el castellano por el sueco. Éramos en gran medida producto de unas circunstancias altamente politizadas, algunos incluso habíamos sido activistas políticos, y ese lenguaje de la política, de suyo “formuláico”, desgastado aún más por las obsesiones de refugiado, por un exceso de reuniones donde se trataban asuntos referidos mayoritariamente a una realidad ya fuera de nuestro alcance. ¿Cómo remediar esta limitación cuando no escuchábamos el castellano en la calle?

Intensificamos nuestras lecturas, y en algunos de nosotros, me cuento entre ellos, nuestro lenguaje poético se enriqueció, y sin caer del todo en lo libresco se hizo más literario. Más de alguno de nuestros lectores en la colonia de chilenos en Suecia levantó una ceja, alegó que no se entendía lo que hacíamos. Otros, por suerte, acompañaban y estimulaban nuestro entusiasmo, sin duda eran los más enterados. La comunicación con escritores exiliados en otros países fue también un tremendo aporte para no sentirnos tan solos, gran parte de esto se lo debemos a nuestro Sergio Badilla, viajero impenitente. Gracias a él, por ejemplo, participamos en un inolvidable encuentro de escritores chilenos en Rotterdam, en 1983. y nuestro Grupo Taller volvió a Suecia con nuevos ímpetus y mejores vínculos. En sentido análogo, fue muy enriquecedora la llegada a Estocolmo, en la segunda mitad de la década del 80, del poeta Juan Cameron, no sólo fue un estímulo acercarse a su refrescante obra sino también leer sus reseñas, en el semanario *Liberación*, de los libros nuestros y de otros escritores latinoamericanos.

A lo largo de todos estos años, diría que hasta la primera década del siglo XXI, también hubo visitas más puntuales –organizadas por la Universidad de Estocolmo, por la Biblioteca de la Ciudad o por algún colectivo de nuestra colonia– de escritores chilenos y de otros países hispanohablantes, los que siempre dejaban algo valioso y diverso, donde uno podía captar diferencias temáticas o estéticas y al mismo tiempo emocionarse con los vasos comunicantes que aún persistían. Como no se era inmune a estos valiosos encuentros, al menos a mí también me servían para reafirmar ciertas tendencias de mi propia obra, una de ellas es la de trabajar tanto con lo culto como con lo popular, desde los mitos hasta lo más pedestre, como puede verse en varios de mis libros tanto de poesía como de narrativa.

Me parece que es en la parte más solitaria, en la escritura misma, donde la poética cobra su realidad subyacente al plasmarse en el texto artístico y, a modo de inferencia, en sus eventuales lecturas, que convertirán ese texto en obra. La experiencia, los estudios teóricos y los diálogos con otros escritores, me llevan a concluir que la formulación de una poética sólo puede ser descriptiva, inferida de las obras ya realizadas; o de las por realizarse, siempre que no se la cargue de normas que nieguen la riquísima diversidad del hecho literario. Me baso en los planteamientos de Cesare Segre, para quien una poética es “un conjunto de posibilidades de significación en que se reflejan, también gracias a combinaciones y conmutaciones, todos los elementos de una cultura” (Segre, 1985: 338). En mi caso, en mis más de cuarenta años fuera de Chile, independiente de cómo evolucionara esa poética, contra viento y marea esta se planteó como del Sur. He vivido más de la mitad de mi vida en Suecia; es decir, en el norte del Norte, pero así como algunos sefarditas conservan aún la llave de la casa que sus ancestros se vieron obligados a abandonar en las juderías de Sevilla o de Toledo, yo creo haber conservado ciertas claves de una poética veinteañera, tan intuitiva como incipiente. Quizá esto haya ocurrido porque lo que entonces me desvelaba, como individuo y creador literario, haya seguido preocupándome, pese a la pérdida de inocencia que separa ese momento de los incontables presentes de un largo después: las decepciones que puedan añadirse, las desercciones semiocultas por el transcurrir de los años que también marcan una única fidelidad: la literatura. Esas claves, que a su manera son el Sur porque allí fueron gestadas, persisten. Desgastadas por el manoseo, restauradas por imprescindibles, por entrañadas. Así, lo que, muy de acuerdo con una época, tenía un tono de abierta protesta ya no volverá tenerlo, habrá perdido el tono pero no la inconformidad. La ira se volvió ironía, la euforia se diluyó en lo meditativo, cuando no, en diálogos insistentes con fantasmas

que, claro, casi siempre venían – y vienen– del Sur. El lenguaje se fue haciendo más complejo; el campo de las imágenes y de las metáforas fue variando, pero estas seguían refiriéndose mayoritariamente a nuestro Sur. Paraíso, a veces; infierno, unas cuantas; imprescindible, siempre.

La globalización, los viajes y el Internet permiten el mayor contacto entre ese Sur disperso, casi utópico, del exiliado y el de su realidad tangible, favoreciendo la cohesión de nuestra cultura. Esto es positivo como positivo resulta el hecho de conocer mejor cómo es el resto de los seres humanos, y así evitar mirarnos tanto el ombligo. Por otro lado, sin embargo, se pone de manifiesto el conflicto entre lo global y lo local en desmedro de esto último, cuando la globalización sirve como un sofisticado instrumento de colonización en beneficio de un poder imperial que busca imponer su modelo de mundo como versión única de lo posible. Reconocer esta imbricación entre lo global y lo local como un escenario ineludible es, según me parece, la condición básica para trazar cualquier poética del Sur. Poéticas de orilla, de resistencia, de entropía, bárbaras en cierto modo; al mismo tiempo, abiertas y plurales. No cabe duda de que, como mayoritariamente siempre se ha dado entre nosotros, en ellas se notará la mezcla. Después de todo, la mezcla, el mestizaje, es un rasgo indispensable cuando se define el Sur.

Estocolmo, 14 de junio de 2023



Dossier

ESCRITO BAJO
AMENAZA

Soledad Bianchi:

"Los jóvenes poetas de Chile dan cuenta de la violencia de nuestros días"

● Desde Francia, donde reside, se ha preocupado de difundir una

● Desde Francia, donde reside, se ha preocupado de difundir una cultura "marcada por una escisión sin objeto".

Radicada en Francia desde 1975, Soledad Bianchi se ha transformado en una de las grandes divulgadoras de la literatura chilena en el extranjero, en especial de la joven poesía, sobre la que ha escrito numerosos artículos y publicado varios trabajos: "Entre la lluvia y el arcoiris" (Barcelona-Rotterdam, 1983) y "Un mapa por completar" (Santiago, 1984). A esta labor de difusión de autores escasamente conocidos, a veces, en su propia patria, se suman el prólogo a la segunda edición de "Soñé

que la nieve ardía" novela de Antonio Skármeta, y un estudio exploratorio acerca de "Caperucita desnudando al lobo" libro de cuentos de Edgardo Mardones. Actualmente imparte docencia en la Universidad de París-Norte y prepara su doctorado, que tiene como tema "La traición de Rita Hayworth" de Manuel Puig. Sin embargo, a pesar de las mayores posibilidades de perfeccionamiento y de estímulos habituales en Europa para aquellos profesionales que logran sobreponerse a un medio competitivo y difícil, realizó un viaje de reencuentro pensando, ya, en la vuelta definitiva, "aunque la cosa no sea tan sencilla y tenga que batallar mucho". Hasta 1975 se desempeñó como profesora de Literatura Chilena en la Universidad Católica de Valparaíso, y antes, hasta 1973, en la cátedra de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Chile, "pero estoy consciente de que me voy a enfrentar a una supervivencia distinta".

—Tu trabajo se ha centrado, principalmente, en la joven poesía chilena. ¿Por qué?

Pienso que me interesa por igual todo el movimiento artístico que comienza a gestarse después de 1973, lo que no quiere decir que me preocupen menos los autores anteriores, pero por el



"No sólo yo, sino muchos otros compatriotas, nos hemos ocupado de difundir la cultura chilena".



UPSILON

Diego Maquieira

RECURSO
RECURSO DE AMPARO recurso

Recurso	recurso de AMPARO	de	RECUSO DE amparo	AMPARO
		DE		
		DE		

AMPARO
recurso de AMPARO RECURSO

**SERMONES
Y PREDICAS
DEL CRISTO
DE ELQUI.**

NICANOR PARRA

1977

CONTRADICCIONARIO

Eduardo Llanos Melussa

PARA
UN PUEBLO
FANTASMA



Jorge
Teillier

CRUZ DEL SUR

EDICIONES
UNIVERSITARIAS
DE VALPARAISO

el libro negro
de la
intervención
norteamericana
en Chile



XI
siglo
veintiuno
editores
sa

armando
uribe



S7



ENSAYO E HISTORIA



*A 50 años del
golpe de Estado*



Jesús Sepúlveda

1

El fascismo es instintivo. No es programático ni racional: es visceral. Surge de un malestar generalizado que se manifiesta con violencia para satisfacer las ideaciones que maquina el poder político. El poder político desestabiliza, destruye, bombardea. Produce descontento. Erige una torre, o varias, en medio del caos, que ha perdido su esencia carnavalesca y comunitaria. Desde la azotea de esas torres el poder político observa con afán de control absoluto. El totalitarismo político se sirve del miedo para extender su manto oscuro como noche en toque de queda. El miedo es una jaula sin rejas, una prisión mental, cuyos barrotes invisibles son tan férreos como si de verdad existieran. Son los muros de un cuarto sin ventanas que acortan la vista.

2

Cuando el corral del miedo cerca la imaginación, los territorios se calman. El período del Terror fue la vacuna que puso fin a la Revolución francesa y le allanó el camino a Napoleón. La dictadura fue esa larga noche que truncó la vía chilena al socialismo. La pandemia, o su efecto, apagó el estallido que también fue malestar y desasosiego. El poder tiene siglos de experiencia mientras que los sojuzgados que se han sublevado solo tienen una o dos generaciones de aprendizaje y memoria. Por eso recordar es crucial. Y conmemorar, aún más. Cuando nos acordamos en conjunto, se afianzan los lazos y se profundiza la conexión. Hay unidad.

El enclaustramiento, en cambio, fomenta el temor. Así como el niño que sufre de terror nocturno y pide que alguien lo proteja, los pueblos domiciliados y sitiados aspiran con angustia a la seguridad y las certezas. No más cambios, opinan. Solo una vereda limpia donde poder caminar.

Difícil es alumbrar la conciencia cuando ha sido bloqueada, apagada, amedrentada, traumatizada. Difícil encender la conciencia de otro, u otra, a menos que sea instruyendo y educando. Discernir es un acto de seres libres. Nadie puede forzar a otros a liberarse. Aquello sería un oxímoron. La libertad es un acto de conciencia, y la conciencia, un estado psíquico, emocional, intelectual y espiritual. Una conciencia libre es autónoma porque vibra y piensa con independencia. No hay nada más bello en el anarquismo que una conciencia liberada del corral.

3

El alcohol y las drogas que se consumieron a destajo en época de dictadura y en los primeros años de la transición no ayudaron a esclarecer la conciencia. Por el contrario, desarticularon el tejido social y deprimieron drásticamente a una generación que tuvo que resignarse a las migajas de la medida de lo posible.

Las plantas maestras enseñan el camino del corazón, que alumbra la conciencia. Las drogas sintéticas y sus derivados, en cambio, apagan la luz interna, que poco a poco se inunda de lagunas insondables. Antes de construir una vivienda, el ser humano habitó en su conciencia. Los griegos le llamaron oikos a esa morada antigua, en cuya casa se organiza la (eco)nomía y se respeta la (eco)logía. Sin conciencia la economía no es satisfactoria y la ecología es una crisis. Chile ha mal construido una economía exclusiva e injusta, cuya matriz productiva es profundamente antiecológica. Esto es síntoma de una conciencia dañada en forma transversal.

Los chilenos seguimos en un proceso de sanación. Ante el exceso de realidad y el sufrimiento insoportable, un gran número de personas ha preferido aturdirse. Otros optamos por marcharnos. Ante el trauma, se implora el olvido. Es una forma de sobrevivencia. Hoy esa droga se llama tecnología, pantallas, luminiscencia que activa la dopamina. En los años noventa se llamó consumo y mall.

4

La pregunta es: ¿cómo cultivaremos un país donde prevalezca el derecho de vivir en paz?

La raíz indoeuropea de la palabra paz es peg, que significa coagular. Chile no ha dejado de sangrar ni ha frenado su hemorragia. Ha habido demasiados muertos y mutilados, gente cegada y torturada. Desaparecidos. Detenidos y vejados. Relegados, marginados y exiliados. La lista de atrocidades es larga. Es un prolongado etcétera que afecta a todos en mayor o menor medida. La herida abierta que sigue sangrando es, sin lugar a dudas, el golpe de Estado. Es indiscutible que bombardear el Palacio de Gobierno y provocar la muerte del presidente fue un crimen: raíz de nuestra herida.

Falta mucho para dejar ser y aprender a coexistir. Y esto no es un juicio de criminólogo. Hay nombres y apellidos que quisiera olvidar porque encarnan el dolor y catapultan el estrés oculto que genera el trauma colectivo. El país tiene una herida que no ha cicatrizado.

5

Todos reunidos en torno a una radio que emite bandos militares. Imagen del Golpe o recuerdo grabado como si fuese memoria ajena porque muchos que entonces éramos niños se acuerdan de lo mismo.

Yo solo sé que hubo una bandera a media asta y una corbata negra. Me acuerdo del helicóptero sobrevolando el parrón de la casa y un murmullo que se extendía por el pasillo en penumbra. Al fondo hay una puerta que no se abre y se tranca. Incertidumbre. Tal vez terror.

Tengo casi seis años. Me enfermo de nefrosis y paso otros siete hinchándome y deshinchándome como médium poseído por una jauría de demonios que cada cierto tiempo debo exorcizar. ¿Qué pasó? No tengo palabras: solo sensaciones.

Internalizo el miedo, el nerviosismo, la depresión de los adultos. Algo pasa, o pasó algo. Y eso que ha pasado se pega como lapa a una roca, que ni la espuma de la indiferencia ni la violencia que se hereda pueden soltar. Con el tiempo, y sea como fuere que eso que pasó se pegó a nuestra alma, desarrollaremos una opinión. Tendremos un punto de vista, una interpretación y quizás hasta una postura política.

6

Milité en la mayoría de las juventudes políticas de izquierda. Era adolescente y mientras crecía se multiplicaban las protestas. Mi madre se quedaba con el corazón en la mano cuando me veía partir. No era para menos. En esas noches de toque de queda y apagones, salían disparos de autos con vidrios polarizados. Una noche llegaron tres camiones militares. La fragilidad deja de ser un concepto cuando la violencia mediatiza lo real. En unos años habría un intento de magnicidio. Aunque desigual, las esquirlas de la violencia saltan en todas direcciones.

Pronto adquirí una perspectiva y construí una narrativa: un locus de enunciación. Me imagino que todos lo hacemos, ¿o no?

Una mañana tuve que huir despavorido porque una horda de nacionalistas furiosos me persiguió por el patio del colegio. Querían lincharme. Me acusaban de ser intelectual.

El liceo fue, sin embargo, una experiencia paradójicamente esplendorosa: reuniones clandestinas, enamoramientos, panfletos en el baño. Y también una gesta histórica: la toma de un liceo que le costó el puesto al ministro de Educación de la época. También fue la primera de varias detenciones que sufriría.

Pronto me llamarían a control de cuadros y me expulsarían de las filas de las juventudes políticas. Mi energía rebelde estaba puesta en la poesía. Me di cuenta entonces de que cuando algo nuevo se crea, el mundo antiguo comienza a reaccionar.

7

La historia se inscribe en el ser de los individuos. Somos -aunque muchos no estén de acuerdo y arguyan estados de pureza- la acumulación de todos los eventos y la suma de todo lo ocurrido: desde el origen del universo, hasta esta mera palabra que tú, honesto lector, lectora, estás leyendo en este mismo momento.

En el mundo de los chamanes no hay coincidencias. Quizás en el mundo de la literatura tampoco. Todo es un tejido de significaciones: un textum. Lo que hacemos es una narrativa de lo que nos pasa, o pasó: una interpretación. A veces lo que nos pasa se esconde. Es un trauma. Otras, es un bulto que se ha hecho desaparecer. La tragedia no es la narrativa que desaparece, sino la ausencia del narrador. Y sin una narración que incluya las voces de todos, todas y todes, la mesa del comedor se vacía y sus habitantes se entristecen en una casa muerta.

8

Para no seguir cansados de este mundo, es necesario hacer memoria y darse cuenta de que no podemos eliminar al que piensa distinto. Hay que aceptar la diferencia. Hacerlo es una gracia y un don. En el budismo el desapego mayor es desprenderse del propio punto de vista. Solo así se logra escuchar al que es distinto y diferente.

Somos una constelación de peculiaridades, no una masa amorfa, maleable e instrumentalizable. Y en nuestra peculiaridad, cada uno es único e irrepetible. Ergo: no es posible esperar que los otros sean o se comporten como uno quiera. Pensar así crea neurosis, aunque el neurótico no sea necesariamente un asesino. Solo cuando se aniquila al otro estamos frente a un crimen. Y para eso están los Tribunales de Justicia (aunque no siempre sean imparciales ni competentes). Los discursos que justifican la aniquilación del otro son una provocación y promueven el odio. Quizás son la antesala del crimen. La mente asesina piensa en aniquilar al que es diferente y opina distinto. Su objetivo es su destrucción.

El derrumbe de Occidente surge de su pulsión aniquiladora, que también es autodestructiva. Cuando la solución a los desacuerdos es la muerte significa que jamás hubo solución.

El psicópata narcisista no siente empatía ni se conmueve ante el sufrimiento. Reduce el mundo a sus instintos tanáticos y su ambición de poder. No hay dictador que no haya conjugado violencia y poder. Y no hay dictador que no haya pensado que estaba en lo correcto. Somos una multiplicidad de sueños y deseos que florecen en forma aleatoria en el jardín planetario. Eso es algo que el megalómano no puede soportar porque quiere que todo esté bajo su control. Ni flores, ni abejas ni moscardones. Nada multicolor. Su mundo es grisáceo y solemne como un funeral. Todos en fila y uniformados. Sin embargo, en su sanación, que no es exculparlo, se nos va la vida y el sueño de un mundo nuevo.

9

Los individuos traumatizados actúan por miedo o simple instinto de sobrevivencia. El malestar transformado en herramienta política por los sistemas de poder es el arma del totalitarismo. La frustración perturba el alma y genera lasitud. Un individuo brutalizado y malamente educado no tiene capacidad de discernimiento. El ideal iluminista ha sido reemplazado por la colonización de la conciencia.

La estandarización ha barrido con la reflexión y el pensamiento crítico. El espectáculo de las pantallas que mediatizan el ser interno no solo cosifica al individuo, sino que lo consume. Vivir en ese espectáculo significa entrar en un mundo unidimensional donde rige la intolerancia y nadie se escucha.

Pero escuchar no significa tolerar lo inaceptable.

Los años de dictadura estuvieron marcados por la violencia estructural y sistémica de un modelo de vida. Hubo víctimas y victimarios. El despliegue de la dictadura fue la aniquilación del oponente político. La dictadura se instaló en la conciencia a través de un televisor en blanco y negro con un hombre de bigote hitleriano hablando sin interlocutor. Las dictaduras no dialogan. Marginan al que quiera preguntar y exterminan al que quiera contestar. Son unívocas y buscan su perpetuación.

El neoliberalismo, encumbrado hoy a modelo corporativo global, no estimula la democracia, al contrario, la asfixia y la ahoga. Su imposición en Chile fue un experimento y los chilenos, los conejillos de Indias de ese laboratorio social.

No fue sino con una gran revuelta que comenzó en 1983 y duró cinco años que ese hombre de bigote hitleriano aceptó llamar a un Plebiscito para apaciguar las conciencias que empezaban a despertar. Fue una forma de salvar su cabeza (digo: es un decir). Cuando partió, o hizo que partía, dejó intacto el modelo de vida. El resto de la historia ya la conocemos.

10

Cierto es que la Unidad Popular fue un carnaval caótico de ideas, proyectos políticos, polémicas, debates y utopías. También hubo marchas, linchacos, cordones industriales, paros, poder popular, federaciones, colas y polarización. El símbolo de la araña de Patria y Libertad y el puño con el martillo y la hoz se desplegaron en el imaginario colectivo. Los murales, la poesía, la música fueron la expresión cultural de un pueblo que no solo se sublevaba, sino que también se empoderaba para que los poderosos de siempre, esa oligarquía enquistada desde el siglo XIX, aceptara desprenderse de algunos de sus privilegios y prebendas.

La lucha simbólica antecede a la agresión física. Entre medio de tantas consignas, hubo una gama variopinta de símbolos que fueron más allá de sus propios límites. Y en ese teatro de símbolos y declaraciones, hubo atentados, se habló de fusiles, salieron los tanques, se fue allanando el terreno para imponer un solo punto de vista. El mundo estaba dividido. Eso hizo fácil jugar a la teoría del empate: ojo por ojo, diente por diente. Claro que hubo instigadores y dinero. También hubo una escuela abierta en Panamá donde se graduaron los oficiales más destacados y sanguinarios de las Américas. La desaparición del otro fue su política institucional.

11

“Al fin estás cansado de este mundo antiguo” escribió Apollinaire en 1912. Un nuevo lenguaje puede construir un nuevo mundo. Es tiempo de dejar partir el rencor que enferma y envenena, de recordar juntos y escuchar sin levantar la voz ni golpear la mesa. Se dice que los verdaderos maestros hablan bajito y que las mujeres sabias escrutan a su gente.

No hay razón para cancelar al que piensa diferente, degradar al que se viste de otro modo, deshumanizar al que ama de una manera poco convencional. Todos tenemos un color de ojos, una estatura y una catadura. Incluso las hermanas gemelas tienen algo que las distingue.

El que arroja la primera piedra está sin duda henchido de una profunda convicción que lo hace peligroso. El que gatilla primero siente que su rabia es merecedora de compasión. El tribalismo es el cántico de los regimientos, de los escuadrones de la muerte, de las patotas donde el cobarde esconde su cara. Ni la segregación ni las reducciones de los pueblos, ni los barrios marginales que afloraron durante esos diecisiete años, cuyo desastre económico dejó a más del 40 por ciento de la población bajo el nivel de pobreza, son el sueño de un país sano.

Aunque no se haga desaparecer de manera física al rival, segregarlo, apartarlo o demonizarlo es otra forma de eliminación del que piensa diferente. Denostar al oponente, ningunear al adversario, burlarse del que es distinto es vivir en la polis de la exclusión y el aislamiento. Chile ha dado muchos pasos adelante y muchos otros atrás. ¿De qué nos sirve construir un mundo de enemigos? Quedarse encerrado en su propio rancho no es la forma de vivir, menos de coexistir.

Han pasado 50 años desde que se cerró el telón del teatro nacional. Todo ocurrió en un día, que pronto fueron meses y años de sangre y prisiones y campos de concentración. ¿Podemos hablar de un holocausto chileno? ¿Fue esa barbarie el silencio de la poesía?

Tratar de imponer el propio punto de vista por todos los medios posibles, incluyendo la tortura, el daño y la desaparición del oponente, es un crimen. Por lo menos, pongámonos de acuerdo en eso. Conmemorar es acordar y recordar.

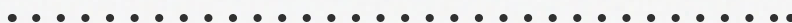
La plenitud es la nulidad del ego: trascender de la cáscara interna a lo sagrado que está afuera. Eso es dar la mano, abrazar, volver a conversar con el hermano y la hermana, comprender al padre. No todo pasa por uno. “Antes de que los dioses estuvieran allí, los bosques ya eran sagrados”, escribió Gastón Bachelard. Las aguas, las montañas, los árboles, son personas ancestrales. Esto es algo que también debemos recordar.

El totalitarismo y el dogmatismo son las dos banderas del mundo antiguo que avalaron los crímenes del siglo XX. Ya estamos cansados de lo mismo. La casa es grande y larga como un Quijote enamorado. Construir una economía que dignifique y una ecología sostenible no es un deseo terco. Es tolerancia y es amor.

12 de junio de 2023



*Escritores en
dictadura*



Diego Muñoz Valenzuela

Pertenezco a una generación que salía de la adolescencia cuando el golpe militar de 1973 llevó al poder al general Augusto Pinochet para iniciar su dictadura a sangre y fuego. Esta experiencia –por muchos vivida intensamente debido al exilio, la persecución o la lucha abierta o clandestina- actuó como un crisol y dejó –quíerese o no- una impronta imborrable. Quienes en aquellos años descubrimos y asumimos nuestra pasión por la literatura, lo hicimos en un entorno signado no sólo por la censura y la falta de medios de comunicación libres, sino que por realidades bastante más atroces. La desaparición, la tortura y la muerte no eran un susurro o una posibilidad teórica, sino que una realidad próxima, horriblemente cercana, imposible de advertir y más aún de negar.

Aunque resulte terrible reconocerlo, la dictadura militar viene a ser un hecho trascendental en las vidas de quienes dedicaron una porción fundamental de sus energías a luchar por el retorno a la democracia. La generación del 80, huérfana de mentores, se desarrolló literariamente en estas condiciones de emergencia, lejos de quienes debieron ser sus maestros, debido al exilio en el extranjero o dentro del propio Chile, sometidos a censura, vigilancia, cesantía y persecución.

En esos días ominosos y terribles, sobre todo en los primeros años, la Sociedad de Escritores de Chile, presidida por Luis Sánchez Latorre, jugó un rol libertario que debe reconocerse en todo su espléndido valor. En aquella época de emergencia, la SECH convocaba a una amplia variedad de escritores de valía en torno de la lucha antidictatorial. Esto requirió gran osadía y capacidad para articular los esfuerzos de escritores de las más diversas posiciones ideológicas.

Bajo el alero de la SECH, a mediados de los 70, se formó la Unión de Escritores Jóvenes (UEJ) gran protagonista de las Semanas por la Cultura y La Paz, una de las primeras manifestaciones culturales de resistencia contra la dictadura, en las que participaron, entre otros valores emergentes, Gregory Cohen, la siempre extrañada Bárbara Délano, Antonio Gil, Luis Alberto Tamayo. En paralelo surgió la actividad de los talleres literarios universitarios, ligados a la Agrupación Cultural Universitaria (ACU), donde trabé amistad con Sonia González y Esteban Navarro. Luego, en los 80, vino el turno del Co-

lectivo de Escritores Jóvenes (CEJ), donde conocí a Ramón Díaz Eterovic, Pía Barros, José Paredes, Teresa Calderón, Jorge Montealegre, Carmen Berenguer, Pedro Lemebel, Aristóteles España, Eduardo Llanos, José María Memet, además de muchos de los mencionados, entre varias decenas de poetas y narradores. Una lista larga a la cual hay que agregar narradores como Jorge Calvo, Antonio Ostornol, Lilian Elphick, Martín Faunes, Juan Mihovilovich.

La experiencia del CEJ fue múltiple, activa y centrada en lo literario, pero también integrada a la lucha por las libertades civiles, lo que fue un elemento dinamizador de la SECH, donde finalmente confluyeron múltiples iniciativas y experiencias que establecieron puentes que hicieron posible el encuentro de diferentes generaciones, opciones estéticas e ideológicas. Lecturas públicas de gran resonancia, como los encuentros Chile Francia o Todavía Escribimos, liderados por Fernando Jerez, Poli Délano y Carlos Olivárez son excelentes ejemplos de esta amplia confluencia de generaciones, estilos, estéticas y temáticas, bajo un claro signo de oposición a la dictadura militar.

De esa confluencia surgieron encuentros, talleres, revistas artesanales, antologías, hojas de poesía, recitales. Varias veces, en pleno imperio del toque de queda y de la plena acción de los servicios de inteligencia, efectuamos vigilias artísticas en la Casa del Escritor, desafiando abiertamente a la tiranía. Decenas de escritores sostuvieron una posición digna y firme en la lucha por la defensa de la libertad y afrontaron los riesgos que esto significaba en los primeros años, donde muy pocos se atrevían a alzar su palabra cuando el imperio de la barbarie carecía de contrapartidas. Mencionar a aquellos que ya no están con nosotros es de toda justicia: Juvencio Valle, Diego Muñoz Espinoza (mi padre), Humberto Díaz Casanueva, Jorge Teillier, Rolando Cárdenas, Martín Cerda, Enrique Lihn, Mila Oyarzún, Mario Ferrero, merecen un reconocimiento especial a la hora de los recuentos.

Esta decisión, mostrada en los hechos, aquí en Chile, en los momentos más difíciles, nada tuvo de maniqueo para quienes siempre hemos concebido la literatura como un gran juego muy serio –citando a Cortázar– no como un terreno para el proselitismo bobo o para los balbuceos lingüísticos, ni menos como la autopista apropiada para una carrera de jamelgos en pos del premio de la fama.

Gonzalo Millán, hermano mayor, fue un escritor que destacó en esta lucha, primero fuera de Chile, desde el exilio en Canadá. Luego, a su regreso, mediados de los 80, se integró sin condiciones ni pretensiones al trabajo que poetas y narradores realizábamos en sindicatos, universidades, peñas, agru-

paciones de vecinos y ferias libres. No escatimaba tiempo a estas actividades, ni calculaba los riesgos inmanentes (no sobra decir que los había en abundancia): siempre estuvo allí con su poesía cercana, inteligente, profunda, que en mi personal apreciación lo sitúa en una posición de privilegio, de primera línea, entre los más grandes.

La labor del auténtico escritor es una faena silenciosa y solitaria, asentada en sus obsesiones, que requiere autonomía y libertad de pensamiento. Sin embargo, el artista es capaz de salir a la palestra cuando las exigencias de la vida social obligan a establecer un paréntesis en esa relación un poco distante y tensa con el mundo real. Eso hicieron, muchos escritores durante la dictadura, desafiando desde su posición al orden represivo, sin más armas que el conocimiento, el lenguaje y la inteligencia.

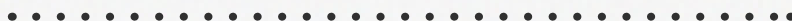
A mediados de los 80 comenzó el retorno definitivo o la visita de escritores que se echaban de menos, muchos de aquellos que debieron ser de manera natural, los maestros de la generación del 80: Antonio Skármeta, Ariel Dorfman, Poli Délano (precedido de sus padres Luis Enrique Délano y Lola Falcón); todos ellos y otros más fueron recibidos con fraternidad en la SECH. A partir de ese momento se fraguó una especie de alianza entre los Novísimos (la generación precedente) y la nuestra, dejando afuera cualquier competencia o incompatibilidad. Esta unidad se materializó en muchos encuentros, lecturas, ciclos y libros, que fueron muestra de una actitud de rebeldía compartida y de gran fraternidad literaria.

En la perspectiva creativa personal, una parte muy relevante de mi obra literaria está profundamente imbricada con la dictadura desde sus inicios, a mitad de los 70, en microcuento (*Ángeles y verdugos*), cuento (*Lugares secretos*, *El tiempo del ogro*, *Déjalo ser* o *Foto de portada*) y novela (*Todo el amor en sus ojos*, *Flores para un cyborg*, *Entrenieblas*). En suma, estos libros ofrecen una particular mirada historiográfica del periodo dictatorial desde la perspectiva de quienes eran adolescentes al momento del golpe militar que cambió para siempre la vida del país.

S7



*El exilio poético
chileno, una
aventura en curso*



Jorge Etcheverry

Puede decirse que la literatura chilena y dentro de ella, su poesía, se internacionalizó después del golpe militar de 1973. Es cierto que desde mucho antes Chile gozaba de renombre mundial por sus poetas; Gabriela Mistral y Pablo Neruda, ganadores del Premio Nobel, y en un menor grado, Vicente Huidobro y el Creacionismo y más recientemente Nicanor Parra y la Antipoesía. Pero la presencia literaria de Chile en el mundo asumió otra dimensión desde septiembre de 1973. El golpe forzó a gran parte de los escritores establecidos y emergentes, jóvenes y viejos, al destierro, lo que estuvo cerca de producir un vacío literario y poético, que fue un elemento más de un apagón cultural en el país—sin menoscabar la resistencia cultural y poética en el “interior”, y el insilio que la acompañaba—. A poco andar, escritores e intelectuales exilados produjeron en el extranjero una red de revistas y editoriales destinadas a conservar el entramado de la cultura literaria chilena y a la denuncia de la situación en el país bajo la dictadura. Surgieron revistas como Araucaria en España, Literatura chilena en el exilio en California, América Joven en Holanda, en tanto que Ediciones Cordillera en Canadá, y LAR y Ediciones Michay, en España, se contaban entre las editoriales. Dentro de lo que conozco y me acuerdo, hubieron antologías como “Poesía de la resistencia y del exilio”, compilada por Omar Lara y Juan Epple; “Los poetas chilenos luchan contra el fascismo” con selección y prólogo de Sergio Macías. Hubo iniciativas en los medios virtuales, que comenzaban su expansión exponencial, como por ejemplo la antología en línea de escritores chilenos residentes en el extranjero, de 2003, en el ya histórico portal virtual Escritores.cl, cuyo compilador fue Ernesto Lángier, que había estado exilado de Francia, o una nota del poeta chileno radicado en Panamá Rolando Gabrielli, “Poetas de la diáspora chilena”, publicado en la revista venezolana virtual Letralia, en 2008. Los trabajos de Soledad Bianchi, especialmente en “La memoria: modelo para armar: grupos literarios de la década del sesenta en Chile” (1985), que presenta entrevistas a esos poetas, así como el primer tomo de la antología de la poesía chilena contemporánea, dedicada a la promoción o generación nuclear del exilio poético chileno “Antología de poesía chilena I. La generación de los 60 o la dolorosa diáspora” (2012), compilada por Teresa Calderón, Lila Calderón y Thomas Harris, me parecen libros fundamentales a este respecto. Entonces, desde ese septiembre negro, la poesía chilena se despliega

por el mundo como una doble, anfibológica corriente que a la vez que padece la experiencia del exilio, no puede evitar enriquecerse con él, en una dolorosa alquimia que convierte al sufrimiento personal en un nuevo y refinado metal poético. No faltaron poetas que salieron al exterior luego de estar internados en campos de concentración, como fue el caso del narrador y poeta Hernán Valdés, que testimonió esa experiencia en la obra testimonial *Tejas Verdes* (España, 1974). A su vez el poeta Jorge Montealegre, inicia su carrera poética muy joven, nada menos que en el campo de concentración Chacabuco, luego se exilia en Roma y después retorna a Chile.

Así, los efectos y el trauma de la sangrienta alteración histórica del golpe se combinaban con la promesa de nuevos horizontes vitales y creativos. En esta poesía podemos ver la presencia de la solidaridad y la denuncia, la expresión lírica de las vicisitudes humanas ligadas a la memoria, la nostalgia, la incertidumbre existencial, cultural y lingüística, ligada a los procesos de adaptación y articulación en la nueva sociedad y cultura, y por supuesto los problemas identitarios— de alguna manera resultantes de todo lo anterior—todas vertientes temáticas, vitales y afectivas que irrumpen en esta poesía. Coexisten en este ámbito diversas generaciones de poetas, en general imbricados en esos nuevos espacios de acogida, que a veces pueden ser tránsito hacia otros o un prelude al retorno. A eso se debe agregar el elemento por así decir “formal” de una tendencia a veces concretada hacia el distanciamiento y la experimentación lingüística, nacidos de la relativización del idioma castellano en ámbitos muchas veces alófonos o pluriidiomáticos. Las circunstancias de estos nuevos lugares de residencia, su entramado económico social, su historia y sus contradicciones no dejan de hacerse presentes en esta producción poética, que así—y pareciera que en general—assume posiciones frente a las alternativas a que se ve enfrentado cada país y al contexto político latinoamericano y mundial. Hay ocasiones en que los autores de esta diáspora se gestan y desarrollan en el seno de comunidades exiladas, como es el caso de Silvia Cuevas Morales, que se inicia escribiendo poesía en inglés en Australia y luego pasa a España, siempre vinculada a las luchas sociales y culturales de su entorno, pero sin que Chile deje de estar presente en su poesía y su activismo.

Hay casos de autores como Pablo Poblète, que definitivamente pasa a ser un autor y gestor cultural reconocido de la francofonía, pero que no deja desaparecer a su “lado” chileno. Como se verá, creo que hay que dejar constancia de ese carácter bastante generacional de la poesía chilena exilada chilena inicial, cuyo núcleo es la “generación del golpe o de la dolorosa diáspora”, o

está compuesto por la mayoría de quienes forman las “promociones emergentes” de que hablaba Gonzalo Millán. Pero es necesario además destacar la pluralidad por así decir etárea de ese exilio poético, que pasa a incluir a autores en diversos períodos de su producción, a figuras que no forman parte de los movimientos o agrupaciones más perfilados, a autores que se inician en el exilio. Este exilio con los años se convierte en una diáspora, que mantiene niveles de comunicación a nivel mundial, y con Chile, y que entonces crea un entorno no localizado territorialmente, un tejido conjuntivo que puede cobijar, como se decía, a autores emergentes y aislados que al desarrollar su escritura y contar con un cierto espacio pasan a hacerse miembros, de una u otra manera, de esta flexible y elástica cofradía, y posibilita—al menos en teoría—una poesía exilada o diaspórica de segunda o tercera generación. En Canadá, ejemplo que conozco de primera mano, este entorno permite y estimula la especialísima escritura de Luis Lama, y motiva a escribir poesía a Luciano Díaz, incorpora a Ludwig Zeller, llegado al país unos años antes, a actividades y publicaciones gestionadas por los escritores y poetas exilados. Con el tiempo, hay autores que cambian de país, retornan, y otros que salen del “interior” y se establecen definitiva o momentáneamente “afuera” donde se deja sentir la presencia y hasta cierto punto el apoyo de esta red del exilio cultural, y en este caso poético. El que se vincula de manera variable con las comunidades chilenas exiladas u otras locales o afines, y con el interior, proceso que se acentúa en tiempos en que el viajar se ha hecho más frecuente y expedito, así como las transhumancias y migraciones. Todos elementos que vienen a enriquecer al exilio original.

El exilio poético incluyó desde sus inicios a una sección transversal de poetas de todas las tendencias escriturales y temáticas presentes en Chile en ese momento, pero especialmente a una generación. Esos autores han sido objeto de antologías y estudios—ya mencionábamos el primer tomo de la antología de Teresa Calderón, Lila Calderón y Thomas Harris. La lista de los integrantes de “promociones emergentes” que sentó Gonzalo Millán en *Posdata* también mayoritariamente incluye a poetas exilados y trasplantados, pero no establece este hecho explícitamente y entonces evita hacer una división en la poesía chilena entre los poetas exilados y los del interior, que por otro lado tiende a darse invariablemente. Existe este encuentro/distancia entre el “afuera” y el “adentro” que aparecen o están implícitos no tan solo para la poesía y que se da en todas las situaciones de exilios políticos y culturales. Hubo instancias en que agrupaciones poéticas más o menos programáticas se asentaron en un mismo país, como es el caso de la llegada a Canadá de

tres de los cuatro miembros de la Escuela de Santiago; el que escribe, Nómez y Martínez—Julio Piñones, el cuarto miembro de la Escuela, se exiló en España. Roberto Bolaño y Bruno Montané mantienen una posición más programática del infrarrealismo, primero en México y luego en España. La Escuela de Santiago no elaboró poéticas ni manifiestos en el país de acogida, pero sus miembros participaron en el activismo cultural y también político, y en el campo editorial. Y me refiero a este ejemplo de primera mano, debido a mi familiaridad con el exilio literario en Canadá. En 1978 se creó la editorial Cordillera, nacida del esfuerzo conjunto de la comunidad chilena residente en la ciudad de Ottawa, con participación, aparte de otros escritores, de los poetas de la Escuela que residían en el país, incluyendo a Gonzalo Millán. “La novela del golpe” (2014) del poeta de la generación diaspórica José Ángel Cuevas—pero que no salió del país— tematiza el exilio de las agrupaciones poéticas mediante el periplo al extranjero de un personaje para averiguar el destino del Grupo América, agrupación poética de los sesenta de la que formó parte.

En el caso de Ediciones Cordillera, como en muchos ejemplos en el mundo, la poesía chilena exilada y sus iniciativas está imbricada con la comunidad que se organiza en torno a la solidaridad y a la denuncia del estado de cosas en Chile. No es novedad que para las izquierdas y el progresismo, la cultura es una parte integrante de su vida política. Así es como se da la práctica literarias exiladas en el seno de la comunidad chilena residente. La Asociación de Chilenos de Ottawa crea Ediciones Cordillera y realiza diversas actividades de financiamiento, junto al Latinoamerican Children’s Fund—organización de chilenos, latinoamericanos y canadienses que apoyaba al MIR—y La Ciudad (1979), de Gonzalo Millán, es publicado por una editorial del MIR en Montreal. Tito Alvarado, desde Montreal desarrolla el Taller Cultural Sur y se involucra como organizador en los festivales de poesía de Cuba. Elías Letelier, pionero de la poesía en el mundo virtual, desarrolla una actividad editorial plurilingüe y gestiona la participación poética, no tan solo de chilenos, en eventos solidarios en diversos países.

No faltan casos de poetas involucrados en la actividad editorial local, como Mariela Griffor en Estados Unidos, Gustavo (Grillo) Mujica, poeta, editor y activista cultural reside a su vez en Francia. Más recientemente, el poeta chileno Patricio Sánchez Rojas, también traductor, como los autores anteriores, publicó en 2021 una antología bilingüe de poesía chilena en Francia. Pero además, se da de manera natural y como parte del proceso de aculturación

del poeta exilado a su nuevo entorno, la inserción de los autores en la problemática socio cultural y política de la tierra de acogida. Para citar un ejemplo, el poeta Juan Garrido, desde los inicios de su residencia en Australia, se ha preocupado del neocolonialismo y la reivindicación de los pueblos autóctonos. Este proceso se realiza de forma natural en la biografía social de los poetas, ya que es una expansión del quehacer poético original, que muchas veces se insertaba en la actividad política, incluso militante, en el país de origen, sin que eso se viera por fuerza reflejado en el tipo de elección escritural o la afiliación a agrupaciones poéticas. Claro que el exilio de primera oleada un poco se yuxtapone a la poesía de los sesenta o gran parte ella, que se desarrolla al interior de los parámetros plurales de la escritura poética de ese entonces, amplios e incluyentes dentro del antisistemismo básico que acompañó a este único período pre revolucionario de la historia de Chile y que terminó tan trágicamente.

En general, el emisor poético exilado se nos va descubriendo como un exilado/ trasplantado quintaesencial. En un proceso que lo van despojando de su identidad inicial. El exilio se puede resolver en una transhumancia perenne. En palabras de Oliver Welden, el poeta se convierte en un “pasajero sin punto de origen ni arribo”, del poema inicial de Los poemas de Suecia/ The Sweden Poems de Oliver Welden (España, 2014). Allí se nos muestra también la pérdida del carácter único del idioma originario, un distanciamiento u objetivación del idioma materno: “aprendí cientos de idiomas” “fui hábil maníglota y corazonauta”, nos dice el emisor poético en ese mismo poema inicial. Lo que está presente también en La Ciudad de Gonzalo Millán, lo que le posibilita la exploración y hasta cierto punto experimentación del idioma castellano que origina ese extraordinario poema referencial del golpe. El carácter exploratorio distanciado del idioma y el compromiso en sentido amplio se dan también, por ejemplo, en Sergio Infante Reñasco, otro de los poetas que estuvo exilado en Suecia, núcleo que fue tan fructífero para el exilio poético chileno y el desarrollo de la poesía contemporánea del país. Su libro “Las aguas bisiestas”, (Chile, 2012), nos entrega, por así decir, una “doble militancia”, siendo una exploración y homenaje al idioma castellano, y en términos de su temática, está abanderado con la preservación, denuncia y representación de un medio ambiente en degradación. Esta obra se centra en uno de sus elementos constituyentes más frágiles, abarcadores y amenazados del medio ambiente planetario, que es el agua. La multiplicidad de pseudo o cuasi enraizamientos del autor en esos otros territorios—en los que tiene que armarse una vida concreta y creativa—trae consigo la

inevitable participación en la cultura y la poesía locales, la adquisición de elementos culturales del país e incluso el ejercicio de la influencia a nivel local. Un efecto de este exilio es una cantidad importante de traducciones de autores alófonos y su difusión en Chile, y su eventual incorporación a la cultura nacional chilena. Volviendo a mi ejemplo de Canadá, en 1985, una editorial canadiense publica *Homage to Victor Jara*, un libro poema, en edición bilingüe inglés español, cuyo autor, el poeta Patrick White, fue el poeta laureado de Ottawa, la capital de Canadá.

La última instancia que convocó a poetas de la diáspora chilena, con su cuota obligada de autores de la generación “de la dolorosa diáspora” fue un evento organizado por José María Memet—ahora de vuelta en Francia, país donde había estado exilado—y Raúl Zurita, el año 2005, “encuentro poético Región XIV”, patrocinado por la organización Chile-Poesía, en Santiago de Chile, entre cuyos 20 invitados iniciales se contaba por ejemplo a Alejandro Jodorowsky. A veces existe una actitud un poco negativa de los poetas de la diáspora/exilio respecto a su aceptación en el territorio, que en general y pese a los desplazamientos geográficos cada vez más frecuentes, y no solo de individuos, sigue siendo el terreno sólido histórico y cultural que legitima las literaturas nacionales. Me permito reproducir un poema mío referente de manera humorística a esa situación.

Poetas y pungas en la Región XIV

En la metrópolis moderna
Llámesse París, Roma, Estocolmo
uno tiende a perder la identidad
y más aún si es inmigrante
La alienación es más común
que los porotos con arroz
en el Caribe
En esto de hacerse un lugarcito
para existir, ser algo
uno estudia, se hace comerciante
Otros se ponen a escribir
(en general poesía
porque al fin somos chilenos)

Y si baja la nostalgia o no va bien
en el país anfitrión
siempre nos queda la Región XIV
Pero momento
si lo que busca en el país natal
es reconocimiento
por favor, no se haga poeta
Hágase punga
Y si le va
profesionalmente
bien
Puede que hasta lo entrevisten
en el canal 13.
(Cronipoemas, Ottawa, 2010)

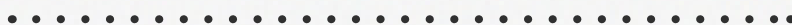
La relación con el país territorial de la diáspora que hereda y engloba al exilio literario y poético es fluctuante, tiene sus momentos de apertura hacia el exterior, pero sigue las pulsiones centrífugas y centrípetas que forman parte de los contextos sociales, económicos y políticos de los países que se debaten entre la afirmación nacional y la inevitable globalización. Existe actualmente la posibilidad tecnológica de la intervención virtual de integrantes de la diáspora a eventos en Chile, lo que relativiza el contacto material, presencial. La estadía temporal de los autores en Chile, o su regreso, que acentúan este carácter fluctuante de la diáspora poética, se combina con la participación de poetas chilenos en eventos internacionales. Hay cierta presencia fluctuante de autores chilenos del exterior en medios virtuales e impresos en Chile. Lo que es insuficiente, manifestaba el cantautor y nobel autor chileno afincado en Montreal, Cristián Rosemary del Pedregal, en esta otra mención de mi ejemplo “de primera mano”, Canadá, donde, Jaime Serey, por ejemplo, escribe poesía según pautas chilenas, y Claudio Durán, que pasa su tiempo entre Canadá y Chile, publicó no hace mucho antología bilingüe español, inglés, en Chile. Javier del Cerro, poeta residente en Uruguay, visita Coquimbo, que lo ha convertido en hijo ilustre.

Pero el concepto de diáspora sigue existiendo, y no de manera vestigial. Esto porque el desplazamiento, la permeabilidad de las fronteras, el mundo virtual, la misma globalización y tendencia a la uniformidad en curso, hacen que el ansia de identidad acentúe las pertenencia a colectivos, naciones, cofradías, etc. Identidad y comunidad pueden ser palabras clave para entender

la sobrevivencia de la diáspora. Se trata de una cierta comunidad de alguna manera valórica, con un importante componente político, pero que abarca diferentes modos de escritura poética y de inserción cultural en el territorio de que se trate, por ejemplo en España, coexisten Sergio Macías Brevis, la poeta y activista feminista Silvia Cuevas Morales, ya mencionada y el poeta Andrés Morales, no hace mucho de vuelta al país. Es una diáspora que incluye a Juan Armando Epple, a Ariel Dorfman y a Cecilia Vicuña, y en el otro extremo del continente al poeta y narrador Jorge Carrasco, residente en Argentina, que recientemente viajó y leyó en Chile. Por supuesto que hemos mencionado nombres, casos y territorios que no agotan la proliferación y, podríamos decir, riqueza del exilio-diáspora chileno, pero que tiene los barruntos de una hermandad o comunidad medio mítica, medio un constructo, que nacida del golpe del 73, enmarca el desplazamiento y residencia temporales de poetas chilenos en otros países, en momentos en que el viaje se hace cada vez más habitual y que diversos contextos mundiales hacen que gran parte de la literatura de los diferentes países se haga en el extranjero. La entidad cultural exilo-diáspora de alguna manera está presente, esa aventura continúa y se trasmuta y sigue denotando al colectivo, quizás algo ficticio, de prosistas y poetas chilenos que viven en esa dimensión externa, a veces atractiva, a veces amenazante y sospechosa, que se percibe de manera variable, que oscila entre la aceptación y el rechazo desde un Chile globalizado, pero con tremendas desigualdades, y que de alguna manera ya no es tanto el Tibet de las Américas.



*Editorial Quimantú: un legado
histórico en el camino de la
democratización de la cultura*



David Hevia

El 4 de noviembre de 1970, al asumir como Presidente Salvador Allende Gossens, se puso en marcha un Programa de Gobierno que buscaba generar las condiciones necesarias para ir forjando un pueblo “apto científica y técnicamente”, así como “abierto masivamente a la creación y goce de las más variadas manifestaciones del arte y del intelecto”. De esa manera, la idea de democratizar el conocimiento incluyó iniciativas como el Plan Nacional de Becas, el despliegue alfabetizador, la extensión de la escolaridad adulta, la inyección de recursos a las universidades, el fomento de la industria cinematográfica y el desarrollo de medios de comunicación de carácter público que desactivaran el monopolio de la prensa. En medio de ese despliegue, tuvo lugar un proyecto hasta entonces inédito. La editorial Zig-Zag enfrentaba una grave crisis económica que se expresó en un conflicto con sus trabajadores, quienes, en noviembre de 1970, acordaron un paro de actividades con el objetivo de que la firma fuera integrada al área social de empresas del Estado. El proceso desembocó en la firma, el 12 de febrero de 1971, del acta de compra de todos los activos de Zig-Zag, y el 1 de abril de ese año se fundó la Sociedad Empresa Editora Quimantú Limitada, que dio comienzo a sus actividades con fondos proporcionados por dos socios accionistas: la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) y Chilefilms.

La iniciativa tenía un eje fundamental: el proceso tendría a los propios obreros como conductores. De hecho, la Central Única de Trabajadores (CUT) propuso entonces al ingeniero comercial Sergio Maurín para que asumiera la gerencia general. Los 780 trabajadores que pasaron de Zig-Zag a Quimantú, y que pronto ascenderían a 1.500, serán, explicó el presidente de la República al diario La Nación, “los principales responsables del buen funcionamiento y eficiencia de la nueva empresa y del cumplimiento de sus objetivos”. Refiriéndose a los grandes objetivos estratégicos de tal apuesta, el mandatario declaró que “la nueva editorial del Estado contribuirá eficazmente a la tarea de proveer a los estudiantes chilenos de sus textos de estudio, de promover la literatura nuestra y de permitir que el libro sea un bien que esté al alcance de todos los chilenos”. En esa línea, agregó, “el paso que hemos dado significa el inicio de una nueva etapa en la difusión de la cultura en nuestro país”. La participación de Salvador Allende en la ruta que condujo a la creación de Qui-

mantú tenía, de todos modos, un antecedente clave en su ideario: en 1967, en su condición de presidente del Senado, propuso fundar una empresa estatal en ese rubro, por la vía de reformar los estatutos de la Editorial Andrés Bello, con miras a modificar su cobertura de asuntos estrictamente jurídicos, para, en cambio, “amplificar los horizontes intelectuales y culturales de la nación”, lo cual, aseguró, “facilitaría a educandos y estudiosos, y a lectores en general, el acceso a las grandes fuentes del pensamiento nacional y universal”, derivando “especialmente en beneficio de las capas modestas de la población”.

Quimantú –es decir, “Sol del saber”, en mapudungún–, tras proponerse facilitar el acceso al libro y la lectura a través de estrategias de producción y distribución que abarataban los costos, se organizó en tres áreas: División Editorial, División de Publicaciones infantiles y Educativas y División Periódica. Bajo dicha articulación surgieron colecciones tales como *Nosotros los chilenos*, *Quimantú para todos*, *Cuadernos de Educación Popular*, *Camino Abierto*, *Clásicos del Pensamiento Social*, *Cuncuna* y muchas otras. Ello, además de revistas como *Cabrochico*, *Onda*, *Paloma*, *La Quinta Rueda*, *Ahora*, *Mayoría*, *La Firme* y *Estadio*. En cuanto a la publicación de libros, en tanto, a grandes rasgos se apostó por un diseño sencillo y de pequeño formato, como fue el caso de la colección Minilibros, que editó clásicos de la literatura nacional y universal. Con tirajes que fluctuaban entre los 20.000 y los 50.000 ejemplares, la compañía, dirigida por el escritor costarricense y exeditor de la emblemática editorial Nascimento, Joaquín Gutiérrez, no solo redujo radicalmente los costos, ofreciendo obras de calidad por un precio inferior al de una cajetilla de cigarrillos, sino que aseguró la llegada de tales volúmenes a contextos sociales humildes y hasta entonces inalcanzables en el rubro, a partir de un modelo de circulación y distribución que amplió el radio de las estanterías, activando librerías sindicales y bibliobuses, habilitando camiones que llevaban el material bibliográfico a las poblaciones, valiéndose de la venta masiva en quioscos y solicitando a la Fuerza Aérea que hiciera llegar los volúmenes a las zonas más apartadas del país. De acuerdo a los cálculos de Pablo Dittborn, se publicaron 315 títulos distribuidos en 14 colecciones.

El precio de los libros fue estimado por Gutiérrez siguiendo como pauta el producto más adquirido en los quioscos de la época: la cajetilla de cigarrillos Hilton. La idea era vender los ejemplares por un valor que estuviese al alcance del público masivo. “¿Y cómo llegamos a ese precio? Ahí vemos: hay que subir las tiradas, hay que bajar la calidad del papel, hay que explotar a Alfonso Calderón. “Él tenía el don de seleccionar los títulos, escribía el texto de la contraportada y sugería a los dibujantes de la portada, y lo hacía con su modesto sueldo

de asesor literario del Departamento de Libros”, rememora Arturo Navarro (Constanza Muñoz, Paula Pérez y Mariana Poblete. *Quimantú, el legado perdido*. Universidad de Chile, 2019).

El resultado de ese camino es una lección histórica sobre el aporte que la alianza entre los trabajadores organizados y el Estado pueden hacer a la sociedad en su conjunto. En abril de 1971 se había vendido 5.000.000 de libros a razón de 800.000 ejemplares al mes, mientras que en los siguientes meses, y hasta antes del Golpe Militar del 11 de septiembre de 1973, las ventas totalizaron 11.164.000 ejemplares, cifra a todas luces impresionante si se considera, por ejemplo, que la población del país era la mitad que la actual y que por ese entonces el analfabetismo aún ascendía al 10%. Por otra parte, hasta 1970 un título de alto impacto podía llegar a un tiraje de hasta 5.000 copias, pero con Quimantú esos números se multiplicaron de manera considerable. En febrero de 1972, de hecho, la edición de *Cuentos de rebeldes y vagabundos*, de Máximo Gorki, correspondiente a la colección *Quimantú para todos*, constó de 50.000 ejemplares. El catálogo de la serie *Minilibros*, a su turno, publicaba 80.000 volúmenes por cada título, mientras los Cuadernos de *Educación Popular* registraron un tiraje mínimo de 100.000 ejemplares por título y un récord de 250.000.

El fenómeno era a todas luces impresionante. “Doy fe: la antología de Gabriela Mistral, *Todas íbamos a ser reinas*, vendió más que todas las ediciones de todos los libros juntos de la Mistral, que aparecieron entre 1922 y 1971”, sostuvo Alfonso Calderón, uno de los directivos del proyecto editorial. “Le oí al novelista Alberto Romero decir que la edición nuestra de *La viuda del Conventillo*, su más conocida novela, de la que se publicaron dos ediciones de 50 mil ejemplares cada una, le produjo ingresos por derechos de autor mucho más elevados que el total percibido por los trece libros que publicó”, agregó. Sobre el ritmo de trabajo de la editora, Bernardo Subercaseaux apuntó que “Quimantú llegó a producir en un mes lo que *Zig-Zag* en un año; y en doce meses, lo que producían todas las editoriales del país (privadas o semiestatales) en casi 4 años. Todo esto, en un contexto en el cual existían problemas de escasez de papel (a veces –se sospechaba– generados intencionalmente por parte de empresas proveedoras del sector privado)”. La magnitud de las ediciones llegó a tal punto que en una oportunidad el Premio Nacional de Literatura Manuel Rojas llegó a devolver un cheque por concepto de derechos de autor, pues los escritores no podían creer en tan altos montos percibidos, porque no estaban acostumbrados a tan abultados tirajes. “Julio Cortázar no exageraba cuando dijo que Allende había hecho el milagro de convertir a Tomas Mann en un best seller”, recordaría más tarde Virginia Vidal.

Visto como proceso, Quimantú ejerció también un impacto notable respecto de la literatura propiamente dicha, pues fue una base desde la que se desarrollaron en ese tiempo escritores como Antonio Skármeta, quien colaboraba en la revista *La Quinta Rueda* y publicó en la editorial *El ciclista del San Cristóbal*, la emblemática antología de cuentos que registró un tiraje inicial de 30 mil ejemplares. Lo propio ocurrió con Enrique Lihn, cuya obra *Violeta Parra* cuenta su vida salió de la imprenta del mismo sello, tal como ocurrió, igualmente, con *Fuegos artificiales*, de Germán Marín. En agosto de 1973 se publicó *El miedo es un negocio*, novela de Fernando Jerez que alcanzó a circular un par de semanas antes del Golpe de Estado, y le luego fue reeditada en Argentina y Alemania.

De todos modos, el fenómeno impactó mucho más allá del circuito de los libros. Como señala Hilda López en *Un sueño llamado Quimantú* (2014), durante el mes de septiembre de 1971 Sergio Maurín recibió un informe en el cual se señalaba que, en un período de solo siete meses, las ventas se habían incrementado en un 65%, mientras la producción había subido en un 48% y que el número de revistas impresas ascendía a más de tres millones al mes. De hecho, la revista *Paloma* anotaba al menos 200 mil ejemplares por semana, una cifra a todas luces extraordinaria, si se tiene como referencia que *Paula* y *Vanidades*, con las que competía, nunca superaron los 80 mil ejemplares semanales. Por otra parte, desde el punto de vista del segmento dedicado a los niños, el giro de época también fue visible. “*Cabrochico* es una de las revistas que respondió más pragmáticamente al proyecto del presidente Allende, orientado a la formación de un hombre nuevo”, comenta Jorge Montealegre, antes de precisar, respecto del objetivo de construir una cultura popular y nacional, que “una de sus tareas concretas era producir historietas que rompieran con la alienación y el proceso de influencia negativa que ejerce el sistema sobre las mentes infantiles, que sin casi darse cuenta adquieren la ambición del dinero, de la flojera o la creencia de que existe el mundo mágico de las hadas y los duendes” (*Quimantú, el legado perdido*).

La Sociedad de Escritores de Chile (SECH) participó en 1972 en una tarea que mostraba con nitidez cuánto se estaba ampliando el espectro de trabajo de Quimantú: fue jurado, junto al Ministerio de Educación, la Universidad de Chile, la CUT y la propia editorial, en el Primer Concurso de Cuentos Baldomero Lillo. Los diez relatos ganadores fueron publicados en un volumen titulado *Cuentos 72*, y el acta de deliberación del certamen señala sobre esas obras que en ellas hay “valores como capacidad imaginativa, habilidad técnica, conciencia de los conflictos individuales y colecti-

vos que de una manera u otra están interpretando el momento actual de cambios profundos de nuestras estructuras sociales y políticas”.

Si la participación de los trabajadores no tenía precedentes en la historia del país, también fue admirable la capacidad del equipo de sortear las dificultades. “Una condicionante esencial poco conocida fue que la editora debía autofinanciar su operación y su desarrollo debido a carencias fiscales. Jamás recibió aportes financieros ni franquicia alguna. Se le dio trato similar al de una empresa privada, con la diferencia de que su misión era maximizar su aporte al desarrollo cultural y no maximizar ganancias”, explicó Sergio Maurín. “Una llave para abrir cualquier puerta” y “Solo progresa aquel que sabe” fueron algunos de los lemas con los que la firma caló hondo en la ciudadanía a través de todo el territorio. Al recordar la experiencia de esa editorial, Joaquín Gutiérrez manifestó: “La gente andaba con sus libritos en la mano para leer en los buses. Era muy lindo el cariño que se despertó en los trabajadores por la cultura. Logramos cambiar socialmente el panorama del libro, porque hasta ese momento era privilegio de una élite”.

En septiembre de 1973 alcanzó a ser publicado el volumen Pancho Villa, de Iósif Lavretski, último título de Quimantú. El mismo día del Golpe de Estado, como relata Lidia Baltra, quien se desempeñaba en el área de Documentación, tanques apostados en Plaza Italia apuntaron contra el edificio de Santa María 076, sede de la editorial, y militares allanaron sus dependencias destruyendo una veintena de originales de autores chilenos. Al día siguiente, los uniformados destruirían alrededor de dos millones de ejemplares de libros que permanecían en las bodegas. Solo la brutalidad pudo poner término a un proyecto editorial cuyo ejemplo, señero entonces, hoy debe ser reasumido por la institucionalidad cultural del país, porque es urgente democratizar el acceso al libro y porque la lectura, ese luminoso sol del saber, es una llave que abre las puertas de la reflexión, del pensamiento crítico y del desarrollo social.



**DIS
NE**

Escenas de una devastación



Apuntes a 50 años del Golpe Militar / Jaime Lizama

Allende, no tuvo nada que ver que hubiera o no hubiera golpe de Estado y Dictadura, y terror subconsiguientes: se trató que los anhelos dispersos por décadas de los que siempre tuvieron poco o nada, en un momento dado, se volvieron alcanzables, posibles, realizables.

Nunca hubo ni remotamente un realismo socialista o planfletarismo de poca monta. Victor Jara, en medio de una contingencia ya demasiado insorportablemente miserable, como una forma de repudio, pudo perpetrar aquellas canciones menores como: “ni chicha ni limoná”, o “las casitas del barrio alto”.

No fue estrictamente necesario que tuviéramos un Javier Héraud, un Roque Dalton (para qué mencionar al malogrado Francisco “paco” Urondo) o, incluso, a un Mario Benedetti; en pleno gobierno de la unidad popular y en plena dictadura, nosotros tuvimos hasta el año 1988, al poeta Enrique Linh.

A veces es bueno olvidar. Olvidar a los viles, a los miserables, a las malas personas, a los pequeños hombrecitos como los llamaba Wilhem Reich, y es bueno recordar a los justos, a los que hicieron algo por el otro, a los que les dio lo mismo perder o ganar, a los que van por la vida con las manos limpias y la frente en alto.

No fue culpa de Fidel, no fue culpa del discurso de Altamirano, no fue culpa del congreso socialista de Chillán, no fue culpa de la consigna “avanzar sin transar”, no fue culpa de la guerra fría, menos fue culpa de la pequeña burguesía y clase media, fue culpa de la miseria humana, de la felonía, de la mala conciencia como inconsciente colectivo.

La derecha y los sectores empresariales, sacaron enormes dividendos de la “agudización de las contradicciones sociales” y de la lucha de clases, al mismo tiempo también, y por sobre todas las cosas, la hicieron violentamente suya.

Lo renombraron Edificio Diego Portales, para borrar los pasos de cientos de estudiantes, de obreros y de dueñas de casas que circulaban por sus pasillos que se abrían hacia la Alameda. Había que olvidar por completo todo eso, y lo transformaron en el mayor Mausoleo de la Dictadura.

No fue necesario que hubiera habido o no un arte revolucionario o una incipiente “proletkult”, nos bastaba con traer a la mesa de disección a

Violeta Parra, a la Mistral, a Víctor Jara, también a Pablo de Rokha y a Neruda, y por si todo esto fuera poco, a un Huidobro, un Matta y a otro Parra...

Ni el presidente Salvador Allende ni el gobierno de la Unidad Popular fueron póstumos. Primero, porque Allende siempre fue más que todos los partidos de izquierda en su conjunto; su figura encarnaba y representaba el despliegue republicano del avance de movimiento social chileno. Segundo, porque el gobierno de la Unidad Popular no tuvo ninguna posibilidad real de desplegarse históricamente; es más, la idea era que nunca pudiera llegar a desplegarse. La idea era que acabara antes de comenzar.

Una cosa es el proceso político contingente y, al mismo tiempo, truncado del gobierno de unidad popular y, otra cosa, es la creencia que los procesos históricos-sociales sean irreversibles. En tal sentido se puede entender la frase de Allende: “la historia la hacen los pueblos...”. Estaba claro que los procesos históricos pueden ser perfectamente devastados, sin importar si la historia iba por el camino completamente adecuado. Ese, muchas veces, puede ser el peor de los caminos.

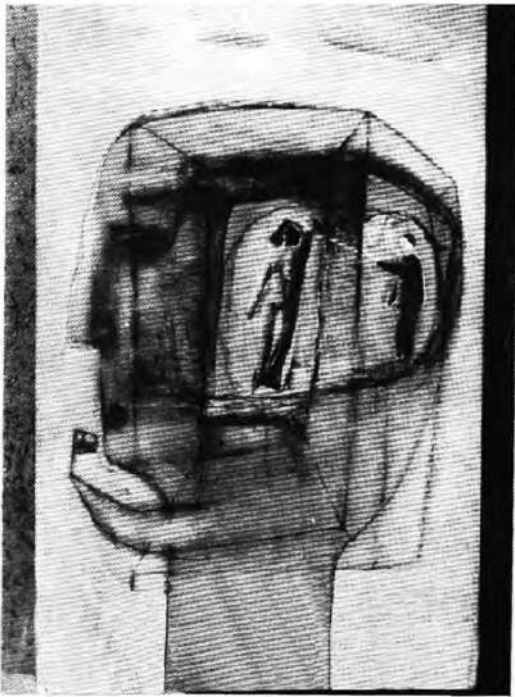
La Concertación fue una gran operación política, estrictamente superestructural, soldada a fuego. El Frente Amplio, más el P.C. y el Socialismo Democrático, en cierto modo, forman un conglomerado póstumo del estallido, pegado a medias, y fuertemente tironeado por el narcisismo de las tribus identitarias. La Unidad Popular, en cambio, fue una alianza que expresaba las luchas sociales de vastos sectores populares.

La dictadura, desde sus inicios, tuvo plena conciencia histórica de su sobrevivencia: se prolongó durante 17 años. Sabía que su proceso sería completamente reversible si su período de vigencia hubiera sido sensiblemente menor. Si hubiera sido sólo un interregno.

En “Chile actual, anatomía de un mito”, Tomás Moulian afirma: “La unidad popular sucumbió asfixiada por el acoso externo, las divisiones intestinas, los círculos viciosos sin solución. No tenía los medios para hacer la revolución anunciada”. En cierto modo, unos de los personajes que la anunciaba con bombos y platillos, fue un intelectual francés llamado Régis Débray, un experto en hablar de Revoluciones. En un momento dado de esa tristemente célebre entrevista, Allende, contrariado de tanta verborrea, le tira a la cara a Débray: “Para nosotros vale mucho más hacer que decir”.

Durante la Unidad Popular y durante toda la Dictadura siempre se inventaron todo tipo de distopías sobre el futuro del gobierno de Allende, ello sólo para alimentar el odio y la rabia irracional y dar espacio, completamente libre, al terror perversamente distópico del día después...

Elvira
Hernández
LA BANDERA DE CHILE



LA CIUDAD



GONZALO MILLAN

EDITORIAL ANDRÉS BELLO
Premio María Luisa Bombal 1989
ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE VIÑA DEL MAR

VIRGINIA VIDAL
CADÁVERES DEL
INCENDIO HERMOSO

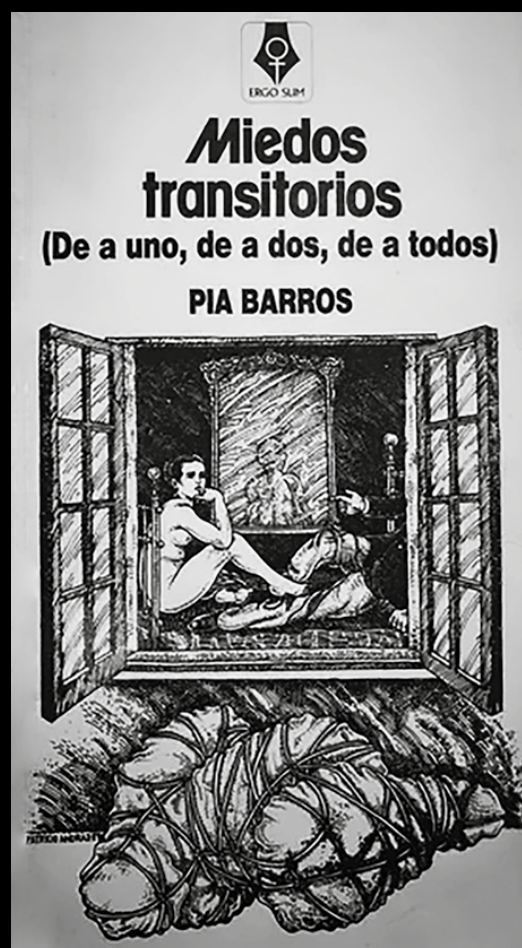
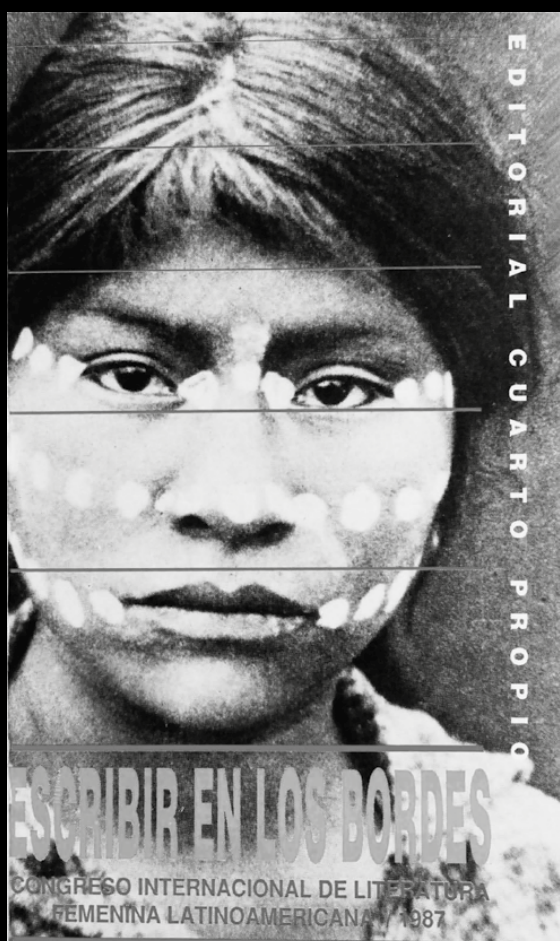


EL PASEO AHUMADA

TEMA DE ENRIQUE LIHN

EDICIONES MINGA





EL PRIMER
LIBRO

SOLEDAD
FARIÑA

EDICIONES AMARANTO

memoriachilena

Gonzalo Rojas El alumbrado



CUADERNOS LAR • POESIA



LITERATURA
LA R
REUNIDA AMERICANA

tomás harris

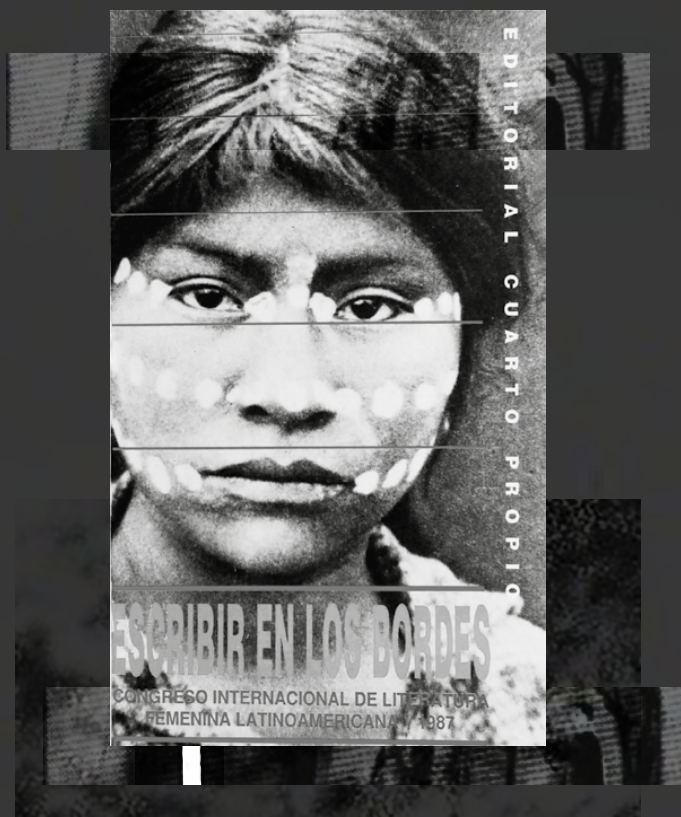
*zonas de
peligro*

A
horcajadas

PIA BARROS




MOSQUITO
EDITORES



CONGRESO DE LITERATURA
FEMENINA 1987.

Escribir en los bordes

(Texto publicado por Cuarto Propio, 1990).

Nuestra habla del injerto

Carmen Berenguer

“Pertenezco al grupo de los mal aventurados que nacieron sin edad media: soy de los que llevan entrañas, rostro y expresión conturbados e irregulares a causa del injerto: me cuento entre los hijos de esa cosa torcida que se llama una experiencia racial, mejor dicho, una violencia racial”.

Al comenzar con estas palabras sabias de nuestra poeta Gabriela Mistral, estoy hablando de una experiencia que no ha sido ajena a esta ficción. Una historia que está más allá de dos palabras: América Latina, cuyo sentido nebuloso y fantasmal no es más que un breve transcurso entre todo lo que se dice de ella (su nominación) y de lo que de ella se desea, de su territorio y de su inconsciente (su realización).

Las hablas, materiales del injerto, se reproducen a través de una productividad de la violencia y de la afasia: praxis racial maquiada en el relato y correlato desde sus lugares comunes. Hoy, seguimos siendo parte de esa experiencia racial, aún cuando modelos modernos pretendan borrar la cayana (mancha del origen por las máscaras occidentales). No obstante, lo otro, la diferencia, aquello por lo que nuestros ancestros Mapuche lucharon y aprendieron: las tácticas del opresor para resistirlas y revertirlas en la derrota. Huella maldita heredada a veces como orgullo y otras, más ocultas, pero no menos reales, como la mancha que es la antecámara de la aniquilación o el exterminio.

Hoy, el sino de la derrota continúa y el discurso del poder no oculta ya su dominancia. Se manifiesta primero en sus centros de poder metropolitanos, desde donde ejerce su hegemonía, proyectándola hacia los descentros: los que subproducen y reproducen a su imagen la dominación como mero reflejo de una mala copia

endémica y resguardada a través de sus brazos armados en Latinoamérica. Poder que, bajo su lema ya clásico de “La Seguridad Nacional”, se ha diseminado y desarrollado particularmente, por las fatídicas dictaduras militares.

Es así que en este lugar ocupado y sitiado, emergen en las antípodas de la opresión, aquellos lenguajes que no quieren negarse a ser; y por el contrario, han querido hablar (romper el silencio) dando curso a los rescates de las identidades interdictas por la violencia política, cultural e ideológica. Y desde esos lugares del despojo y extramuros, se expresan diversos códigos que han comenzado a rodear a aquellos discursos vastamente codificados y por lo mismo, convertidos en estereotipos o clisés.

Pues bien, la mujer tendida en esas redes manipuladoras (donde se manifiestan esos polos opuestos entre sí, pero entrabados, en una película no revelada) emerge también, con una visible intención de ocupamiento y copamiento de una revelación a partir de sí misma, que indefectiblemente altera una escena más global, habituada a un procesamiento de los roles instituidos y asignados por la sociedad patriarcal. Intentando, no un camino de reemplazos o de recambios, sino el rumbo de vehicular un discurso de la alteridad, que devenga en la realización de la otredad.

A la mujer escritora, desde la historia heredada no le ha sido ni le es fácil articular y desarticular esos mecanismos del poder. Siempre vagando en la errancia, buscándose en el reducto imaginario: dobleces y pliegues de una conciencia que la quiere y la quieren culpable.

En ese sentido, la literatura latinoamericana de las más recientes autoras ha sido capaz de presentar, mostrar y revertir esos mecanismos, mediante una escritura que interroga, cuestiona y señala los soportes de la conciencia femenina. Buena herencia para un comienzo, en el que la literatura femenina actual se desarrolla en un contexto violento y rodeada de esos discursos del poder, homólogo a otros, que la convención ha construido. Historia cargada de cortes, golpes, cicatrices: la sobrevida que la signa atávica y tortuosa y que, desde el fondo de la mirada textual, no es más que un cuerpo permanentemente velado. No obstante, intenta reivindicarse a través de sus significantes.

Nuestro lenguaje será entonces, una operación y reconstrucción textual de una historia abandonada a sus propios márgenes o al devenir de su periferia. Más allá de las prácticas escriturales, personales o individuales, el Congreso instaura una escena cultural, que necesariamente debería modificar y atravesar dichas prácticas y sus significados. Este Congreso, al contrario de un continuismo cultural, intenta reafirmar una voluntad de decodifi-

car conceptos distintos a aquellos que gravitan en el escenario literario chileno. En el que se ha notado una ausencia casi absoluta de visión y de revisión crítica de los productos literarios femeninos.

Así las cosas, este evento no puede sino adquirir características fundacionales en tal ámbito, las que inevitablemente afectarán el modo tradicional de lectura de una producción subvalorada y excluida.

En el contexto del Chile de hoy, la emergencia de este Congreso tiene un significado político en sí; porque aún hoy, el derecho a reunión y expresión sigue vigilado y administrado desde el control dictatorial del país. Estar aquí reunidas, significa romper el aislamiento y el ostracismo en que ha vivido la cultura chilena estos catorce años. Es más que probable que gran parte de la producción latinoamericana hoy vigente y escrita por mujeres sea escasamente conocida por nuestras escritoras. Sin duda, el Congreso contribuirá a difundirnos la vasta y vigorosa producción de los países vecinos. Al mismo tiempo, la producción literaria chilena podrá ingresar a la escena, permitiendo un diálogo inaugural y único (al menos en la historia de las letras chilenas), sobre el cuerpo escritural Latinoamericano.

Las aristas del Congreso

.....

Diamela Eltit

Inaugurar este espacio, espacio de escritura de mujeres latinoamericanas, implica desde ya, instalar la opción y la pregunta sobre un grupo sexuado y reconocido en una diferencia activa, diferencia enclavada en un orden periférico y marginal. Periférico, en cuanto al territorio en un transcurso y marginal, por el lugar que ocupa este grupo sexuado en el territorio literario a examinar.

Así, este espacio se abre como una zona de interrogantes hacia un sector escasamente interrogado y sobre el que han operado diversos presupuestos, emanados desde las redes dominantes en el tejido de la historia.

De esta manera, interrogar estos textos es, por extensión, interrogar la historia de una cultura, de una cultura latinoamericana.

Nuestra historia, trazada sobre una derrota territorial al mundo indígena, ha empujado a esos ancestros fuera del relato, instalando en cambio la voz duplicada de la conquista, en el férreo tramado de la historia.

Esta antigua voz dominante, incubada artesanalmente en el cuerpo de la mujer indígena, ya violada, ya obsecuente, ya aterrada, portadora mayoritariamente de la modificación étnica y cultural en nuestro continente, sometió a las otras voces, voces indígenas, al estatuto de la indigencia materna y al mestizaje, necesario para el repoblamiento, al cerco límite de la des pertenencia histórica.

Atrapados en los sistemas dominantes, ejercidos desde los aparatajes institucionales, en la paradoja de ser, no obstante, periferia y reducto, zona de proyectos, campo de tiro, se siguen duplicando y aplicando utopías mercantiles extraídas de realidades que jamás hubimos de vivir, de paisajes humanos divergentes de los nuestros; y así continuamos en los días presentes, inclinados como siervos ante el rubio sol metropolitano. Saturados de tecnología. Sin técnicos casi.

Esta pugna territorial no ha cesado; más aún, se ha multiplicado, camuflado, en las instituciones regidas por el poder político, por la suma de poderes políticos en desacuerdo,

Chile y los últimos años chilenos, constituyen una exacta radiografía de la escena cruda del poder, de la escena incandescente, de la apetencia de poder, esgrimido sobre un escenario humano victimado, en el que la periferia de la periferia vive un símil de vida en la forma antropofágica que el poder ordena.

Este poder exacerbado ha ejercido sobre el país todas sus funciones negativas, ensañándose en los cuerpos marginales, arrastrados hasta la improductividad, para evitar así el enfrentamiento. Cuerpos agredidos hasta su desaparición, cuerpos exiliados del país natal.

Desde este concepto convocamos, por primera vez en nuestro país, a una Conferencia en torno a la literatura producida por mujeres latinoamericanas; y esto configura un gesto político, pero un gesto político complejo, dirigido a la historia como poder, a la historia de la literatura, en cuyo amplio y sostenido relato se ha trazado una fina, pero estricta división espacial, limitante para el cuerpo textual femenino.

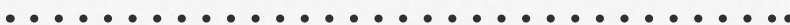
Operar sobre este recorte, sobre este fino recorte de carácter casi intangible, fundado en una relación ficticia y meramente ideológica, significa incursionar en una empresa de desmontaje, empresa ante todo analítica, que toca la raíz misma del lenguaje, del lenguaje literario.

Hablar de procesos creativos literarios, significa instalarnos en el centro mismo de un oficio artesanal y cosmético, instalarnos en la artesanía cosmética de la modelación, en que la sintaxis busca a la palabra y la página persigue a la página y el cerebro se abre como una zona desconocida, más sabio y más material que el cuerpo que lo sostiene. Un cerebro más angustiado que la angustia y más narciso que la belleza.

En este espacio, la escritura latinoamericana, habilitada para el modelaje, experta en cosmética, requiere cursar activamente su diferencia y comparecer frontalmente en la cultura para democratizarla y así, con una democracia, garantizar el equilibrio, especialmente ante la soledad de la literatura.

En esta soledad que ha tocado a tantos y entre las mujeres a Alfonsina Storni, a Alejandra Pizarnik, la terrible soledad humana de Violeta Parra. Por eso, hoy hablamos también de una soledad, ya no de cien, sino de casi quinientos años y que es necesario reparar, permitiendo que el cuerpo textual femenino habite con su verdadero cuerpo, el cuerpo fundamental de la historia.

Entre la sumisión y la irreverencia



Lucía Guerra

En una remota isla del Japón llamada Jocaira, a las mujeres les está prohibido rezar. Cuando el concienzudo antropólogo le preguntó a su informante a qué se debía dicha prohibición, este contestó que los hombres tenían mucho miedo de que las mujeres dieran aviso a los dioses de la explotación y los golpes que ellas recibían.

Si bien a nosotras, en Latinoamérica, nos está permitido rezar, tal vez porque nuestro Dios es hombre y se tapa los oídos cuando las mujeres hablan, el silencio impuesto a la mujer en nuestra cultura de Occidente, responde a una lógica de la dominación muy similar a aquella de la exótica isla.

En realidad, cuando se trata de mujeres, ya no son necesarios ni los mapas ni las cartografías para establecer límites, en un enjambre en el cual ella ha sido relegada a la posición de sujeto ausente de la historia.

En una función de carácter exclusivamente biológico, este sujeto ausente ha sido, sin embargo, un cuerpo atado a la reproducción de la especie. Cuerpo, mujer, madre, mujer que no es nada más que madre, mujer con una identidad fijada en el espacio concreto e invisible de su útero. Verdadera matriz de mutilaciones impuestas por la organización patriarcal. La figura arquetípica de la mujer tierra, que en esencia es únicamente un vientre y unos senos y su corta figura en la madre, terrible distorsión grotesca y espantosa de la mujer, que devora a sus propios hijos, pone en evidencia esta única inesencialidad, que nos encarcela para hacer de nosotras el segundo sexo. Un otro, que el sujeto masculino manipula a través de las trampas de la maternidad sublime, el pecado y el eterno femenino. Mujer, cuerpo reproductor, que no tiene otra alternativa que ser madre o anti- madre.

Hombre, ciudadano del mundo, poseedor de la palabra, la conciencia y el hacer, que en su rol activo de héroe, santo, artista, mago o dictador, es la figura omnipotente de toda creación y de toda destrucción. Invirtiendo el significado positivo que los mexicanos le atribuyen a la expresión, habría que aseverar que este mundo es “muy padre”.

Abstrayendo lo biológico, que en el caso de los masculino se releva a un accidente inseminado, el padre se dirige como una figura de poder, para convertirse en Dios Padre, en padres de la Santa Iglesia, en Padres de la Patria, en soberbio padre benefactor de la República. El escritor es también padre, padre que dicta la ley de las normas estéticas y textuales, haciendo de sus personajes femeninos casta figuras limpias de pecado, esfinges misteriosas, cuerpos voluptuosos que incitan al pecado de la carne, etéreas musas de la inspiración, amenazas subversivas para el orden burgués; pero, curiosamente, el escritor también se adjudica el papel de madre, al apropiarse del cuerpo femenino para designar su escritura como un dar a luz, como un parto de la creación, en el cual él se asigna un rol de espacio gestador.

Escritor, madre, rodeado de creaciones vivíparas y en un acto sublime que, a diferencia de la verdadera maternidad, le permite ser poseedor absoluto, tanto del falo como del útero.

¿Es la mujer verdadera madre de su escritura? ¿Son sus textos reconocidos como legítimos? ¿Qué valor tiene su discurso literario en una cultura en la cual al decir lo que diga, la palabra de mujer lleva la firma del viento?

Era costumbre entre griegos y romanos que se les permitiera a los invitados traer al banquete a una familia, a un amigo no incluido entre los comensales, el que recibía el nombre de sombra. Las escritoras latinoamericanas han sido siempre una sombra, personajes no oficialmente invitados a participar en el oficio de las letras. Designadas como señoras que escriben, ellas son sinónimo de la excentricidad; y en una práctica que impone lo biográfico por sobre el texto literario, los críticos falocéntricos escarban minuciosamente en las zonas sensacionalistas del adulterio, del alcoholismo, del insomnio y la locura.

Pero la excentricidad de la mujer que escribe va mucho más allá de los límites impuestos por una moral burguesa y sexista. Como sujeto productor de la escritura, ella también está fuera del centro, ubicado en el desfase básico de la asimetría proporcionada por la escritura patriarcal.

La literatura como una producción más de la hegemonía masculina, posee sus padres y sus patriarcas; los cuales, simulando el génesis bíblico, mol-

dean formatos literarios que, estratégicamente, devienen en expresiones universales de la cultura.

El problema está en que la versión del mundo que estos pequeños dioses ofrecen, poco tiene que ver con la perspectiva de la mujer a partir de sus vivencias biológicas específicas y en su problemática de la subordinación. Razón por la cual, escribir para la mujer ha significado incursionar en terreno ajeno; según las palabras de Julia Kristeva, asumir el antifaz de los hombres barbudos de acuerdo a las palabras irónicas de Gertrudes Gómez de Avellaneda, quien fue catalogada por sus contemporáneos como “muy hombre”, a diferencia de los escritores y su mistificada concepción del acto creativo. La mujer concibe su escritura dentro de una gestualidad que implica ocultarse a sí misma a través de la impostura del adulterio; dos actos transgresivos que modifican ilegalmente el objeto ilegítimo como una sombra que malignamente aumenta las dimensiones del objeto legitimado, el texto literario de la mujer es una fantasmática enmascarada de márgenes, de escrituras borradas, de silencios subversivos. Las sombras desdibujan la prepotente visión de la imaginación masculina, se deslizan por los márgenes de las prolíficas imágenes de la mujer, inventada y fragmentada por el hombre, para soterradamente incursionar en el continente negro de lo femenino, de aquello que Sigmund Freud, pocos años antes de morir, substituyó por un poema que elogiaba a los sombreros.

Frente al dilema estético de representar literariamente su propia visión de la femineidad, la escritora, según Marguerite Duras, debe traducir la oscuridad, toda aquella zona que no ha sido aún convencionalmente simbolizada por construcciones culturales masculinas. ¿Cómo dar forma, a través del lenguaje, a una condición social y ontológica que está fuera del lenguaje? Ni madre ni padre en una actividad de ficcionalización que finalmente reafirma la identidad, la escritora, en su posición de ser enmascarado, de ser en el exilio, es también bailarina que baila en un doble compás: el compás visible de una intertextualidad masculina dominante y el compás marginal de adicción y silenciamiento, que corresponde a su vivencia de un ser vivo.

El problema está en que la crítica, tradicionalmente, solo ha reconocido los compases consagrados de una melodía, cuyos versos recoge el popular corrido mexicano “con dinero o sin dinero hago siempre lo que quiero y yo sigo siendo el rey”.

En el caso específico de Chile, país que se precia de no poseer los prejuicios tropicales del machismo, los textos literarios producidos por la mujer fueron una vez definidos y cito: “como simples ensayos tentativos, originados por una disposición ocasional de ánimo, amables composiciones que sería impropio e inoportuno juzgar como obras que pudieran ejercer eficaz influjo en doctrinas de trascendencia o en el gusto literario”.

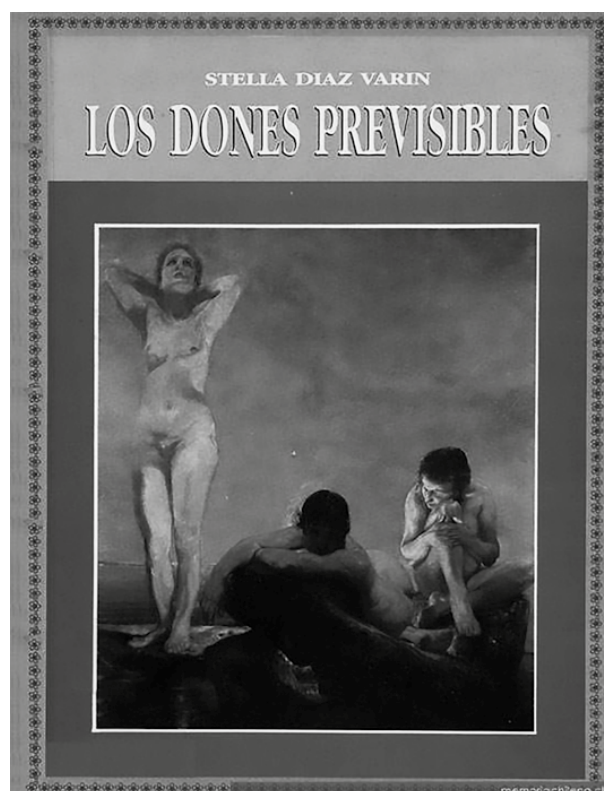
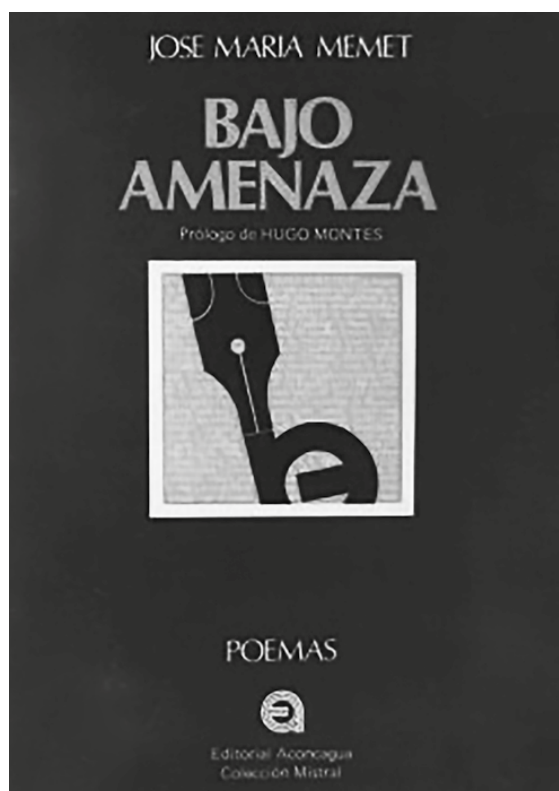
Partiendo de las preconcepciones de que el texto literario de la mujer es una sutil expresión del alma femenina, esta crítica se ha empeñado en darle un lugar secundario; basta solo hojear cualquier historia de la literatura chilena, para comprobar la existencia de una abismante mayoría de escritores varones y varoniles. Porque la trascendencia de los temas masculinos llega también a la esfera de la escritura vigorosa y viril.

En la evaluación crítica de la narrativa chilena, se salvan aquellas escritoras que adoptan la máscara de la virilidad o presentan conceptos inofensivos para el orden burgués y patriarcal. La insistencia injusta y limitada, por ejemplo, de aclamar a Gabriela Mistral como poetisa de la maternidad, la atención que reciben las novelas de Marta Brunet cuando adopta el formato criollista. No cuando nos cuenta la historia de María Nadie.

¿Qué habría ocurrido, al nivel de la recepción del texto, si las protagonistas de María Luisa Bombal hubieran elegido el verdadero adulterio y no aquellos amantes lícitos envueltos en un girón de niebla, desplazados a un árbol que crece frente a la ventana o metaforizados en un oscuro clavel y un techo de avellanas?

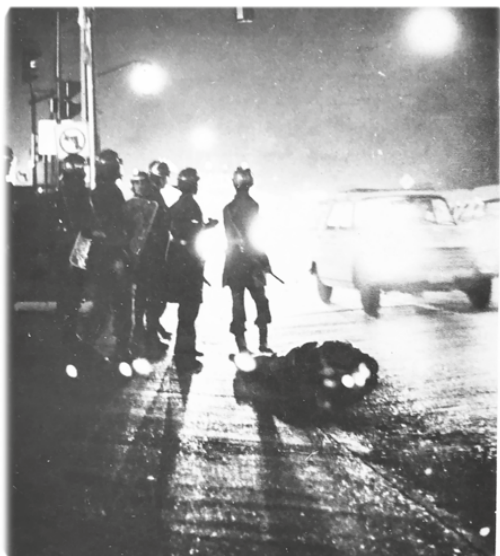
Los escándalos producidos por *La brecha*, novela de Mercedes Valdivieso, publicada en 1961, no solo nos da un valioso índice, sino que también pone de manifiesto la existencia de un sector femenino de receptoras que se identifican con la problemática de la protagonista; porque aparte de todos los padres hasta ahora develados, también existe el lector macho, no como lo definía Julio Cortázar, sino como ese receptor que reafirma la hegemonía masculina.

Este Congreso tiene por objeto reafirmar un derecho humano, valorar la palabra silenciada de la mujer e incursionar en el espejo opaco de una concepción del mundo, que subvierte aquella visión masculina de una realidad que los hombres han confundido con la verdad absoluta.



HUELLAS DE SIGLO

Carmen Berenguer



Ediciones Manieristas

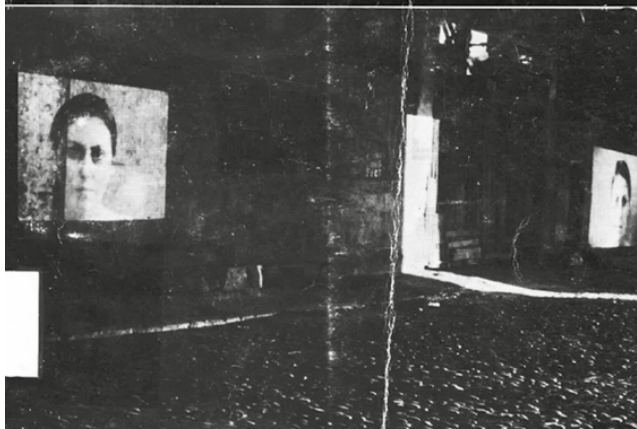


ELVIRA HERNANDEZ

ARRE
Halley
ARRE

LUMPÉRICA

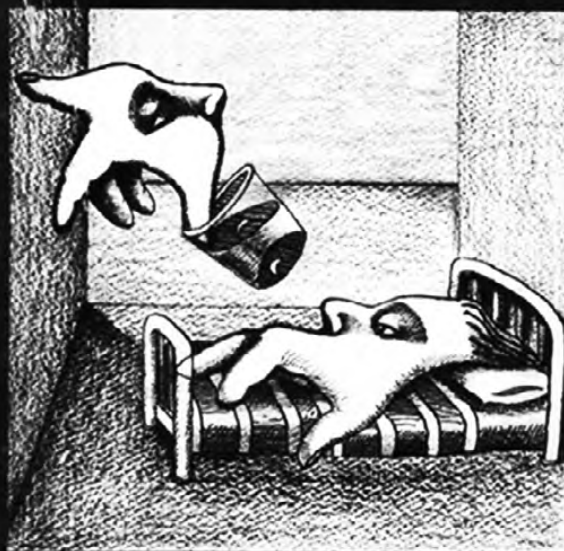
Diamela Eltit



Las Ediciones del Orhitorrinco

A ORILLAS DEL CANAL

ALVARO RUIZ



**BOBBY SANDS
DESFALLECE
EN EL MURO**

FREE
DEAD

EIRE

CARMEN BERENGUER

memoriachileno.cl

**RODRIGO
LIRA /
PROYECTO
DE
OBRAS
COMPLETAS**



COEDICION / MINGA / CAMALEON

alfonso
alcalde
EPIFANIA
CRUDA



Ediciones
de **crisis**

Colección
ESTA
AMERICA

3

TODA VIOLETA PARRA

Antología presentada por
Alfonso Alcalde

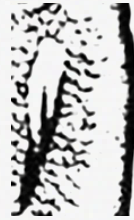


EDICIONES DE LA FLOR

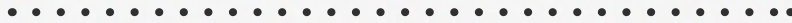
S7



POESÍA



Isabel Gómez



Fragmento de Boca Pálida.

Libro homenaje a las mujeres detenidas desaparecidas, 2003.

Los silencios se agrupan en aquellas que fui

Es extraño el hueso de la herida
que retuvo el tiempo
ahora que soy una frase triste
alrededor de las bocas.

*

La mano vacía

alarga su sombra hacia el patio
La casa deja inmóvil cualquier palabra
La mano
ocasionalmente nos involucra
en el juego de los cuerpos
Sólo el dolor nos repite
cada gesto en la pared

La mano se desplaza hacia el paisaje
que somos nosotras mismas
Tan oscuras tan oscuras
Enterrando otra flor
en la piel

*

He tendido mi imaginario sobre las piedras
y ya no puedo regresar
La inexacta luz de la verdad me devuelve
tu violencia
Tendré que proteger mis pasos
para no caer

*

He amado esta soledad
que cubre de miedos mi piel
y cae en los huesos
como un cadáver que a mediodía

arrastra su tristeza al mar
y recoge mis cabellos con restos de tibieza

Los días se han pegado al vacío

Qué puedo hacer con sus silencios marchitos
Acaso sean manchas de lo que fuimos
espejos rodeados de ausencia

*

He equivocado todas las palabras
la complicidad del mundo
deteriora aún más el silencio
Madre
simularé que vuelvo
de tu cansada sangre
al final de esta piel el miedo me sepulta
me deja a orillas de tu voz
en el rebrote de cualquier pereza

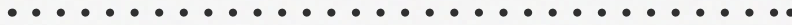
Madre no dejes que arrastre
más muerte a mi sombra
Las voces envejecen sin escucharse
las voces envejecen
sin escucharse

Voy a dejar mi rabia lejos de ti
Chile
he guardado en tu alma mi nombre
para que no sangre
No dejarás que este charco de olvido
cubra mis sueños
Los huesos de la libertad
me sepultan
bajo este pedazo de tierra
que comienza a crecer de mi cuerpo

Madre



Karo Castro



Mildred Barya

CIERRO LOS OJOS VENDADOS

es más negro que azul pensar en agua.

una gotera cae como una guerra silenciosa.

Intento escapar del silencio.

hurgo en los recuerdos.

Retroceso

mi lengua está pegada al paladar.

La mudez es un estado seco.

Todo el campo de flores fermenta.



Collage de Julio Núñez

OLVIDÉ TU NOMBRE

La hora que saliste de casa
La ropa que llevabas ese día
Alguien dijo
¿Recuerdas?
Si usabas zapatos de tacón o sandalias

Es difícil recordar objetos destinados al olvido

Sin embargo olvido la espesura
Un día cualquiera convertido en noche
Un tatuaje en la nuca

La lejanía empuja la sombra
esa calle deshabitada te vio partir
y tu pelo remolino entrando
en la niebla huracanada

Olvidé tu nombre el mapa de tu casa
el sonido de tus pasos

tacharon las consignas
los grafitis de la esquina
las marcas de la banca en la plaza
el poema tatuado en el árbol

alguien no quiere recordar

¿se puede cambiar el destino?

¿Ellos recuerdan?

subiste a una camioneta blanca
no hay registro –dicen–
ni una prueba de que así fuera

inventas –dicen-
ellos inventan fantasías

un fúsil en la espalda

Rostros deformes
Guardo una carta
Pero olvido memorizar

no sé tu nombre
ni tu partido

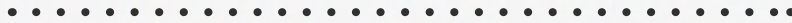
¿me lo dijo?

Ya no traigo equipaje
ni venda en los ojos
Me dices - la cartera- la carta

Siento mareo
soy un recuerdo blanco
delirante
sin ninguna respuesta.



Alberto Moreno



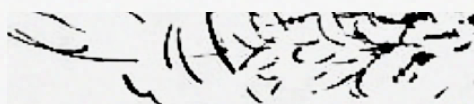
Para una antropología de la mirada

Medea entregando a sus hijos en sacrificio



Chile sacrificando a sus hijos, vaciando sus ojos.
Chile, una vez más, traicionado, por sus propios hijos.

(Del libro Quebrado, 2021)



Erik Martínez Richards



La muerte del presidente Allende

ANUNCIA LA PALOMITA BLANCA

La mesa reluciente con las luces a los lados
mientras la cámara tomaba la escena desde arriba:
ahí estábamos sin guión ninguno
solo al pasar nos dijeron que debíamos
conversar sobre los sucesos por venir en la ciudad.
De pronto se hizo un enorme silencio alrededor
sentí que todo se había detenido
todos los personajes quedaron inmóviles.

Alguien debía decir algo,
poniendo al centro una caja de fósforos de color rojo,
símbolo de la Moneda, discutimos los acontecimientos
que sucederían tal cual, el asalto de los militares,
los tanques y ametralladoras en las calles.
Muchos otros también lo presintieron.

El calor de las tres de la tarde sobre el mantel de hule,
se nos hizo pesado;
alguien debía levantarse de la mesa
con una excusa cualquiera,
alguien debía responder mascullando cualquier cosa,
siguiendo el hilo de las conversaciones por supuesto,
repetidas en todas las casas, en todas las oficinas.
Por meses todas las conversaciones elucubraban
sobre los hechos que todos sabíamos se nos venían encima.

El cielo se había teñido de un color rojo oscuro como la sangre.

11 DE SEPTIEMBRE, HACE CINCUENTA AÑOS

En ese día nublado de septiembre, Santiago de Chile,
yo estaba en medio de la Plaza Italia
y muchedumbres se desplazaban en todas direcciones
luchando por avanzar más rápido,
tratando de alcanzar un autobús.
Cruzaban la calle gentes apresuradas,
y ví vehículos oscuros que se alejaban
en un perfecto orden, según una velocidad uniforme,
mientras yo caminaba pensando
cómo el espacio euclidiano no es sino una mera ficción,
y al mismo tiempo se apilaban en mi cabeza,
en enormes montones monstruosos
las series infinitas de Cantor formando cordilleras sucesivas
cuyas cimas resultaban inalcanzables.
Pretendían escalar los andinistas, pero se sucedían en series interminables
nuevos cerros y nuevas cimas mientras la última cima
seguía imperturbable en la distancia.

Sobre la ciudad, con un vuelo pesado y poderoso
aparecieron entonces los Hawker Hunter.
Rompieron el cielo de Santiago a esa hora precisa del día;
con su bruñida superficie
desde donde rebotaban brillos encandilantes,
su panza repleta con su pesado contenido:
(era exactamente lo que habíamos estado esperando por tantos días,
por tantas semanas quizás,
así lo habíamos anunciado,
así lo habíamos repetido una y otra vez incansablemente)
pareció temblar el suelo,
resonó en la lejanía
el ronco estruendo de unas explosiones;
me pareció que en el aire se repetía una y otra vez
en todas las direcciones del espacio
la ola que llevaba el eco de un grito seco y apagado,
y distintamente recuerdo un anillo de fuego en el cielo,
alrededor de toda la ciudad,
mientras se desprendían columnas de humo,
por donde se encontraba el palacio de gobierno.

Entretanto en Washington, a miles de kilómetros al norte,
una docena de hombres en mangas de camisa
se reunieron en torno a la figura redonda de Henry Kissinger
que leyó en voz alta con un acento inconfundible
el mensaje recién recibido:
“El águila alzó ya el vuelo con su presa en las garras”.

LA MUERTE DEL PRESIDENTE

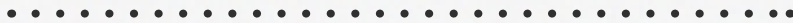
Allende vio las llamas del incendio.
Cortaron las comunicaciones.
El gas lacrimógeno se condensó por los corredores
y corría el agua por las escaleras.
Se quemaba el salón Carrera.
Cayó hecha añicos la vitrina
donde se exhibían los documentos fundacionales de la República.
El presidente agachándose para hablar por un teléfono
sin que le temblara ni la voz ni la mano,
improvisando pronunció sus últimas palabras para el país.
Poco después alguien lo vio entrar al salón Independencia,
por un instante pareció todo en silencio,
sólo la madera en llamas crepitaba calladamente.
¿Sintió como si el piso se hundía bajo sus pies,
sintió que una marea lo arrastraba hacia el fondo de la tierra?
Se le había abierto un abismo debajo de sus pies
(pero eso nadie lo había previsto)
y cayó por una gran espiral que lo devoraba con una oscura fuerza magnética;
sonó en sus oídos con toda su estridencia el gran piano de la noche
y sintió el vértigo de caer
girando girando arrastrado por la enorme fuerza
que pesaba sobre sus brazos, sobre su pecho;
y entonces entremedio de la balacera,
como un aullido en otra dimensión, se escuchó el disparo.
Retrocedió el doctor Guijón en medio de la humareda
la estructura entera del edificio crujía
como un navío azotado por un huracán;
muy a lo lejos se escuchaban voces agitadas.
Abrió la puerta del salón y sobre el sofá rojo
vio recostado el cuerpo de Allende
sin ojos, sin cráneo, completamente desfigurado
(quizás como en un cuadro pintado por Francis Bacon)
Había terminado la pesadilla.
La bala le destrozó la cabeza,
el cerebro se había esparcido por el techo de la habitación,
la sangre y la masa cerebral por las paredes y el techo.

INSTANTÁNEA

Hay momentos en la historia que quedan para siempre grabados
como un hierro quemante en la memoria colectiva.
Ese día que mataron al compañero Allende,
sentí que todo daba vueltas
como si estuviera en un carrusel
girando con la fuerza de decenas de caballos desbocados.
Todo el espacio del universo se retuerce,
se aleja a una velocidad incalculable
miles de veces más rápido que el tren expreso al Sur
impulsado por una fuerza oscura todavía incompresible,
pero además gira formando una gran espiral
la totalidad del espacio
y las galaxias también forman espirales en todas las distancias
se alejan dejando en los instrumentos
una signatura de color rojo.



Eduardo Llanos Melussa

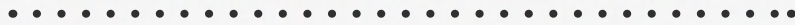


H E L I C Ó P T E R O H
 O R E T C Ó P T E R O
 de
 la
 muerte

zumba y zumba
 dejándonos el cráneo
 y el esqueleto temblorosos.
 ¿Cómo olvidar el tableteo de aquellas metralletas tartamudas
 arrasando con furia a los francotiradores apostados en las
 azoteas y los tejados de esos edificios cercanos a La Moneda?
 Memoria, basural de imágenes,
 ¿para qué embellecerte
 escribiendo versos
 en el aire?



Erick Pohlhammer



LOS HELICOPTEROS

...hasta que llegaron los helicópteros y los helicópteros
se establecieron desde allí hasta siempre
 girando y zumbando como tábanos
 de acero los helicópteros
girando sobre nuestros cerebros, zumbando sobre nuestros cerebros
 que desde allí en adelante
 se limitaron a recordar la épocas previas a
 los helicópteros
 épocas llenas de esperanzas aquellas
 épocas que si bien
hasta que llegaron los helicópteros con su zumbido
 que se infiltró hasta siempre en
las estructuras cerebrales de las generaciones posteriores a las
 nuestras
 posteriores a las generaciones anteriores
que intentando llevar a cabo la esperanza
 fueron sorprendidos por el ronquido de los
 helicópteros
 poniéndose término así
a una visión de la vida de la historia y de las cosas
 distinta a la llegada de los helicópteros
 imponiendo estos
lo que sería denominado por los historiadores venideros
 como “el sistema de rodaje de los helicópteros
 concéntricos”
que no fue otra cosa que el continuo
 ir - venir – ir venir – ir – venir
de los helicópteros en torno a un mismo círculo
 bajo el cual
nacieron vivieron y murieron el resto de las generaciones...

S7



AFORISMOS EN
CUARENTENA

Martín Hopenhayn

Escribir es buscar. ¿Qué? Se busca encontrar, pero no es claro si lo que se encuentra se descubre, como si justo antes estuviese oculto, latente, cifrado o inminente, y sólo faltaba convocarlo con la escritura. O se escribe para inventar y luego disfrazar lo inventado de hallazgo. O para dar lo descubierto por inventado. O tal vez sólo sea invención ese atajo singular de la escritura que da con el hallazgo. Tal vez la invención sea, precisamente, la forma en que lo descubierto se manifiesta en la escritura, para hacer creer que acaba de inventarlo la propia escritura. Y recalca allí, después de rodeos fallidos, como un claro en que descansa, un claro que se alegra de descubrir, olvidando que lo acaba de inventar.

Toda vez que se emplea la palabra *revolución* hay, en sus meandros, una sílaba muda que cruje y se aja. Como se nos escapa al oído, no atinamos a recomponerla. Por eso conviene espaciar el uso de la palabra, darle tiempo para que esa sílaba selle sola.

No hay versiones finales. Sólo borradores huérfanos de corrección.

Mi miedo a los umbrales que separan esta realidad de las tantas otras, va de la mano con mi irresistible curiosidad por atravesarlos. Me atrae el misterio, pero flaquea mi confianza en su inminente hospitalidad.

La ilusión de la perdurabilidad nos priva de habitar los vacíos que fragmentan la lisura del tiempo. Esos vacíos son como vetas fosforescentes en las cavernas donde arrastramos nuestros cuerpos contra un fondo de sombras. Saberse efímero, pero saberlo a fondo, permite alguna vez en la vida sorprender esos vacíos, o más bien sorprenderse en ellos, habitarlos como si fuesen pérdidas donde lo absoluto descansa de su fama de invicto.

Escribir es acompañarse. Pero es también quedarse solo, abrir el mundo y encontrar bajo su delgada superficie gregaria un hueco lo suficientemente vacío como para que allí las palabras vuelvan a unirse, pero de manera distinta. Lo que acompaña en la escritura, a quien la ejerce en soledad, es esta otra organización de las palabras que recrean o inauguran sentidos y ficcionan trayectorias paralelas, y que en la liturgia subterránea de la escritura no necesitan presumir de realidad. Palabras que ante todo consuelan, porque devuelven a quien las va escribiendo un eco de multitudes igualmente imaginarias, igualmente solitarias.

La tarea de eclipsar la angustia surge de manera natural con el pensamiento. Pero antes, la angustia misma también surge con el pensamiento. Sorprendernos narrados por nosotros mismos, sin otro asidero que esa ficción, nos angustia. Eclipsarla, a su vez, con el pensamiento, cansa: hay que sostener el eclipse. Tiene que extenderse lo suficiente en el tiempo como para dar continuidad a un estado sin angustia, pero no lo demasiado en el espacio como para eclipsar, además de la angustia, la serenidad que la circunda.

Curiosa idea la de *sumergirse* en la contemplación. Dos fuerzas contrarias conviven en un mismo acto y un mismo sujeto: ir a instalarse al fondo de uno mismo y desde ese fondo establecer una conexión inmediata con algo fuera de nosotros mismos. ¿No es más lógica la contemplación desde la superficie, no se acortan las distancias con el objeto contemplado desde el lugar más exterior que somos? ¿Nos sumergimos para contemplar, o nos sumergimos en lo contemplado? Pero aún así, si este último fuese el caso, inmersos en el objeto quedamos privados de contemplarlo en su extensión, en su contraste con todo lo que lo circunda, a la distancia que permite captarlo en su entorno, y captar el sentido que añade al mundo en que ese objeto destella. Tal vez sea más propicio hablar de *emerger en la contemplación*.

Casi todo ser humano nace con un nombre que no lo abandona hasta la muerte. Se anuncia a sí mismo con ese mismo nombre frente al mundo, sin importar las circunstancias. Dialoga consigo mismo llamándose por su nombre. Hasta se recrimina y blasfema profiriendo ese mismo nombre. Si algo tapa el vacío, es el nombre. Si algo pone en evidencia el vacío, es que sólo algo tan aleatorio y casual, como el nombre, permanece constante.

Queremos sentirnos colmados. Raro deseo por algo externo que sature cualquier espacio disponible y vacío dentro de nuestro. ¿Qué busca uno cuando se quiere colmado? ¿La calma, la saciedad, la disolución, el arrobamiento? Si pudiera elegir tanto desde la perspectiva de la libertad como del deseo, querría sentirme parcialmente colmado. Pero es una contradicción en los términos, tal vez más un exceso que una falta.

Dilema de confinamiento: ¿Dónde refugiarse del encierro?

Un pensamiento, ¿emerge desde el centro del pensamiento anterior, o se desprende desde su lado más débil? ¿Se requiere desarrollar lo suficiente un pensamiento para fecundar el que sigue, o hay que truncarlo aleatoriamente para que asome la punta del pulgar del pie del nuevo pensamiento? ¿Qué hay entre ambos, una sobreposición o un abismo? Imaginemos una visión microscópica de la corriente de conciencia que permite detenerse en

el punto en que transitamos de un pensamiento al siguiente. Uno supondría que, reducido a la escala más diminuta, un micropunto pertenece a un pensamiento y el micropunto que sigue es ya del pensamiento que le sigue. Achicamos indefinidamente la escala y sigue ocurriendo lo mismo. Nos preguntaremos entonces si efectivamente no hay nada entre un pensamiento y el siguiente. O si por el contrario, hay nada.

¿Quién se muere cuando uno se muere? En el hueco de esta pregunta hay un deseo brutal de no haber nacido.

Nada se compara con la nada. A diferencia de cualquier otra cosa, su separación de lo más próximo es infinita y equidistante con su separación de cualquier otra cosa. Con nada se va a topar. Salvo con nunca. Y cuando esto ocurra, mejor será no haber sido.

El hermetismo de ciertas imágenes poéticas o fragmentos enigmáticos pone a salvo de la claridad y de la interpretación. Despierta una confusión hospitalaria, la sensación de que hay un misterio sin clave, una verdad aconteciendo que nadie ve, pero que al momento de leer lo que la recubre, se adivina la cantidad de luz que podría, tal vez, estar incubando mientras se preserva sin descifrar.

Si el viento puede esculpir rocas, es porque antes la paciencia ha esculpido al viento.

En vez de saltar hacia el abismo, hacerlo desde él y caer en la saliente de roca en la montaña, al borde del abismo. Amortiguar con las rodillas. Recostarse en la roca, de espaldas, manos detrás de la nuca, mirando hacia arriba, hacia el otro precipicio, el de la bóveda celeste. Encarándolo. De igual a igual. Sabiendo que el accidente no es caerse sino estar en esa saliente, horizontal y mínimo, entre abismos.

Se naufraga en el recuerdo, no en el olvido. Pero se naufraga doblemente en el recuerdo del olvido.

Todo es mero paréntesis. Pero si encontramos la forma de ponerlo entre paréntesis, tal vez se fugue de su fugacidad.

El amor a lo discontinuo sólo se reconoce en quien perdura en lo discontinuo, y que en cada momento sabe que no sabrá, al momento siguiente, de qué rama colgarse. La permutabilidad de su objeto es condición necesaria de la incondicionalidad a su amor.

Del destino trágico del amor. La imposible consumación que reaviva la falta cuando la recubre, satura el deseo cuando lo colma. El amor en que no tardará esa palabra del otro, dicha desde el lugar equivocado, hacia otro lugar

equivocado, leído por ese otro con los ojos equivocados, llegar a un lugar donde ninguno quería llegar. El amor-flechazo que sutura una herida ancestral al momento de clavarse, y la desangra cuando se suelta. El amor que succiona cuando contiene, expulsa cuando libera, ahoga cuando inunda, incendia cuando aclara. El amor al que volvemos pese a todo, sabiéndolo, conociéndolo, porque sin él la vida es un monólogo de palabras que inundan por dentro, un deseo huérfano que no encuentra sutura, una flecha sin destino que no suelta.

Fidelidad intrínseca del espejo que te refleja exactamente como eres. En su reverso, infidelidad absoluta: apenas te vas y llega otro frente a él, se sumerge en su imagen. Si pudieras preguntarle cómo, después que fue todo tuyo, te deja por cualquiera que lo mira, te dirá que no hay nada que sea más puro y pleno que él, y tal vez agregue: “ni siquiera te he olvidado: ante cada rostro nuevo olvido, incluso, que olvido”.

Si ante todo lo que es, prescindieramos de lo accidental para capturar lo esencial sin ornamento, veríamos un hueso avergonzado de su desnudez, huyendo del viento que lo adelgaza, pidiendo a gritos un jirón de grasa para guarecerse en noches de frío.

Si la vida no fuese una recta sino una circunferencia, lo que de verdad vemos de cara a la muerte, no es sino la nuca de un recién nacido, pero difuminada por una visión envejecida.

El pasado es una niebla espesa en la que los recuerdos giran y se descompaginan sin control. A ratos algunos de estos recuerdos rebotan contra el fondo elástico del olvido, se encumbran por unos segundos por encima y aprovechan respirar a pleno sol, hasta que la fuerza de gravedad de ese pasado los vuelve a deglutir dentro de su capa de niebla. Creemos que evocamos el pasado a voluntad y por gusto, pero en realidad sólo vemos criaturas cuyo rebote sobre ese fondo elástico es involuntario y aleatorio.

La sabiduría se curte naturalizando abismos.

No un claro en el bosque sino un bosque claro. No una luz en el vacío sino un vacío que alumbra. No la linterna de Diógenes al mediodía sino el mediodía en la caverna de Platón. No una caída libre sino un salto en garrocha a la libertad. Diferencias al centro de la periferia.

No llegar a ser del todo es el as bajo la manga del devenir para no consumirse en su consumarse.

Lo monstruoso que hay en nosotros sólo reside en la pupila del ángel que nos habita cuando mira al humano que nos recorre. Es la parte parasitaria de ese ángel. Se alimenta de esa deformación que él mismo propicia en nuestra imagen, para luego modelar, ante nosotros, su lampiña inocencia.

Todo lo que no nos atrevimos a decir (palabras de amor, de furia, de resistencia) queda puesto en una cuenta que nos descuenta las palabras que más coraje requirieron de nosotros cuando las dijimos. Todos llevamos esta suma cero sobre nuestras espaldas, que nos encorva y endereza alternativamente.

Un león engulló la jaula que lo mantenía cautivo y, no satisfecho con eso, se fue a encerrar a la selva.

ESCRITORES ASESINADOS, MUERTOS EN EXILIO, MUERTOS AL RETORNAR

Virginia Vidal

Luego de ratificarlo en la asamblea plenaria del Encuentro Nacional de Escritores, celebrada en su sede social el día sábado 10 de octubre de 1998, la Sociedad de Escritores de Chile cumplió el acuerdo de la sesión ordinaria abierta de directorio del 24 de agosto:

Por razones éticas, de oficio y gremiales, se hizo parte acusadora en la causa generada por la denuncia presentada por el Fiscal don Miguel Miravet contra Augusto Pinochet, Gustavo Leigh, Rodolfo Stange, Fernando Matthei y otros por los presuntos delitos de detención ilegal, secuestro, torturas, asesinato, terrorismo y genocidio, como entidad afectada por la detención ilegal, exilio, secuestro, desaparición, torturas y asesinato de un importante número de poetas, narradores, ensayistas y dramaturgos.

Entre tantos casos podemos señalar los siguientes:

Asesinados

1. *Máximo Antonio Gedda Ortiz*, poeta, nacido en Temuco el 19 de diciembre de 1947, detenido desaparecido, arrestado en un microbús en Santiago, el 16 de junio de 1974, fue trasladado a un lugar secreto de torturas y ejecuciones ubicado en Londres 38, Santiago, donde fue visto por varios testigos. Su nombre apareció en la lista de “Los Ciento Diecinueve” chilenos supuestamente asesinados en Argentina por otros chilenos, montaje publicitario de los servicios de Chile y Argentina que se conoce como “Operación Colombo” y que forma parte de la llamada “Operación Cóndor”.

2. *Carlos Bascuñán Mourgues-Dewett*, poeta, su desaparición coincide con el paso de la Caravana de la Muerte; luego se halló muerto y congelado en la cordillera, el 5 de noviembre de 1973, a 225 kilómetros al sur de Copiapó.

3. *Luis Eduardo Durán Rivas*, poeta, fue arrestado en Santiago el 14 de septiembre de 1974 y desapareció.

4. *Jorge Bernabé Yáñez Olave*, primer premio del concurso municipal de poesía de Linares con Más allá de lo abstracto, arrestado el 16 de septiembre de 1973 en el camino de Chanco a Cauquenes; desaparecido.

5. *Ariel Santibáñez Díaz*, poeta antofagastino detenido desaparecido en Santiago, 1974.

6. *Ricardo Troncoso León*, dramaturgo, autor de Revolución, Semillas y Otras Hierbas, detenido desaparecido, arrestado el 1 de octubre de 1973 en su domicilio de Chillán.

A estos casos hay que agregar a los poetas:

7. *Víctor Jara* poeta y cantautor, detenido el 11 de septiembre de 1973 y asesinado en el Estadio Chile.

8. *Homero Arce*, poeta, por largos años secretario de Pablo Neruda, no aparece en las listas del Informe Rettig, pero fuerzas represivas lo detuvieron en una repartición pública, lo golpearon hasta dejarlo inconsciente y murió en el Hospital Barros Luco, el 6 de febrero de 1987 en el Hospital Barros Luco; fue velado en la Casa del Escritor, sede de la SECh. (No figura en Informe Rettig).

9. *José Manuel Parada*, poeta, degollado.

Muertos en exilio

Guillermo Atías, ex presidente de la SECh

Armando Cassigoli, ex presidente de la SECh

Carlos Droguett, Premio Nacional de Literatura

Luis Domínguez

Eugenio Lira Massi

Mahfud Massis

Orlando Millas

Julio Moncada

Hernán Ramírez Necochea

Fernando Rivas Sánchez

Oswaldo Rodríguez-Musso

Gonzalo Santelices Quesada

Ana Vásquez-Bronfman

Helvio Soto

Luis Vitale

Mauricio Wacquez

Otilia Vargas de Pérez, a quien la dictadura le asesinó a cinco hijos: Dagoberto (baleado en Malloco) Carlos Freddy y Aldo Gonzalo (detenidos desaparecidos) y los mellizos Iván y Mireya (muertos al allanar su casa).

Muertos después de su retorno

Luis Enrique Delano

Aristóteles España

Héctor Tancredo Pinochet

Eugenia Neves

Jorge Soza Egaña

Suicidas después de retornados

Alfonso Alcalde

Rodolfo Ortega

Rodolfo Ortega, vicepresidente de la Línea Aérea Nacional durante el gobierno de la Unidad Popular. José Miguel Varas lo recordó señalando que su libro *El río ciego del exilio* recoge poemas, aforismos y otros escritos que son como una antología del humor negro y también del sufrimiento de quienes salieron obligados de Chile después del golpe militar de 1973. Sus primeros años en México fueron de actividad convulsiva. Estaba presente en todas las actividades de solidaridad. Instaló en la Casa Chile una “Oficina de cartas”, en la que redactaba para los chilenos exiliados cartas de amor, de ruptura y de reconciliación; peticiones de visas para el ministerio de Gobernación; fantásticos currículos; solicitudes de empleo; conmovedoras historias de presos y familias divididas para obtener asilo, etc. Se ganó la vida en lo que fuera. Por ejemplo, vendiendo autos. A un grupo de exiliados le hizo un curso de instrucción de vuelo. Viajó a Managua, después del triunfo sandinista y participó en las primeras etapas de la organización de la aeronáutica nicaragüense. Como vivía siempre añorando a Chile y estaba impedido de regresar, desarrolló un poco de amarga depresión, que trató de superar volcando sus sentimientos en poemas y otros escritos que nunca dio a conocer. El 16 de diciembre de 1983 su nombre fue eliminado de las listas de chilenos proscritos por la dictadura. Tomó el avión esa misma tarde. No encontró el país de sus añoranzas. Había desaparecido. El 7 de febrero de 1984, día del cumpleaños de su padre, se quitó la vida.



NO LOS OLVIDAMOS

LA SOCIEDAD DE ESCRITORAS Y ESCRITORES DE CHILE
RINDE TRIBUTO A LOS ESCRITORES VÍCTIMAS DE LA DICTADURA CIVIL - MILITAR.

*No quiero que me den la mano
empapada con nuestra sangre.*

Pido castigo

Pablo Neruda (1904-1973)

Ariel Danton Santibáñez Estay. Antofagasta 1948 - 1974

Homero Arce. Iquique 1899-1977

Jorge Bernabé Yáñez Olave. Linares 1944 - 1973

Luis Eduardo Durán Rivas. Santiago 1945 - 1974

Máximo Antonio Gedda Ortiz. Temuco 1947 - 1974

Dewet Carlos Bascuñán Mourgues. Santiago 1945- 1973

Ricardo Troncoso León. El Puerto 1942 - 1973

Julio Carlos Santibáñez Romero. Santiago 1960 - 1985

Jaime Ignacio Ossa Galdames. Santiago 1943-1975

Albano Agustín Fioraso Chau. Santiago 1950-1974

Víctor Jara. Chillán Viejo 1932 – 1973

Humberto Lizardi Flores. Iquique 1947- 1973

José Manuel Parada. Santiago 1950-1985

Santiago, septiembre 22 de 2023

Directorio Nacional Sociedad de Escritoras y Escritores de Chile



Agoniza la rosa triturada - Guillermo Núñez

S7